



Del litoral al asfalto

Memorias de Desplazamiento y Resistencia

Del litoral al asfalto

Memorias de Desplazamiento y Resistencia



Universidad del Valle
Facultad de Artes Integradas
Escuela de Comunicación Social

Diana Carolina Agredo Muñoz; Aura Camila Lema Tasamá & Daniela Isabel Ramírez Rojas
Coautoras

María Griselda Gómez Fríes
Directora trabajo de grado

Laura Juliana Castaño Franco
Ilustradora

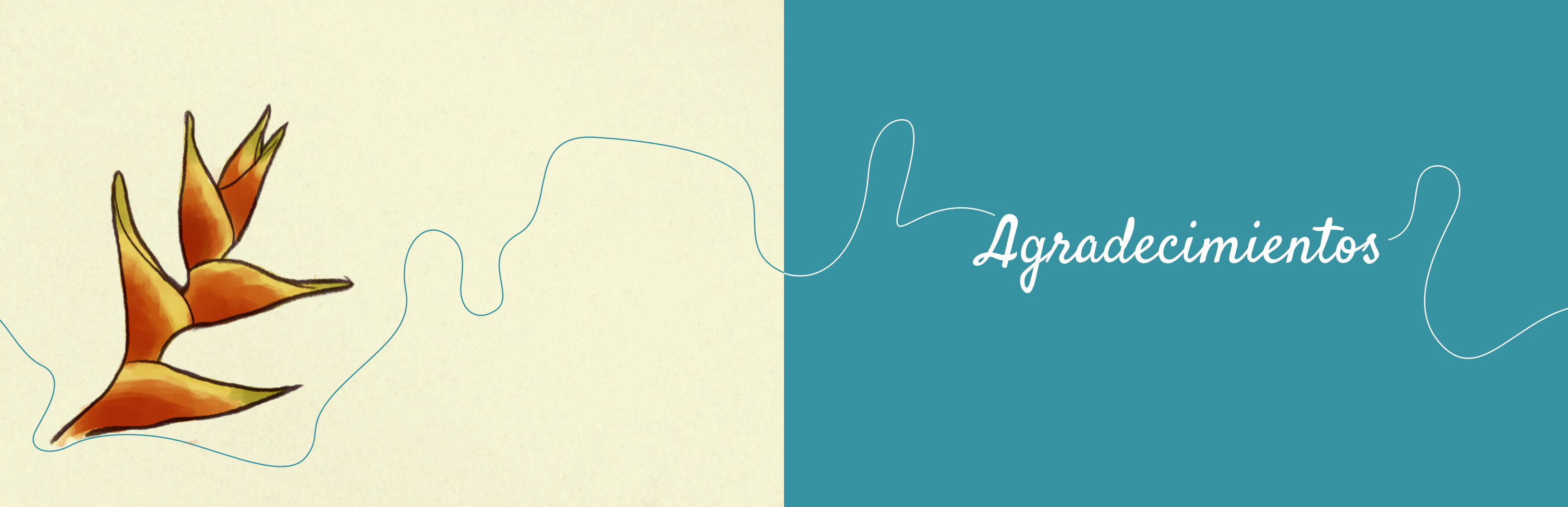
Jhon Fredy Belalcazar Hincapie
Diagramación

Contenido

Agradecimientos	11
Prólogo.....	13
I. Ellas y nosotras.....	25
Ellas recuerdan.....	28
Anayibe García	29
Nelly Hurtado.....	32
María Eudocia Cortés	34
Noralba Ocoró	37
María Elena Burbano	41
Gloria Mairongo.....	42
De lo que también fuimos.....	45
II. «En el tiempo que vivía en mi campo»	49
Los amores y temores del campo	52

Pescado, chocolate y alabaos.....	57
Mami, me canta ese alabao.....	59
Violencias cotidianas en la vida campesina.....	62
Corré que te van a matar	68
Las formas del despojo.....	71
III. «¿Y ahora, yo qué me pongo a hacer?».....	79
Entre testimonios y ayudas.....	83
La llegada a la ciudad.....	87
Desplazadas e indeseables.....	89
Ganarse el sustento.....	90
«Vivir aquí es rico, pero uno pasa mucho trabajo».....	92
La vida en Potrero Grande.....	95
IV. «Ahora es que apenas está empezando la vida buena para mí»	103
Sobre el trabajo con la comunidad.....	107
Buscando el sentido de la vida en la ciudad	112
El posconflicto con los ojos de sus desplazadas.....	115
Anhelos para el futuro.....	119
Sobre las primeras luces de un nuevo día.....	120
V. «¡No te estés yendo sola pa'l monte!»	125
La madre de agua	138

Adivinaciones.....	140
Brujas Asesinas	141
Desnudas y fumando tabaco.....	143
Pescadora entundada.....	144
«La tunda lo entunda»	145
Piedras para desentundarse	146
Duende enamorado	147
Amamantando culebras	149
Epílogo	151
Bibliografía	159
Memorias del proceso creativo	161
El Planteamiento	162
La Fundación Paz y Bien y el Parque La Arboleda	165
El Primer Encuentro	171
Sobre las formas de trabajo.....	172
Las actividades	175
Dificultades	189
Hallazgos	190
Memoria de los procesos de escritura y diseño gráfico	193



Agradecimientos

A nuestras familias, a la profesora Griselda por guiarnos, a la Escuela de Comunicación Social y a la Fundación Paz y Bien por su apoyo, y a Jhon Fredy Belalcazar por su creatividad y paciencia.

Agradecemos especialmente a la hermana Alba Stella Barreto y a Rosalba Valencia, por abrirnos las puertas de la Fundación y acompañarnos durante el proceso de trabajo de campo, y a las mujeres de Potrero Grande: Anayibe García, Gloria Mairongo, María Elena Burbano, María Eudocia Ortíz, Nelly Hurtado y Noralba Ocoró por compartirnos sus memorias y dejarnos entrar en sus vidas.



Prólogo

Como mujeres de una generación que creció viendo el conflicto armado por las pantallas de televisión, y como estudiantes universitarias que han podido cuestionar las diferentes realidades del país, la decisión de realizar este libro ilustrado responde al compromiso histórico y social que creemos, debe asumir esta generación y las venideras, para lograr una Colombia reconciliada con el pasado gracias a la divulgación de los hechos relacionados con el conflicto. Para ello, la reconstrucción de memoria se convierte en una de las herramientas más poderosas para rescatar del olvido y la impunidad las historias ocurridas en el marco del conflicto armado. Historias que se encuentran dispersas en las memorias individuales, o en las de grupos minoritarios que por lo general son excluidos y silenciados, pero que al ser reunidas y expuestas a la luz pública, permitirán contemplar la verdad de lo que han vivido millones de personas en el país.

Que la memoria individual se torne pública, significa un aporte invaluable en la edificación de memorias colectivas, sumamente necesarias para que otras memorias diversas a la oficial, como “las subterráneas”, sean escuchadas y atendidas. Por consiguiente, la realización de este libro también busca contribuir a la creación de una historia *ampliada* e incluyente que al ser difundida, ayude a crear conciencia en la población que no ha vivido de forma directa el conflicto armado, para de esta manera aportar en los procesos de reconciliación general que está enfrentando Colombia a raíz del Acuerdo de Paz firmado con la guerrilla de las Farc, ya que las voces de quienes han vivido el conflicto necesitan tomar mayor relevancia. Debemos aclarar, sin embargo, que nuestro acercamiento a estas realidades estuvo mediado por la perspectiva de género; es decir, nos enfocamos en las experiencias femeninas por considerar que las mujeres han sufrido y resistido doblemente este conflicto. Los contextos patriarcales, legitimados por una estructura social en la

que las mujeres somos consideradas menos que los hombres, históricamente nos han impuesto roles, actitudes, tareas, valores y creencias que una vez naturalizados dentro del marco del conflicto, terminaron por agudizarse y reproducirse con mayor crueldad.

Nuestro libro pretende ser como un vitral compuesto de micro relatos protagonizados por mujeres campesinas afrodescendientes, que al unirse conforman un macro relato de la población desplazada por la violencia. Un escrito elaborado por mujeres y sobre mujeres, que se nutre de múltiples voces para contar una misma historia, la del conflicto armado colombiano, desarrollada en el litoral Pacífico y enmarcada en el siglo XXI.

“*Lo personal es político*”, lema del feminismo moderno, nos inspiró para repensar el fenómeno histórico de este conflicto, debido a que las experiencias de las mujeres campesinas están directamente ligadas a la situación política del

país y no pueden entenderse por separado. Y es que hemos vivido una guerra que ha alterado el espíritu y el ejercicio del poder político; algunos actores armados se han infiltrado en las instituciones estatales y establecido alianzas que los favorecen, como son los casos del paramilitarismo o el narcotráfico y sus vínculos con altas esferas del poder, mientras por otro lado, diversas organizaciones gubernamentales y no gubernamentales se han constituido para combatir el flagelo de la guerra, acabar con los grupos armados y brindar apoyo a las víctimas.

Como mujeres y estudiantes del programa de Comunicación Social de la Universidad del Valle, dirigimos esta búsqueda hacia la comprensión de los procesos de transformación de las percepciones en la vida cotidiana y la construcción de cultura política en un grupo de mujeres campesinas del Pacífico colombiano que vivieron el conflicto armado en sus pueblos, veredas y caseríos, y por esa razón se desplazaron a Cali. En la actualidad viven en

Potrero Grande, un barrio de casas de interés social ubicado al Oriente de la ciudad, en el Distrito de Aguablanca. Quisimos indagar sobre estos procesos pues somos conscientes de los enormes cambios que ha suscitado este conflicto en la sociedad colombiana y en sus diferentes ámbitos -social, económico, político y cultural- especialmente en la población campesina y de manera más específica en las mujeres,

quienes se han visto expuestas a una alteración de sus dinámicas cotidianas como consecuencia de la guerra. Así mismo, los roles que habitualmente habían desempeñado como madres, esposas

y encargadas del hogar, se transformaron a raíz de esta experiencia, dando como resultado una alteración en sus actividades y en los modos como ven el mundo y participan de él.

Esta búsqueda se llevó a cabo a partir de las narrativas testimoniales de seis mujeres, lo que significó adentrarnos en seis universos nuevos con formas propias de expresarse, actuar y ver el mundo, así como el encuentro con experiencias, códigos y creencias que hasta ese momento desconocíamos. Sin embargo, esas formas particulares y únicas que en un principio nos distanciaban, al final sirvieron de puente para acercarnos unas a otras. ¿Cómo lo hicimos? Intentado comprender las dinámicas que ellas viven cotidianamente y procurando prever las limitantes que se nos iban a presentar al trabajar con mujeres campesinas y negras, desplazadas por la violencia y residentes en un barrio caleño con fuertes problemáticas sociales.

No obstante, consideramos que la clave en el desarrollo de las sesiones de trabajo fue el hecho de que ellas entendieran que nosotras estábamos allí para escucharlas, pues en lugar de construir un espacio académico rígido para la investigación, creamos un ambiente de diálogo y de escucha consciente de sus relatos. Permitirles hablar de sus experiencias sobre el conflicto, pero también de sus historias de vida, ayudarlas a mirar de frente detalles que han querido omitir o recordar otros que no quisieran olvidar, marcó la diferencia en la forma de acercarnos a ellas, y así nos lo hicieron saber al finalizar las sesiones de trabajo. Sacarse de adentro tanto dolor y tanta rabia, exponerlo ante sí mismas y ante las demás, mirar con nuevos ojos lo que ya pasó y mirarse con esos ojos a sí mismas, les otorgó libertades y cierto grado de tranquilidad que nunca obtuvieron al seguir los protocolos de declaración y reparación a las víctimas, cuando una y otra vez tenían que repetir ante oídos sordos sus historias. Finalmente, haber ideado actividades que atrapasen su atención y que estuvieran

acordes con sus conocimientos previos, hizo que se creara un lenguaje común donde todas entendíamos lo que estábamos diciendo.

Lo anterior confirma la importancia que tienen las narrativas testimoniales en nuestro trabajo, puesto que se van construyendo desde las experiencias de vida, y en este caso se distinguen por contener las vivencias del conflicto armado. A nosotras no sólo nos interesó el hecho en sí, sino que también nos enfocamos en preguntarles cómo lo vivieron, cómo lo sintieron, cómo les afectó, tomando como base el uso del lenguaje. Sus testimonios se originaron desde la narración oral y a partir de esos diálogos individuales, nosotras indagamos sobre sus formas de relacionarse con el mundo que las rodea, su cultura política y la consciencia de sí frente a la otredad. Al mismo tiempo, trabajamos de forma colectiva con las seis mujeres para conocer y poner en común sus realidades, pues de otra manera quedarían ocultas, o como les ha pasado en otras ocasiones, seguirían



siendo ignoradas. El uso de las narrativas testimoniales también nos permitió conocer las similitudes y diferencias de sus historias, comenzando desde lo micro para dar cuenta de lo macro; desde lo local a lo global, situación que dio pie para originar la discusión sobre la importancia de sus representaciones sociales en la construcción de memoria pública y colectiva.

Es necesario mencionar que las narrativas testimoniales empezaron a tomar mayor relevancia en América Latina a finales de la década del 70, impulsando la creación de memoria en sociedades estigmatizadas por la violencia política, y teniendo además en tiempo reciente, un posicionamiento como método para conocer historias que dieran cuenta de los horrores que ha padecido la sociedad civil. Por lo mismo, la memoria de las víctimas comenzó a destacarse pues se les había quebrantado y negado sus derechos, siendo indispensable la solidificación de la

figura de sujeto-víctima y realizando un llamado apremiante para que se les haga justicia y así poder construir una sociedad de paz.

En Colombia por ejemplo, el esfuerzo por rescatar las narrativas testimoniales dio como resultado la creación del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), el cual se enmarca dentro de la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras 1448 de 2011. Entre sus objetivos principales está la contribución al esclarecimiento de los hechos, los responsables y las condiciones que hicieron posible el conflicto armado en Colombia, así como el esfuerzo por consolidar la memoria como derecho institucional y patrimonio público, al igual que la búsqueda de dignificación para las víctimas a través de la reparación simbólica. Adicional a esto, el Centro Nacional de Memoria Histórica tiene como meta la creación del Museo de la Memoria como un espacio que además de dignificar la memoria de las víctimas, promueva la cultura del respeto por la vida y los derechos humanos.

Pero, ¿por qué abordar el tema del conflicto desde una perspectiva femenina con enfoque campesino y racial, y no desde otros ámbitos, por ejemplo desde la familia, la infancia, o la masculinidad? La historia de Colombia está llena de pequeñas historias, historias ignoradas, mimetizadas o silenciadas por conveniencia, historias que con dificultad han logrado pasar de generación en generación, permaneciendo en las memorias individuales y haciendo resistencia para calar en las colectivas. Por ello, desde nuestra profesión y desde nuestros intereses personales, hemos decidido acercarnos a la historia del campo colombiano, pues tiene mucho que ver con el desarrollo del conflicto armado y con la naturalización de la violencia de género focalizada en la mujer.

A pesar de que hasta ahora no se ha hecho un censo que determine con exactitud la cantidad de campesinos que viven en nuestro país, se estima que esta población oscila entre siete y diez millones de personas. El campesinado en

Colombia es una población vulnerable debido a la falta de oportunidades de desarrollo ligadas no sólo al acceso a la tierra, sino también a créditos, tecnificación, educación y salud. Colombia es un país que hasta la fecha no ha tenido una reforma agraria que vele por los derechos de los pequeños propietarios de tierra, en cambio, las reformas en torno al agro que se han implementado a lo largo de los años han favorecido a grandes cultivadores y familias de hacendados, permitiendo la consolidación de una estructura latifundista.

En este contexto el desplazamiento forzado ha hecho parte de las dinámicas del campo, al tiempo que las motivaciones de éste se han transformado con el tiempo. Al conflicto de la tenencia de la tierra se suma el conflicto por el control del territorio. La primera, relacionada con la concentración misma de la tierra con el fin de aumentar la producción y las ganancias ha ido variando, pues en un inicio existía un interés por la explotación agropecuaria del país, mientras que en la actualidad las concesiones



a la minería son mucho más relevantes para la economía interna. La segunda, que lucha por el territorio, responde a la búsqueda del control de espacios estratégicos para la política y la economía, elemento que se robustece en el marco del conflicto armado de los últimos 60 años.

Este conflicto surgió por la disputa de la tierra, pues la organización campesina exigía una reforma agraria que permitiera la consolidación

del derecho a la propiedad, así como las garantías necesarias en el mercado como agricultores para ser competitivos. Solicitudes que hasta ahora no se han resuelto. Por el contrario, el campo colombiano ha sido fuertemente golpeado por el desalojo, motivado no sólo por el conflicto, sino por las difíciles condiciones de vida que ofrece. Los campesinos, aunque trabajen de sol a sol tienen ingresos precarios debido a las condiciones del mercado, lo que a su vez afecta la forma de producción. Parece que el campo colombiano ha quedado detenido en el tiempo para los pequeños propietarios, pues viven en condiciones similares a las que se vivían a inicios del siglo XX.

Sumado a lo anterior el conflicto armado se ha robustecido por otros actores a lo largo de la historia como el narcotráfico y el paramilitarismo, que marcaron indiscutiblemente su horizonte. Existe un panorama en el país que ha generado las condiciones para que más de la mitad de la

población campesina se haya desplazado hacia los cascos urbanos, según la Consultoría para el Desplazamiento Forzado y los Derechos Humanos de Unicef. Muestra de ello es que el país tiene uno de los índices más altos de concentración de la propiedad y demuestra una tendencia al aumento de tierras dedicadas a la ganadería extensiva y la disminución de la producción de alimentos en los departamentos con mayor concentración de la propiedad rural.

Ahora bien, en cuanto a las dinámicas en las relaciones de género en el campo, reconocemos prácticas de control sobre los cuerpos, los proyectos y las vidas de las mujeres desde que son niñas hasta edades avanzadas.

La violencia tiene infinidad de formas de manifestarse y se encuentra en todos los ámbitos y a lo largo de las vidas femeninas. Estas formas tienen que ver con el acoso, el abuso, el maltrato y la violación de sus derechos en las

relaciones de convivencia, en el hogar, en el trabajo, el pueblo o la comunidad. (Ruta Pacífica de las mujeres, 2013, p.44).

No obstante, somos conscientes de que en el mundo y en diferentes tiempos las mujeres han buscado emanciparse de las presiones impuestas en sus contextos a través de las luchas de los movimientos feministas y de mujeres, por la igualdad y el reconocimiento de sus derechos. Se reconocen varias etapas y periodos durante los cuales han surgido diferentes corrientes de pensamiento al interior de los continentes, pero también las influencias que se han dado entre los mismos. Se debe tener en cuenta entonces que los movimientos se relacionan con su contexto, es decir, la región, los modelos socio-económicos, las prácticas sociales y las problemáticas de cada lugar.

Las agrupaciones y los movimientos de mujeres en Colombia, se consolidaron desde inicios del siglo XX. Estos han sido

impulsados por interés propio e influenciados internacionalmente por otras agrupaciones femeninas, como ilustra Lamus Canavate (2014). El Congreso Internacional Femenino o Congreso Internacional Femenino de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas, celebrado por primera vez en Buenos Aires en 1910, en el que se votó por la igualdad civil de las mujeres casadas, salario laboral igual al de los hombres, mejores condiciones sociales para mujeres y niños trabajadores, reforma de la educación femenina y el divorcio.

Sin embargo, las luchas feministas en Colombia tuvieron antecedentes importantes en la década de los años 20 que se materializaron en los años 30. Por ejemplo el Proyecto de ley sobre el acceso a la Universidad en 1927, el Proyecto de ley sobre los derechos de las mujeres en 1928 o el Proyecto de Capitulaciones Matrimoniales, que pedía la independencia económica de las mujeres casadas. Diferentes congresos permitieron la discusión en los centros urbanos sobre estos

temas, así como la afinidad entre mantener el hogar y ser profesionales, discusión relevante después de haberse aprobado el decreto 1972, que abrió las puertas de la Universidad a las mujeres; mientras que en la reforma constitucional de 1936, se logró que las mujeres tuvieran derecho a ocupar cargos públicos y posteriormente comenzó la discusión sobre el derecho al voto, una lucha que se materializó paradójicamente gracias a la reforma constitucional de 1954 promovida durante la dictadura de Rojas Pinilla.

De ese contexto histórico inicial en el que las mujeres éramos consideradas propiedad de los hombres, y por lo tanto nuestros derechos llegaban hasta donde lo estipulaban las leyes elaboradas por ellos, han transcurrido varios años y se han ganado numerosas batallas. La realización de este libro y el trabajo de campo previo con las mujeres de Potrero Grande, no sólo es un logro para nosotras en tanto significa la culminación de nuestra etapa universitaria, sino que además simboliza las ganas y la necesidad

de millones de mujeres colombianas por ser escuchadas y tenidas en cuenta, o por visibilizar y sacar a la luz pública las voces de aquellas que históricamente han sido ignoradas. Si logramos que el lector se sumerja en los relatos que va a encontrar a lo largo del libro y por un instante los sienta propios o cercanos, habremos conseguido revivir la memoria y de esa manera recordar que en este país todos y todas hacemos parte de una historia compartida de opresión, violencia, desigualdad social y resistencia, que de ser realmente conocida tal vez sea más difícil que se vuelva a repetir. Esa es nuestra esperanza.



Ellas y nosotras

El barrio Potrero Grande, ubicado al oriente de la ciudad de Cali, fue el lugar donde llevamos a cabo el trabajo de campo de nuestro proyecto, entre marzo y junio de 2017. Nosotras, tres jóvenes universitarias, y seis mujeres residentes del barrio nos reunimos durante tres meses, una vez a la semana, básicamente para charlar. Las primeras, o sea nosotras, hacíamos las veces de talleristas pero sobre todo de oídos. Escuchábamos las voces de ese pequeño grupo de mujeres, sus relatos sobre la vida y en menor medida sobre la muerte; las aventuras infantiles y juveniles de la época en que vivían en su campo; sus deseos insaciables por la comida de mar y la profunda añoranza por la playa, los ríos y las quebradas que las vieron crecer, así como los aprendizajes y experiencias relacionadas con las leyendas, los mitos y las creencias del Pacífico colombiano que aún las habitan.

Ellas, las mujeres de Potrero Grande, hicieron las veces de historiadoras. Historiadoras de sus vidas individuales, pero también de un fragmento importantísimo de la historia de este país. Contándonos lo que fueron antes del desplazamiento y lo que son ahora, en el barrio, con sus familias y con el trabajo que la Fundación Paz y Bien¹ ha hecho en la comunidad, Gloria, María Eudocia, Anayibe, Noralba, Nelly y María Elena, nos dieron su voto de confianza a pesar de las enormes diferencias que nos distanciaban.

Todas ellas son mujeres negras del Pacífico colombiano, madres de varios hijos y en algunos casos abuelas. La más joven tiene 32 años mientras que la mayor acaba de cumplir 64. Son campesinas de nacimiento y de crianza, y en la mayoría de casos su nivel de escolaridad no sobrepasa quinto grado de primaria. Todas se desplazaron a Cali a raíz de las situaciones de violencia e incertidumbre que

¹ Este proyecto se llevó a cabo gracias al apoyo de la Fundación Paz y Bien, que tiene más de 30 años de experiencia con trabajo comunitario en el Distrito de Aguablanca. El lector podrá encontrar información ampliada sobre la Fundación y el apoyo que nos brindó en la Memoria del Trabajo de Campo, ubicada al final del libro.

vivían en sus pueblos, veredas y caseríos, y todas, después de la llegada a la ciudad y antes de vivir en Potrero Grande, tuvieron que hacerse a un ranchito en alguna invasión del Jarillón del Río Cauca, o vivir *arrumadas* con su familia en alguna casa de paso, mientras lograban establecerse en otro lugar.

Nosotras en cambio no tenemos ascendientes negros en los antepasados cercanos; no somos madres y ninguna de las tres sobrepasa los 25 años. Crecimos en ciudades como Cali, Palmira y Popayán, donde el impacto del conflicto armado no ha tenido la magnitud de lo vivido en el campo; y en cuanto a nuestra escolaridad, la realización de este proyecto es prueba de nuestro paso por la Universidad.

Ellas y nosotras hacemos parte de universos paralelos. Hemos vivido en la misma ciudad pero las experiencias y las condiciones de vida son absolutamente distintas. Colombia en general está llena de universos paralelos, desigualdades y falta de oportunidades; injusta para los pobres y descaradamente corrupta e impune para quienes ostentan poder. Hemos compartido el mismo cielo que se posa sobre Cali pero evidentemente hemos vivido de formas muy distintas. La brecha entre las experiencias que ellas y nosotras tenemos no sólo radica en lo geográfico y lo socioeconómico, sino también y sobre todo en las formas culturales y simbólicas con las que fuimos educadas como mujeres, pues esta condición lleva implícitas unas marcas diferenciales en la forma de ser percibidas y de percibir; de ser tratadas y tratar, así como en la forma de relacionarnos, de pensar, de sentir, de hablar, de ver y ser.

No obstante, pese a las diferencias, logramos construir una relación de confianza que nos permitió vislumbrar entre las líneas de los relatos contados por ellas, las maneras en que configuran el mundo a través de sus experiencias de vida, los cambios que han percibido en sí mismas y las reconfiguraciones que han hecho en su construcción de *sujetas políticas*, incluso sin ser conscientes de esto.

Decir que nos encontramos con mujeres diversas que comparten un presente similar, sería redundante. Quizás exaltar su fortaleza y la alegría que desbordan pese a las dificultades de sus vidas, les hace más justicia. La sinceridad en sus ojos cuando nos miraban, la risa fácil que siempre se les escapa de los labios y la nostalgia en sus voces al recordar lo que dejaron atrás, es lo que ahora nos queda de ellas, cuando sus relatos se convierten en letras y somos nosotras las encargadas de llevarlos a otros ámbitos y darlos a conocer.

Ellas recuerdan

Las sinopsis narrativas que a continuación presentamos están conformadas por las voces de seis mujeres de orígenes distintos pertenecientes a la misma región, el Pacífico colombiano, y reunidas en la actualidad en Potrero Grande, un barrio de viviendas de interés social ubicado al oriente de Cali. Seis voces que se mezclan y parecen una, pero que tienen rostro propio y una historia de vida específica. Y aunque nuestro propósito no es adentrarnos en las particularidades de cada una de sus historias, sí queremos ofrecerle al lector una mirada rápida sobre la vida de estas mujeres y los caminos que han recorrido, para que tenga una idea general sobre quiénes son las mujeres que aparecen a lo largo del libro.



Anayibe García

Es una morena corpulenta, de mirada amable y humor travieso. Tiene 40 años, ocho hijos y cinco nietos. Creció en el departamento de Nariño, entre Pasto, Barbacoas y Cumbal, bajo el cuidado de sus tíos maternos pues quedó huérfana de madre a temprana edad, y su padre contrajo matrimonio con una mujer blanca que no la quería. De niña era traviesa e indisciplinada, prefería irse a bañar al río o treparse en un árbol a *chupar* fruta, antes que quedarse en la finca ayudando con las labores que su tía le asignaba. Después de que *cogió marido*² por primera vez, se fue a vivir a Canquiste, una vereda ubicada en el municipio de Magüí Payán, en Nariño. Su vida en el campo consistía en el cuidado de la casa, los animales, los cultivos y por supuesto los hijos,

² Expresión coloquial usada por las mujeres de Potrero Grande para referirse a la unión que establecieron con un hombre, la cual no implica necesariamente haber contraído matrimonio pero sí tener hijos.



que no tardaron en llegar, mientras su esposo trabajaba en una mina de oro. Hasta allí llegó la guerrilla pidiendo vacunas; las cosas con su marido se complicaron y un vecino le advirtió a Anayibe que lo mejor era que se fuera porque los iban a matar. Antes de eso ella ya había tenido algunas experiencias con los grupos armados que llegaban hasta su finca ordenándole que les prepara comida por lo que, sin dudarlo, cogió a sus muchachos y escapó. Anduvieron muchas horas entre monte y caminos de herradura por el miedo de que los atraparan en la huida, hasta que finalmente se encontraron con un camión del ejército que los trajo hasta Cali.

Llegó a la ciudad en el año 2011, inicialmente a una invasión llamada África, ubicada en el barrio El Retiro, y después se fue a vivir a Potrero Grande con su segundo marido, el papá de sus tres hijos menores. A pesar de que dio declaración en la Unidad de Atención y

Orientación al Desplazado (U.A.O)³, hasta la fecha no ha salido favorecida. Actualmente, Anayibe se encuentra desempleada, así que parte de su tiempo libre lo pasa en el Parque La Arboleda⁴ tejiendo los gorros y bufandas que les enseñaron a hacer en los talleres gratuitos que allí se dictan, o sirviendo como voluntaria para la Fundación Paz y Bien en el cuidado del Parque y el control de los niños y jóvenes que ingresan a diario.

³ La U.A.O es la unidad encargada de atender a las personas desplazadas por el conflicto armado. La ruta inicia con una declaración de los hechos de desalojo que luego se verifica para dar inicio al proceso de asistencia y reparación.

⁴ La Fundación Paz y Bien trabaja principalmente en tres barrios del Distrito de Aguablanca: Marroquín II, donde se encuentra la sede principal, Llano Verde donde todavía no tienen un lugar específico, por lo que las reuniones con la comunidad se hacen en el parque o en alguna acera, y Potrero Grande donde la Fundación se encuentra a cargo de la administración del Parque La Arboleda, un espacio apadrinado por la Fundación Fanalca y la Alcaldía de Cali que busca promover el deporte, el juego, la sana convivencia y la integración de la comunidad.

Nelly Hurtado

Es una mujer inquieta, emprendedora, y profundamente creyente. Tiene 38 años y cuatro hijos, y sueña con ampliar su casa para hacerla más acogedora. Su infancia la pasó de hogar en hogar, unos años con su papá, otros con su mamá, luego con una amiga de la familia que la quería como si fuera suya, y tiempo después con su tía y su abuela. Es oriunda de Buenaventura pero también vivió en el Chocó, donde aprendió sobre los mitos de la cultura del Pacífico y por supuesto, sobre la comida típica de mar, que tanto le fascina. Desde pequeña adquirió muchas responsabilidades, pues era la mayor de sus hermanas y la encargada de velar por el bienestar de todas. Después de tener sus primeros hijos y organizarse con su segundo compañero, las amenazas del conflicto armado llegaron a su puerta. Nelly cree que fue la guerrilla, aunque a veces lo duda, quienes

le exigieron a su marido unirse a ellos o ser asesinado. Cogieron unas pocas mudas de ropa, alistaron a su hija y se vinieron para Cali. Era el año nuevo del 2005 cuando llegaron a Nueva Ilusión, un asentamiento ubicado en El Pondaje. A los pocos días fueron a dar declaración a la Unidad de Atención y Orientación al Desplazado, pero la ayuda demoró varios meses en llegar. Entre tanto Nelly barría calles, pues su marido no lograba conseguir trabajo. Quedó embarazada de mellizos pero perdió a la niña meses después del nacimiento por un hecho de negligencia médica que fue ignorado por la institución a la que acudió para el parto. Finalmente, la ayuda económica llegó y tiempo después fueron beneficiados con la casa de Potrero Grande, como medida de reubicación de las personas que vivían en los asentamientos subnormales.



Actualmente, Nelly trabaja como tutora en la Fundación Paz y Bien, pues su proceso de aprendizaje ha sido natural y fluido debido al interés que le despierta el trabajo con la comunidad. Además, retomó sus estudios escolares, ya terminó la primaria y se encuentra cursando sexto grado de bachillerato.

María Eudocia Cortés

Es una mujer de figura esbelta y ojos pequeños a la que le gusta usar vestidos y faldas largas, pues dice que la ayudan a resaltar su figura. Tiene 64 años, tres hijas, dos nietas y una bisnieta, y actualmente vive con su marido en Potrero Grande, en una casa de tres plantas que han ido ampliando de a poco y con mucho esfuerzo. Sus primeros años de juventud los pasó en Curay, una vereda cercana a Tumaco, en el departamento de Nariño; allí María Eudocia hizo un sin fin de travesuras, pues según sus propias palabras "era diablo y chicanera". Le gustaba tener varios novios, era grosera y respondona con sus papás, y ayudaba lo mínimo con los quehaceres del hogar; en cambio, se escapaba largas horas con sus amigos, yéndose a la playa a nadar y pescar.



El desplazamiento forzado se dio en Tablón Salado, otra vereda cercana a Tumaco. Allí, María Eudocia vivió con su primer marido y tuvo a sus hijas. Vivían de la cosecha de *chocolate*⁵, tenían animales de corral y trabajaban el monte. Los enfrentamientos entre guerrilla y ejército le destrozaban los nervios, pero las visitas repentinas de los guerrilleros a su casa, exigiendo que les preparara comida eran lo que más la llenaba de angustia. Con el paso del tiempo María intentó eludir esa labor, pero un cuñado la puso en sobreaviso de las intenciones que tenían de asesinarla por negarse a hacerlo. Dejó a las niñas con su mamá y se vino sola para Cali, pues hacía poco se había separado de su

5 El cacao tiene varias especies y algunas son silvestres. El cacao por ejemplo es una de ellas, su pulpa es comestible y se usa para elaborar bebidas refrescantes, y de las semillas secas y tostadas se hace lo que las mujeres llaman *chocolate*. Por supuesto, es un chocolate distinto del que es extraído de la semilla del cacao, pero en la región del Pacífico colombiano el cacao es una cosecha bastante común, por lo que el lector debe tener en cuenta que cuando las mujeres hablan de *chocolate*, escrito con cursiva, se refieren al que es extraído de la semilla de cacao.

marido. Era el año 2003. Llegó a vivir a la Colonia Nariñense, un barrio de invasión donde logró levantar un ranchito. Fue a dar declaración en la Unidad de Atención y Orientación al Desplazado dos años después del desplazamiento, pues no tenía idea de la existencia de dicho programa, pero no salió favorecida. Se mantenía de la venta de cocadas en los semáforos o pidiendo plata, hasta que conoció a su nuevo marido y se fue a vivir con él. Actualmente, la situación económica de María Eudocia es la más estable de las seis mujeres, sin embargo, la añoranza por el campo y por la vida que dejó atrás no le permiten disfrutar con plenitud de su presente.

Noralba Ocoró

Reservada y de pocas palabras. Con 32 años, Noralba es la mujer más joven del grupo. Se peina constantemente con trenzas y por lo general lleva en su cuello un rosario de color blanco. Fue criada en Santa María, un pueblo perteneciente al municipio de Timbiquí, en el departamento del Cauca, por su abuela materna, doña María de Jesús, a quien quiere y recuerda de forma especial. Desde muy niña, a Noralba le enseñaron las labores de la casa, así como a sembrar, cosechar y criar animales; sin embargo, se vio obligada a dejar su tierra a los 17 años junto con sus dos hijas, tras enterarse que hacía parte de una lista de jóvenes a quienes la guerrilla iba a reclutar.





Se fue para Buenaventura, *consiguió marido* y tuvo a su tercera hija, pero al poco tiempo los paramilitares quisieron reclutar a su compañero, lo que desencadenó un segundo desplazamiento. Llegaron a Cali a la casa de unos familiares de él, pero pasados unos días la situación económica empezó a tornarse demasiado difícil, así que Noralba salía a vender dulces, chontaduros y mango en los semáforos, mientras su marido trabajaba en construcción. Con el dinero que lograron reunir arrendaron la casa de Potrero Grande en la que actualmente vive con las tres niñas, pues a pesar de que salió favorecida con ayudas humanitarias en la Unidad de Atención y Orientación al Desplazado, el subsidio de vivienda que merece por su condición de víctima del conflicto armado no ha sido aprobado.

En la ciudad, Noralba se siente conforme y mucho más segura que en el campo. Por ahora trabaja dos días a la semana en una casa de familia, y a veces va hasta el centro de la ciudad a vender cocadas, pues la responsabilidad de sostener a sus tres hijas y pagar el arriendo recae sobre ella, ya que hace poco su compañero la dejó, y conformó otra pareja. Sin embargo, sus preocupaciones no se reducen a lo económico; la vida en contextos donde la violencia es cotidiana han debilitado la salud de Noralba, quien pese a ser una mujer joven, sufre de presión alta y se enferma con facilidad.



María Elena Burbano

Tiene 61 años, ojos grandes y una sonrisa de dientes blancos bien organizados. De sus primeros años de vida recuerda que la crió una mujer blanca, una *paisita* como ella la llama, porque su mamá biológica no tenía los medios para sostenerla. Recuerda el conflicto que le ocasionaba mirarse a sí misma, una niña negra, y mirar a quienes ella consideraba su mamá y sus hermanos, pues eran gente blanca. Terminó de crecer entre Tumaco, Pasto y Ricaurte, en el departamento de Nariño, bajo el cuidado de sus hermanas mayores.

De su primera relación tuvo un hijo que fue desaparecido por la guerrilla cuando todavía era adolescente, éste hecho sucedió en Tumaco así que María Elena se fue a vivir a Buenaventura, en el departamento del Valle del Cauca. Allí

inició otra relación de la que nacieron sus demás hijos, pero la violencia intrafamiliar y de género la llevaron a separarse y a vivir por un tiempo en condiciones adversas. Conoció a un tercer hombre y se fue a vivir con él; la vida empezaba a mejorar para ella cuando una mañana un grupo de hombres armados irrumpió en la casa disparándole a su marido hasta matarlo. Intimidada para que no denunciara lo sucedido, María Elena abandonó Buenaventura y llegó a Cali en el año 2013. Vivió unos meses en Decepaz, en la casa de una amiga, y con la primera ayuda que recibió tras dar declaración en la Unidad de Atención y Orientación al Desplazado, pagó por adelantado tres meses de arriendo en una casa en el barrio Calimio. Actualmente, María Elena vive en Potrero Grande, donde continúa pagando arriendo pues la ayuda de vivienda que el gobierno debería darle por su condición de desplazada, no ha resultado.

Gloria Mairongo

Es la cantaora del grupo, una mujer menuda y de baja estatura, con ojos profundos y cabello muy negro para sus 63 años. El amor por el canto lo heredó de su abuela, su mamá y sus tías, a quienes creció viendo cantar alabaos, bundes y arrullos⁶. De ellas también aprendió el arte de *veloriar* muerto o adorar al niño, por lo

⁶ Los *alabaos* son cantos que se entonan, sin el acompañamiento de instrumentos musicales, en los velorios de adultos y por lo general, son las mujeres las encargadas de liderarlos, decidiendo la entonación y duración de los mismos. Los *arrullos* en cambio son cantos más festivos y rítmicos, pues se entonan durante las celebraciones religiosas donde se adora a un santo o al Divino Niño Jesús; también en los *chigualos*, que son los velorios de niños menores de siete años de edad, suelen entonarse *arrullos* o *bundes*, pues según la creencia, el niño fallecido pasa a ser un angelito por lo que no es necesario suplicar por el perdón de su alma. En los *arrullos*, por lo general, las voces de las mujeres cantaoras están acompañadas de instrumentos de percusión típicos de las comunidades negras del Pacífico colombiano como *bombos*, *cununos* y *guasás*.

que años después, cuando vivía con su marido, Agripino, la buscaban para que celebrara velorios y adoraciones. En Cali, después del desplazamiento, Gloria ha cantado en varias ocasiones, incluso hizo parte del rodaje de la película SIEMBRA⁷, en donde se recreó una escena con los rituales tradicionales de velación en el Pacífico colombiano.

Tuvo ocho hijos de los cuales perdió tres cuando todavía eran muy jóvenes. Nacida y criada en el campo, vivió en veredas de Nariño como Salahonda, Mosquera y Chagüí, hasta

⁷ SIEMBRA, de los Directores Angela Osorio y Santiago Lozano, egresados de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Valle, es una producción caleña estrenada en el año 2015. Recrea el desarraigo y la añoranza de un pescador negro de la Costa Pacífica por volver a su tierra, pues se encuentra viviendo en Cali después de haber sido desplazado por la violencia del conflicto armado. Cuando su único hijo muere, el hombre deambula por la ciudad para realizar su propio duelo, mientras tanto en la invasión donde vive se llevan a cabo los rituales de velación tradicionales, con mujeres cantaoras a cargo.



que finalmente se estableció en un caserío llamado La Junta Cuarazangá, junto a su marido Agripino, con quien tuvo seis hijos. Se dedicaban a la siembra de frutas y verduras, a la venta de hoja de coca y a la cría de pollos y marranos, al tiempo que la violencia doméstica por parte de él era una constante que en varias ocasiones la hizo temer por su vida.

Entre tanto, los actores armados se movían libremente por el campo, pero Gloria nunca tuvo problema con ellos hasta el día que una sobrina de Agripino, que hacía parte de la guerrilla, les avisó que él estaba en una lista de personas que la guerrilla iba a matar. Las razones por las que él había sido incluido eran confusas, Gloria pensó que se debía a una escopeta de caza que su marido tenía, puesto que las armas estaban prohibidas para la población, pero decidieron no arriesgarse a averiguarlo pues semanas atrás dos hermanos de Agripino habían sido asesinados. La llegada a Cali en 2004 fue traumática, unas pocas cobijas fue lo único que trajeron y no

tenían a dónde ir. Pasaron tres noches en la terminal de transportes hasta que finalmente un vigilante les recomendó ir al barrio Mojica donde les tocó amanecer en un andén. Fueron llevados a la Unidad de Atención y Orientación al Desplazado esa misma mañana, por una señora desconocida que los vio durmiendo en la calle, y con la ayuda humanitaria que recibieron después de declarar, comenzaron a organizarse. Inicialmente se instalaron en un ranchito que levantaron en Mojica, al tiempo que trabajaban como recicladores en el Basurero de Navarro.

La casa de Potrero Grande donde vive actualmente con Agripino y su nieto, salió como reubicación de la gente de los barrios de invasión, pero Gloria siempre nos repetía con tono indignado que el Gobierno le está cobrando la casa, y no considera justo que le cobren por un lugar que deberían darle de manera gratuita por su condición de víctima del conflicto armado, pues ella no tiene los medios para pagarla.

De lo que también fuimos

«Bueno, empecemos por el mar, me identifico con el mar porque me gusta mucho bañar. Yo no salía nunca de la orilla, esa era mi diversión, bañar y bañar hasta que un día casi me iba a ahogar. Me metí de cabeza y me metí en un palo, pelié, pelié, pelié hasta que saqué la cabeza y desde ahí dejé de ir a bañar.

»Me parecía tan bonito sacar un pescado del agua, eso es emocionante, entre más uno tira la red, más pescaditos saca. Nos íbamos nosotros a pescar, cogíamos mucho *pescado*, me trae muchos recuerdos. Nos íbamos a apañar almejas, bulgao, ostión, sangara a la playa; nos íbamos con los compañeros de clase a agarrar cholga, eso es como la piangua, uno la cocina y ella se abre y saca uno la comidita de adentro, la carnecita. Bueno, eso es el mar».

«Yo soy legítima tumaqueña, allí está mi ombligo, allí me juvencí y me crié. Me encontré al joven Agripino. Bajaba a vender madera, yo salía pa' la galería y nos encontramos, entonces yo creo que le caí bien. Él se pegó de mí, pero yo no, yo no lo quería. Yo cuando estaba joven era jodida con los hombreritos, era una negra pero bien parada en la raya».

— Gloria —
63 años

— María Eudocia —
64 años

«Así es el campo donde uno vive, como decir aquí era mi casa, yo vivía en medio de todo esto y la casita de un vecino por acá, la del otro más acá y uno para llamar a un vecino tenía que coger camino, para uno comprar algo también, para bajar al río también la misma cosa, para ir a traer agua había que caminar al chorro, son cosas pues que uno aquí no las ve. Apenas uno tiene que recordarse, mirar todo esto, a uno le da nostalgia pues dice uno, uno en su campo no tenía necesidad de salir a comprar un coco, no tenía necesidad, uno salía cogía la palanca y bajaba su coco y listo».

— Anayibe —

40 años



«A mí me gusta mucho la naturaleza, por mí fuera viviría allá, en el campo. Cuando estaba embarazada me estaba ahogando porque me dio un calambre y un señor se tiró a sacarme porque ya me estaba ahogando en el río.

»Hace años no iba a Santa María y fui en Semana Santa y bacano, el pueblo me gusta, pero no, allá paro un mes, nooo, menos de un mes, me da miedo. El río me gusta, yo me iba a sentar a ver correr el agua, a respirar el aire puro, todo eso, y acá en Cali no... Mi abuela estaba feliz, allá se quedó la viejita, se quedó llorando, bueno, lloramos todos...».

— Noralba —

32 años

«*María Elena*: Estuve un tiempo en Ricaurte, otro tiempo en Tumaco, otro tiempo en Pasto. Estaba donde estaban las hermanas. Como yo era la pequeña entonces me llevaban de una parte pa' otra. Lo que recuerdo de lo que yo era de muchacha, es que yo no me *ajuntaba* con los morenos, me *ajuntaba* con los paisitas⁸.

»*Anayibe*: ¿si usted era morichita por qué no le gustaba reunirse con la gente de su mismo color?

»*María Elena*: no me gustaba reunirme con la gente de mi mismo color porque yo me había criado en el ambiente de los paisitas. La señora que me crió a mí era una paisa, los hermanos, que todavía existen, eran paisas, la señora ya no existe. Entonces, yo estaba en ese ambiente, estirada.

»A pesar de que yo me crie con los paisitas, yo soy negra, yo ya me reconozco. Ahora, me reconozco que yo soy negra, pero yo antes me preguntaba, yo criada ahí me preguntaba: ¿yo por qué soy negra y ellos son blancos? Hasta que un día ya no me lo aguanté y le dije: “Mamá, ¿y yo por qué soy así, negra?” Entonces me contó la historia: “es que pasaba su mamá y su mamá que la iba a botar, la iba por allá a dejar tirada”, entonces una de las hijas dijo: “ay, yo quiero esa muñeca para jugar”. Dizque tenía dos meses. “Yo quiero esa muñeca para jugar”, pues dicen que era bonita, ¿no?».

— *María Elena* —

61 años

⁸ Paisita: forma coloquial usada en la zona del Pacífico colombiano para referirse a las personas blancas.

«Yo soy Nelly Hurtado, soy una mujer con un hogar, con mi marido, mis hijos, son cuatro. Me gusta mucho la naturaleza, el pescado, todo que lo que tiene ver con el mar me encanta.

»Me veo como una artista. Mi vida para mí es un arte. Cada una de nosotras somos unas artistas por todo lo que nosotras hacemos, por lo que hay dentro de nosotras y quizás no lo hemos ni descubierto, pero sí está ahí».

— *Nelly* —
38 años

*En el tiempo
que vivía en mi campo*

Recordar, volver a pasar por el corazón, se convierte en un acto fascinante que involucra mente y espíritu. Es como si lo vivido volviera a suceder con todo y pensamientos, sentimientos e impresiones. Una palabra que reúne nostalgia, afecto y pasión.

Recordar, de eso se trató nuestro trabajo con las mujeres de Potrero Grande. Recordar el pasado, contar su presente y también los anhelos para el futuro; evocar las experiencias, revivir las alegrías y las penas. Cada sesión, por diferente que fuera el tema que íbamos a tratar, terminaba permeada por recuerdos de las vidas que dejaron atrás; palabras y gestos llenos de añoranza por lo perdido y lo arrebatado, por las mujeres que ya no son, por las labores que ya no hacen y por los lugares que ya no están. Conversaciones que partían desde el presente y luego viajaban hacia muchos pasados, reconstruidos una y otra vez.

La cotidianidad de la vida en el campo, el trabajo de las fincas, o los mitos a los que todavía hoy parecen temer eran algunos de los temas que a menudo iban y venían. Ese devenir de historias nos permitió sumergirnos en las costumbres y hábitos de la Colombia profunda pero también en sus dolores y problemáticas, al tiempo que posibilitó que pudiéramos conocerla y re-descubrirla.



Para las mujeres con las que trabajamos, lo vivido en sus pueblos, veredas y caseríos continúa teniendo una carga emocional y simbólica que el tiempo no desvanece, pero sí atenúa; no obstante, la melancolía a veces hace de las suyas y el deseo de regresar a sus tierras parece pasar por encima de la razón que anuncia peligros. Como respuesta, ante la imposibilidad del retorno, aparecen las memorias alegres y divertidas, los recuerdos virtuosos y las inagotables historias que a todas nos hicieron llorar de la risa. Acto seguido, el silencio que reinaba por unos segundos, era la manifestación evidente de la lucha que todo el tiempo libran sus nostalgias y su capacidad de resiliencia⁹.

Reflexionar sobre los caminos que ellas han recorrido hasta llegar a su situación actual, genera en nosotras una serie de interrogantes que van más allá de las vivencias de su pasado en relación al conflicto. Conocer las situaciones que las han impactado positiva o negativamente; profundizar en su relación con el campo, el agua, la tierra y el tiempo; comprender sus dinámicas cotidianas y las formas de relacionarse con los demás; así como ahondar en sus modos de vivir lo femenino, de explorarlo o no, son algunas de las búsquedas que nos motivaron. Este proyecto trata de conocerlas más allá del rótulo de víctimas de la violencia, y des-categorizarlas del genérico que las reduce a desplazadas o reubicadas de los barrios de invasión.

⁹ Resiliencia entendida como la capacidad de resistir a la destrucción en circunstancias difíciles, protegiendo la integridad física, biológica y psicológica. También puede entenderse como la capacidad de construir una vida positiva tras la vivencia de circunstancias difíciles.

Los amores y temores del campo

«Cuando uno va a pescar uno utiliza los toldillos, que uno le dice allá en la costa, los toldos en malla, con eso coge el pescado. Una persona lo coge de un lado, la otra del otro lado, y así uno coge cantidad de pescados... También está la catanga, que en algunas partes le llaman ahorro, en otras partes le llaman pecera. Uno la coge y la deja de un día para otro, por ahí tipo tres, cuatro de la tarde. Uno ve que hay como cositas, entonces uno lo sumerge y lo amarra bien porque si crece el río se lo lleva, lo amarra bien amarrado y lo deja allí. Eso tiene una cosita que por allí entran los pescados, entonces ellos quedan atrapados allí: pescado, camarón, lo que sea, porque son siempre grandes; y uno va al otro día a las siete de la mañana, saca lo que hay, le pone sebito y lo vuelve a dejar ahí. Uno les pone comején, o les pone queso. La mayoría de veces que tiraba la catanga cogía pescado y camarones así de grandes».

— Anayibe —

«*María Eudocia*: íbamos donde los marranos a echarles su comida, a tapar las gallinas... Mi mamá decía: “¿ya taparon las gallinas?” Eran las seis de la tarde y ya me mandaban a taparlas.

»*Anayibe*: ¡Ay! A nosotros las zorras se nos comían las gallinas, hasta que mi papá un día dijo: “van a ver” y compró una cosa, como una malla, y cerró porque el gavilán también se come las gallinas. Construyó un gallinero grandísimo y lo cerró. Y los gavilanes, a dónde... No pudieron comer más comida porque ¿cómo se llevaban las gallinas?

»*María Eudocia*: mi mamá les hacía su canastico a las gallinitas, y ellas se subían ahí a poner.

»*Anayibe*: A mí me daba rabia porque eso era a las seis y media de la mañana: “Ruby¹⁰, vaya toque la gallina, la que tiene un huevo la deja en el fogón y la que no la saca”.

10 Durante su vida en el campo sus familiares la conocían con el nombre de Ruby, pero actualmente se presenta como Anayibe.

»*María Eudocia*: sí, así era mi mamá, por la noche nos decía: “¿ya las encerraron?” Nosotros con ese miedo porque era de noche. Íbamos entre dos o tres hermanos.

»*Anayibe*: y esa metedera...

»*María Eudocia*: esa metedera de dedo a ver si tenía o no tenía huevo pa’ sacarlo. Métale, métale dedo al culo de esas gallinas».

— Fragmentos
de Conversación —

«Agripino me llevó pa' su tierra, pa' una quebrada que le dicen La Junta Cuarazangá. Uno deja el río, deja el pueblo, y uno entra pa' esa quebrada. De allí, pues ya me sembré, me puse a sembrar árboles en mi casa, como por decir piña, mango, coco, zapote, aguacate, plátano y *chocolate*; yo tenía de todo y después me puse a tener gallinas y puercos. Cuando ya salió esas ganas de coca nos pusimos a sembrar coca, siembra, siembra, siembra, pero yo cuando tenía la cosecha yo no compraba más nada sino que compraba mis alhajas, mis cadenas. Ellos¹¹ hacían las reuniones y decían: “estamos haciendo estas reuniones para que escuchen, ustedes no compren cosas pesadas que no puedan sacar, compren cosas que puedan meter al bolsillo”, entonces yo comprendía, que compráramos cosas que uno metiera al bolsillo y las cosas que uno podía meter al bolsillo eran las alhajas, oro, para poder salir de allá».

— Gloria —

11 Gloria se refiere a la guerrilla de las Farc.



En las reuniones que teníamos previa y posteriormente a las visitas a Potrero Grande, se hacía recurrente nuestro interés por indagar en los “pequeños detalles” de las historias que las mujeres relataban. Historias llenas de significado pero usualmente pasadas por alto, abrieron para nosotras un abanico de posibilidades al detenernos en ellas y explorar sus matices. Las formas como las mujeres se ven a sí mismas y se ubican en el mundo, llegan a ser tan variadas y diversas como las anécdotas sobre la comida, la pesca, la música o las fiestas; anécdotas que además de revelar el arraigo de las costumbres de la costa Pacífica, hacían evidentes los esfuerzos de las mujeres por mantener lo propio aún estando en contextos ajenos.

La población del Pacífico colombiano ha desarrollado un vínculo permanente entre la música, la comida, el tiempo y el agua. Las mujeres con las que trabajamos cocinan escuchando música, cantan entretanto rayan el coco, y bailan cuando el sancocho tiene un movimiento agitado y burbujeante. No se conciben sin currulao y tampoco sin piangua, y aunque la cercanía de la muerte ha alterado su modo de bailar y cantar ante la vida, ellas se resisten a abandonar sus costumbres.

No pudieron acarrear con todo lo que les pertenecía debido a la premura de su partida, pero lo aprendido en sus tierras es algo que nadie les puede arrebatar. El arraigo y el desarraigo; la pertenencia o la lejanía; lo que se considera propio y lo que nunca lo será.



Pescado, chocolate y alabaos

«Mi casa era grande, grandota, había muchos árboles de marañón, que acá le llaman pomarrosa, había mucho chontaduro, *chocolate* y borojó. Allá hay tanto borojó que se daña; también uno come bacao¹², plátano, caña de azúcar, yuca, papaya, lulo... Había mucha fruta, guamas, caimito... Yo mantenía arañandome en esos árboles, comiendo, y no me podía faltar el pondo. ¡Ay, qué rico! El pondo¹³ es una cosa así grandota, como un toldillo y tiene un palo largo, hay unas que son así más o menos hondas y uno saca pescado».

— Anayibe —

12 El bacao es cacao silvestre. La pulpa es comestible, se usa para elaborar bebidas refrescantes y de las semillas se hace chocolate.

13 Utensilio elaborado de forma artesanal y usado para la pesca.

«Yo comí mucha jaiba, ese es el plato típico de Tumaco, el que no conoce y quiere almorzar, que vaya al restaurante La Tropicana a comer cangrejo, jaiba, camarones o langosta, muy rico. Nosotros cuando pescábamos agarrábamos bastante, nos íbamos en esas canoas, nos íbamos afuera, a los bajos del mar a agarrar la jaiba. Uno come muy bueno allá».

— María Eudocia —

«Bueno, en el tiempo en que vivía en mi campo cocinaba en fogón de leña, pero ya después que mi Dios me fue ayudando, compré una estufa... En la estufa yo paraba las ollas, cuando mataba el hombre conejos, entonces yo los paraba a sancochar para botar esa agua y después en la noche ponerme a cocinar. Entonces, yo cogía dos cocos, les sacaba el agua y con la misma agua del coco hacia mi comida. Yo en mi casa tenía las matas de echarle a la comida, cimarrón, albahaca...

— Gloria —



Mami, me canta ese alabao

»Yo me inventé uno que dice: “hermanito vengan a mi enfermedad...” Cuando mi hijo estaba ahí paralítico, me puse en la cocina, dije: “¡Dios mío, ayúdame! ¿Qué me invento?, un alabao para cuando se muera mi hijo, ¿qué me invento?” Y ahí me puse yo solita a repasar. Entonces dije yo: “hermanito vengan, ese es bueno, hermanito vengan a mi enfermedad, uy sí, ajá”. Así lo repasé.

// Hermanito vengan a mi enfermedad,
que estoy en la cueva de la soledad//
La cueva es el cementerio de la soledad //

»-¿Cuándo tu hijo murió, cantaste?

»-Sí, yo dije: “Dios mío, dame valor!” Y se lo canté. Ahí llegaban los hermanos: “¡Ay, no mamá!, no le cante eso. ¡Ay hermanito, por Dios!”... Dije yo: “tengamos valor porque ese se lo canto”. Porque cuando yo lo estaba aprendiendo, él me dijo: “mami, me canta ese alabao”, y se lo canté.

— Gloria —

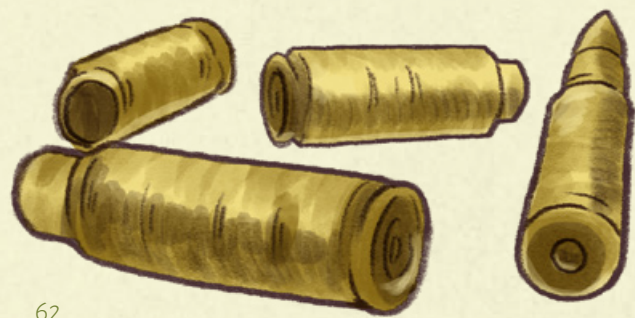
Las relaciones de poder, históricamente desiguales entre hombres y mujeres, son una problemática que traspasa fronteras y que encuentra su punto de ebullición en contextos sociales altamente conflictivos. En las guerras, la mujer es reducida a un objeto de uso y abuso, su ser se desvaloriza y su cuerpo es vulnerado según el antojo de terceros. Paradójicamente, aunque no se tienen en cuenta sus necesidades, se espera que ella complazca las necesidades de los otros sin *chistar*, ya sea hijos, maridos, hermanos, padres, patronos, guerrilla, paramilitares o fuerza pública.

No se reconoce ningún tipo de heroísmo en los gestos de lucha y resistencia de las mujeres; el cuidado de la familia, que en ocasiones significa el descuido de sí mismas, es visto como una obligación que no se pone en tela de juicio, y sus capacidades para liderar quedan fácilmente reducidas al ámbito de lo privado, en las labores propias del hogar, el cuidado de la tierra y los animales -si se trata de contextos rurales-, la crianza de los hijos y la enseñanza de las *buenas costumbres* o la servidumbre obligatoria a terceros.

Las mujeres de Potrero Grande, al igual que millones de mujeres en el mundo, se han visto en la obligación de soportar a lo largo de sus vidas un *continuum* de violencias que va más a allá de las disputas bélicas o sociales del momento, pues se trata de violencias que han estado desde antes de los conflictos armados, y que por supuesto se agudizan y adquieren nuevas formas bajo la presencia de estos últimos, pero no terminan cuando la guerra llega a su fin. Y aunque sea lamentable decirlo, no se deben olvidar la cantidad de violencias que rodean el desarrollo físico y cognitivo de una mujer desde sus primeros años de vida hasta su madurez; la violencia simbólica, la sexual, la física, la psicológica, la obstétrica, la mediática, la económica, la urbana y hasta la institucional, orbitan como una constante alrededor de las vidas femeninas hasta el punto de ser naturalizadas por la sociedad.

Acoso sexual, intentos de violación, maltratos físicos y psicológicos, abuso de poder, racismo, o golpizas propinadas por sus parejas -que incluían insultos, intimidación, tirones de pelo o zambullidas en los mismos ríos donde ellas disfrutaban bañar-, fueron las primeras muestras de violencia que tuvieron que vivir las mujeres de Potrero Grande. Luego, con la llegada de los actores armados, aparecieron nuevos brotes de violencia acompañados por una serie de alteraciones en sus contextos cercanos, desde irrupciones a sus fincas, intimidaciones, cobro de vacunas, reclutamiento forzado, enfrentamientos entre fuerza pública y grupos armados, asesinatos selectivos y desplazamiento forzado. El arribo a Cali, que pretendía ser un alivio ante esas problemáticas, dejó atrás ciertas violencias, trajo otras que las mujeres desconocían y continuó reproduciendo algunas de antaño: la violencia urbana, los atracos, los enfrentamientos entre pandillas, la drogadicción, las balaceras y asesinatos, fueron algunas de las situaciones que debieron enfrentar en esta nueva etapa de su vida; pero en general, son el reflejo latente de ese *continuum* que donde quiera que se encuentren, parece estar al acecho.

Violencias cotidianas en la vida campesina



«Allá en mi pueblo, en Barbacoas, por ejemplo, las mujeres no podían *peliar*, ni los hombres pegarle a las mujeres, porque el hombre que le pegaba a la mujer lo aconsejaban una vez, dos veces, si lo seguía haciendo, bueno, llegaban, “¿dónde quiere que lo dejemos, aquí o en el otro lado?”, o al otro le decían: “usted hoy se va a morir, venga”. Lo acostaban, “esta es la medida de su cuerpo, a ver, cabe su hueco” y cuando ya estaba el hueco hecho, lo acostaban, ¡pum pum! y echenle tierra. Mujer bochinchera, mujer peliona, la llevaban a limpiar todo el pueblo, o la llevaban a socalar¹⁴, o a rozar el monte, tenía que ir ocho días a limpiar, a estar allí. Y cuando esa gente¹⁵ tenía su hambre llegaban a la casa de uno.

»-Buenos días, o buenas tardes, venimos a que nos hagan la comida.

»-Sí, pero ¿ustedes traen la comida?

¹⁴ Socalar: cortar la maleza alrededor de un árbol.

¹⁵ Anayibe se refiere a los grupos armados ilegales, en ocasiones era la guerrilla o los paramilitares.

»-¿¡Nos estás viendo comida aquí!? ¡venimos a que nos hagan comida!” A veces llegaban diez, quince. Había uno que eran tan imponente que llegó un día y me dijo: “¿¡y entonces, con qué voy a *baja*’ esto!?, ¿a palo seco o qué!?” Y yo ¡ay, Dios mio!, calladita, porque ¡ay, que uno diga algo! Entonces tocaba ponerse a hacerles limonada, coger el potrillo e irse a la mitad del río a coger agua para hacerles su limonada. Agua de la orilla no podía ser porque decían que por la orilla bajaban los muertos. Comían, reposaban, si había alguna muchacha bonita por ahí, “bueno, *uste*’ se va con nosotros”. Así era la cosa, uno mantenía con el Jesús en la boca, a qué hora llegan, más si es de noche uno no siente ruido, a qué hora se meten, a qué hora le dan a uno, eso es un solo tropel.

»Lo que si me aterrorizó fue en la costa Pacífica, cuando llegaban y se llevaban esos hijos ajenos para el monte y uno los encontraba amarrados, muertos... Uno cuando iba al monte a traer su platanito o algo, o iba a la tienda, y entonces, uno iba y conseguía al *difuntico* aquí amordazado y uno: “¡ay!”, eso sí me aterrorizaba.

»El papá de mis hijos, un señor que a lo pobre vivía más o menos bien, me daba *golpe*’ hasta por sospecha, no me podía arreglar, no podía salir. Si llegaba y me encontraba con dos amigas, era golpe, porque según él ya estábamos haciendo trato para irnos a ver con los mozos. El pelito mio era medio grandecito, por eso me cogía del pelo y quedaba con los mechones en la mano. Una vez me metió un zambullón en el río San Juan, en el Chocó, yo no sé, por celos; yo estaba nadando y supuestamente alguien me estaba tirando los perros; vea y ese señor cuando lo vi que bajó “vos te has vuelto prostituta, mirá cómo te estás bañando viringa aquí”, y me cogió y era un zambullón, una trompada, un zambullón, una trompada, casi me ahoga. ¡Ay, Dios Santo!...Vea, eso era un solo tropel hasta que un día dije: “noo miija”, lo dejé, lo dejé, me quitó los hijos, me quitó la ropa, me quitó las alajitas, me quitó tooodo, no me importó y me fui, pero con ese señor no viví más».

— Anayibe —

«Yo me acuerdo una *vø'* en el campo, estábamos sentados cantando un arrullo pal niño¹⁶, en ese tiempo tenía cabello, yo lo tenía largo, pero de tanto *cogeme'* Agripino ya ahora no tengo. Entonces, yo estaba cantando //Y el niño me pega un griiito, y no lo alcancééé, ¡ay! de medio camino y me regreséé”// Era un arrullo que yo me lo escuché en Buenaventura. Cuando en esas estábamos cantando y él manda a un compadre: “compadre, vaya a decirle a Gloria que venga”. Y entonces yo voy: “¡ahh, esto es lo que vos querías!, el man allí viéndote cómo es que cantás, y ahora sí vos no sacas los ojos ni él tampoco”, y me fue cogiendo, “esto es tuyo, esto es tuyo”. Me fue pegando los puños, pero yo tuve que hincarme, yo me le hiqué y le dije: “¡ay papito!, ¡ya no me pegue más!, ¡ya no me pegue más papito, ahora sí voy a hacer caso a lo que usted me dice papito, usted me dice que me siente allí,

16 Arrullo: expresión musical con letras alegres que por lo general se le canta a las imágenes de santos en contextos religiosos. Gloria se refiere al Divino Niño Jesús, símbolo sagrado de la religión católica.

yo me siento! ¡Ay, ya no me des papito!, ¡ya no me de más!”... Bueno, cuando al otro día yo no *vía'* naadaa, naadaa con estos ojos, porque esta jeta subió pa'ca, la de acá bajó pa'ca y los ojos estaban llenos de sangre.

»A las dos hijas mías se las iban llevando los guerrilleros pa' que jalaran plomo, pero yo fui con buen modo y hablé con el comandante de ellos: “cómo se van a llevar mis hijas” le dije yo, “si mis hijas no saben cómo coger un fierro, mis hijas yo las estoy criando, pero a mi manera, ellas tienen que ser mujeres, salir adelante, pero no andar con fierros”. Me dijo un negro: “vos qué es que venís a hablar babosadas aquí”. Le digo yo: “por Dios, discúlpeme, esas son mis dos hijas, yo puedo caer en cualquier momento y mis hijas son las que me pueden dar la mano, se los pido, no se las lleven”. De ahí vino el comandante, pa' qué, caballero, dijo: “denle sus dos hijas a doña Gloria”. Ahí fue que me las dieron.

»Un día nosotros estábamos en la finca, limpiando... ¿Qué pasó?, que la policía se metió por los centros de las montañas y como los guerrilleros tenían sus picas, el camino que van cortando, así, montecito, montecito, la policía los reconoció y se metieron por esa misma huella, pero entonces la guerrilla ya estaba en el caserío. Ahí hubo un enfrentamiento, mis hijos lloraban y tuvimos que meternos en un montecito hasta que pasara la balacera. Eso tiraban plomo con pintura. La policía mató como a cuatro guerrilleros, pero los guerrilleros no pudieron hacer nada con la policía allá adentro, salieron y cogieron pa' su monte. De lo que yo estuve allá fueron muchas veces que se encontraban y se armaba la balacera, se encontraban en La Sirena, o en Palambí».

«Estábamos en un paseo y la balacera y nosotros corra de la playa pa' la casa toda la gente. Bueno llegué a la casa y yo había traído un vestido para un matrimonio, blanco, grande y entonces como venía de bañar, me puse ese vestido para morir lista, por si no hay quien me vista. Tenía una niña que estaba durmiendo, me vestí y me fui, la dejé a ella allí, quedó sola por allá en la casita. Luego un tío la fue a traer».

— Noralba —

— Gloria —

«Cuando yo trabajaba en Putumayo, a mi me tocaba atender sola a 50 trabajadores, cocinaba con candela, con leña, era cocinera. A las seis de la mañana tenían que estar servidas las bandejas, que el trabajador que va llegando va cogiendo su bandeja y se va yendo. Y a veces estaba en la cocina lavando los platos cuando: “Q’hubo negra”. ¡Ay jueputa!, cuando volteo a mirar, eso eran veinte, treinta¹⁷, la casita invadida y vea, no le miento que no sé a qué hora subían a la casa, todos sentados, yo no sé a qué hora movían las sillas.

»Cuando se enfrentan es cosa horrible, a mi me tocó verlos en Putumayo, eso era, mejor dicho... arriba el helicóptero, eso era ¡po po po po po! y ¡guiim! Me tiré al agua, me escondí debajo de una canoa, y yo ahí y mi patrona: “¡Mariiiaa! -¡Señoraa! -Tírese al agua, ¡tírese al agua! -¡Noo, si yo estoy en el agua!” Y eso era ¡po, po, po! arriba... ¿Usted cree?, nooo.

»Uno cambia la forma de pensar cuando uno está en la balacera, en esos momentos lo primero que uno dice es “me quiero ir de aquí, yo quiero sacar mis muchachas de aquí, yo no quiero una bala perdida. No quiero que nos maten a todos aquí”, uno piensa en coger y largarse, pero ya después de que pasa, todo queda en lo mismo, es el susto. Luego dice: “¿cómo voy a dejar mis gallinitas?, ¿cómo voy a dejar mi finquita? Para que esos desgraciados vengan y se cojan mi *chocolate*”».

— María Eudocia —

17 María Eudocia se refiere a guerrilleros de las Farc.

Para llegar a Potrero Grande teníamos que viajar en MIO por más de una hora, tiempo suficiente para pensar y presenciar cuán lejos está la ciudad de las mujeres con las que trabajamos y sus comunidades. La vida en las afueras, en el campo, en la periferia de la ciudad, la vida lejos de todo pero cerca de lo mismo. La vida que se repite, que vuelve a empezar pero no cambia, no mejora, antes al contrario, decae y es poco lo que se hace para remediarlo.

El abandono del Estado y la falta de planeación a la hora de proponer soluciones para las problemáticas sociales que vienen desangrando a este país, eran algunos de los pensamientos que nos acompañaban durante los viajes, y se materializaban al encontrarnos con ellas, mujeres campesinas que fueron despojadas de sus tierras, apartadas de sus ríos y montañas, y retiradas a la fuerza de las fincas que las vieron nacer, crecer, enamorarse y hasta convertirse en madres por primera vez.

¿Qué es lo que retienen nuestras memorias de los días que compartimos con ellas? Largas conversaciones sobre la vida, con sus alegrías y desengaños, aunque había ocasiones en las que simplemente preferían callar. Se quedaban en silencio en medio de una oración, con la mirada perdida, «no sigo más porque esto es muy duro...». Recordar la impotencia y la vulnerabilidad, recordar el miedo y la angustia significa volver a vivir, volver a padecer, volver a sufrir, y de sufrimiento ellas ya han tenido bastante.



Para llorar, prefieren hacerlo en la intimidad de su casa, pero había ocasiones en que era imposible detener las lágrimas que se apresuraban a salir. Lloraban al recordar las mujeres que fueron y porque las arrancaron de un presente que habían elegido y las empujaron hacia un futuro que no pidieron, un futuro que todavía sienten que no les pertenece. Mientras conversábamos con las mujeres sentíamos que el salón se iba llenando y que se transformaba; había más personas en medio de ellas y nosotras, y los sonidos que se escuchaban no eran sólo los del Parque donde estábamos. Llegaban ellas en sus versiones pasadas, acompañadas de los amigos que perdieron o la familia que dejaron atrás, y esas personas del pasado traían el canto de los pájaros, el susurro de los árboles y el rumor del agua, así como el miedo o la angustia del peligro latente.

«Corré que te van a matar»

Los desplazados están en todas partes, en las calles, los semáforos, los caminos de herradura, los barrios de invasión, las escuelas, las iglesias, los parques. En toda Colombia el conflicto armado ha dejado su huella, pues la historia de este país se ha caracterizado por ser una historia de violencia e impunidad. Masacres cometidas contra comunidades campesinas, indígenas y afrodescendientes, así como los despojos de tierras de los que han sido víctimas millones de campesinos que luego han tenido que enfrentarse a futuros inciertos en la ciudad, son el reflejo de la negligencia de diferentes gobiernos, que no han querido implementar políticas que ayuden a subsanar estas problemáticas, fracasando a la hora de proteger a sus ciudadanos.

El fenómeno histórico del desplazamiento forzado se remonta a mediados del siglo XX, durante el periodo conocido como La Violencia. Sin embargo, en la década de los 90 se presentó una aceleración considerable del éxodo de las poblaciones, pues según el Registro Único de Víctimas (R.U.V), entre 1997 y 2004 fueron desterrados un total de 3.087.173 de personas. A las dificultades originadas por el conflicto armado y la corrupción se suma el narcotráfico y la violencia generalizada, que a punta de plomo han agudizado el desplazamiento forzado de miles de familias campesinas hacia la urbe. Para comprender las historias de las mujeres de Potrero Grande, tuvimos que adentrarnos no sólo en las dificultades vividas en los pueblos que por muchos años fueron sus hogares, sino también recordar y reconocer la historia de esta patria, unas veces querida y otras veces odiada; recordar los horrores y los errores repetidos una y otra vez, la impunidad y la injusticia, el abandono del campo y de todo lo que signifique vivir en las periferias nacionales.

Las mujeres han vivido ese abandono y construyeron sus vidas en medio de condiciones hostiles, por lo que dentro del proceso que llevamos a cabo, la diferencia de edades entre ellas y nosotras ha sido un aspecto importante, pues ha resultado ser un encuentro entre dos generaciones con formas diversas de ver el mundo, relacionarse con él y habitarlo. Ellas cariñosamente nos llaman “niñas” o “mijas”, y tal vez por eso en un principio les costaba hablarnos con detalle de sus experiencias con el conflicto. Era como si no quisieran tocarnos con la dureza de lo que a ellas les tocó vivir, como si quisieran protegernos de esas historias que conocíamos vagamente pero que ellas conocían demasiado bien.

El paso de las sesiones hizo que fueran abriendo sus corazones y sus mundos, aunque hubo veces que las descubrimos avergonzadas por lo que contaban. Aún así, hemos recorrido largos caminos junto a ellas. Sus historias nos han transportado a lugares que nunca antes habíamos escuchado nombrar, hemos bañado en sus ríos y saboreado frutos que desconocíamos. Hemos sentido ganas de conocer esos oníricos lugares que nos describen con tanto detalle, pero también hemos sentido miedo por sus vidas, porque hubo momentos peligrosos y toma de decisiones que hubieran podido impedir que las conociéramos.



Las formas del despojo

«El conflicto fue con la pareja mía, él fue el que recibió su amenaza, a él le dijeron: “si usted no hace parte de nosotros, lo desaparecemos”; a él de un momento a otro en sus quehaceres llegaron y le dijeron: “bueno, estamos reclutando, necesitamos que hagás parte de nosotros, entonces mañana venimos para que nos vamos”. Entonces él dice: “bueno, si yo me voy ¿mi familia qué?” Entonces, tocamos el tema y nosotros lo que dijimos fue: “aquí lo que hay que hacer es volar”. ¿Cómo llegamos a Cali?

Pues aquí vive un cuñado, él nos recibió en el asentamiento Nueva Ilusion, en el Pondaje. Nosotros llegamos allá a la casa de él. Mientras tanto nos ubicamos en la sala porque allá no habían cuartos, sino uno no más, y a nosotros nos tocó en la sala. Cuando recién llegamos aquí, nos tocó muy difícil, pues porque yo nunca había salido desplazada de mi tierra, yo sí había estado aquí en Cali, pero trabajando en casa de familia».

— Nelly —

«Mi sobrina era la novia de *uno de los que ya sabemos* y entonces, ella le dijo a mi cuñado que me sacara de allí porque ellos ya tenían pensado... Así que ese día llega mi cuñado, eso eran como las ocho de la noche, me dice: “ve, arréglate que nos vamos, te van a matar, arréglate”. Cuando me dice así... Es que ya tenían de costumbre que iban a comer a mi casa, a que les cocinara, y no, yo estaba cansada y me les rebelé... Y a esa hora arrancamos rumbo pa' Tumaco. Tenía que salir de noche porque ellos de día se pueden aparecer, aunque se pueden aparecer de noche o a cualquier hora. El marido de mi hermana fue el que me ayudó a salir de allá, de mi tierra. Uno cuando le dicen “corré que te van a matar”, uno no piensa que tiene que coger los papeles, que tiene que coger la ropa, uno arranca con todo de una vez, no piensa nada, uno recoge los hijos, si es que tiene hijos, todo queda tirado, todo, el que ha sido desplazado, ése sabe. Después, a los tres días es que a uno le da ese guayabo porque dejó sus cosas.

»Y de allá salí yo corriendo, póngale cuidado, yo no sé si es guerrilla, paramilitares, no sé, porque uno no sabe quién lo pueda sacar corriendo a uno. Eso fue como en el 2003, salí de allá y dejé lo que tenía, mis hijas fueron llegando una a una, me las fueron mandando una a una, cuando llegué me dieron posada en una invasión».

— María Eudocia —

«Yo tuve que salir de Buenaventura porque llegaron una mañana, muy por la mañanita diciendo que se nos había hecho tarde, eso decía el señor y los otros estaban afuera. Entró uno, el otro se quedó en la puerta, el otro estaba allá atrás. El uno me cogió de la mano y me dijo: “a tí es que te estaba buscando, gran hijueputa” y tenga, tenga y tenga y no me soltó, no me quería soltar. Y me dice mi marido: “mi vida ¿qué pasó, que fue?”. Y fue que a él le habían pedido vacuna, y a lo último le dicen: “¿creías que no ibas a cumplir?”. Entonces yo me hice así, me tapé con las manos. Cogió el arma y le disparó. Me soltó y yo comencé a correr a tocar a mi marido, cuando la Michele, Michelita estaba pequeña, “ay no, lo dejaron *dormío*, está *dormío*”. Yo me había olvidado completamente de la niña.

»Yo llegué en el 2013, yo me vine por ahí el 22 de marzo, me vine en una flota con mis tres hijos y mi nieta a pedir posada donde una amiga. Me acordé que ella me había dicho que cualquier cosa, ella vivía ahí en Decepaz. Entonces, yo de ahí me iba hasta el Cali 21 a sentarme a un parquecito, ahí me sentaba y piense y piense, yo qué me pongo a hacer, ¿qué hago? »Después de ayudarle a la amiga, ella se iba a trabajar, yo le ayudaba a cocinar, a lavar, yo le dije al hijo mío: “hijo, ¿por qué no buscamos una pieza?”, dijo: “no mamá, si no tenemos trabajo todavía, entonces ¿dónde buscamos pa' pagar?” Yo le dije: “pero ya hemos de conseguir cualquier cosa”. Aquí como no lo conocen a uno, sin referencia, nadie le da trabajo, uno tiene que llevar carta de recomendación para que le den trabajo».

— María Elena —

«Me vine de Buenaventura porque unos encapuchados llegaron, que querían trabajar con el papá de mi hija menor, que tenía que trabajar con ellos, los paras o yo no sé. Entonces, nos vinimos para acá porque él no quiso trabajar con ellos.

»-¿Y por qué decidieron Cali?

»-Es más cerca y hay paisanos, conocidos, familiares... en cambio en otra parte no hay dónde, porque no tenemos conocidos... Nos vinimos en barco hasta Buenaventura, de ahí nos vinimos para acá, a Cali, donde una tía, llegamos con un poquito de ropa, no más.

»-¿Eso en qué año fue?

»-¿Dos mil qué? ¡Ay, yo no sé!... Porque yo tuve dos desplazamientos, de Timbiquí fue en el 2003, y de Buenaventura en el 2014.

»-¿Y qué pasó en Timbiquí la primera vez?

»-Hubo enfrentamientos... Se llevaron algunos, a los más jóvenes, entonces a mí me dio miedo y nos vinimos. Ellos ya sabían a quién se iban a llevar y a quién no, porque ellos dicen y yo ya estaba fichada.



»-¿Qué guerrilla era?

»-Esas eran el ELN... No, las Farc.

»¿Conociste gente que se la hubieran llevado?, ¿qué pasó con esa gente?

»-Sí, y no sabemos... A Andrés lo mataron¹⁸, pues ellos mismos dijeron que lo habían matado, y los otros no sabemos porque no los volvimos a ver... Mataron a Andrés porque él no quería irse, lo mataron por allá pero nunca entregaron el cadáver ni nada...

»-¿Cuántos años tenías cuando eso pasó?

»-Como 16 o 17, algo así. Mi abuela no quiso irse conmigo, ella se quedó allá, me mandó a mí con otros jóvenes... Un vecino nos llevó a Buenaventura en un carro de esos que hacen viajes».

— Noralba —

¹⁸ Andrés era un joven muy amigo de Noralba que al igual que ella iba a ser reclutado forzosamente pero fue desaparecido.

«Cuando lo de mi marido llegó la prima y le dijo: “primo Agripino, usted anda en la lista, a usted lo van a matar, si usted puede, váyase, vuelese”. Entonces ahí fue que ya llegó él a la casa y me dice: “Gloria, yo es que ando en la lista” y le digo yo: “Agripino, por qué vos vas andar en lista, si vos no te metes con nadie, de tu trabajo a tu casa”. Él estaba en la lista, yo digo en mi pensamiento que es porque él tenía una escopeta.

»Cuando ya mis hijos los dos varones: “mamá, vámonos, no lo vaya hacer matar a mi papá”. Entonces, una señora que vendía ropa, ella era legítima caleña, oyó que lo iban a matar a él; de una vez nos dijo: “muchachos, arréglense que yo los llevo hasta Cali, yo los dejo en la terminal de Cali”. “No”, le digo yo, “yo no conozco allá, yo cuando estaba joven sí, pero yo ahora no”. Entonces Wilmer me dijo: “mamá, vámonos,

que allá de hambre no nos vamos a morir, hay gente buena, mamá”; “así es” le dije yo, “Wilmer, usted es un muchacho que no es de vicio, pero usted llegando allá, ya lo van cogiendo los amigos, lo van metiendo a las pandillas y se va yendo, usted no va a oír los consejos que yo le voy a dar”; “que no mamá, que no mamá, que vea por los pechos que le mamé a usted mamá no, no voy hacer eso, yo no soy de esas cosas”.

»Doña Liliana nos trajo y en la terminal dormimos tres noches botados así con las cobijitas que pude meter. Niñas, nosotros allá dejamos perdido: planta de luz, televisor, muebles, camas; no pude sacar nada porque a qué costilla podía yo sacar. En la terminal fue que ya el vigilante le habló al hombre, a mi marido, y le dijo: “vea señor, esto aquí es peligroso, lo voy a mandar pa' ese barrio que es bajo, que llama Mojica”. Bueno, ahí mismo nos mandaron, llegamos allá a Mojica, en un andén de una señora nos acostamos y ahí amanecemos».

— Gloria —

«Cuando yo salí de allá, el papá de mis hijos había salido a trabajar, él trabajaba en eso de las minas, en las dragas. Entonces, un buen día un vecino de nosotros venía corriendo, él se había ido a trabajar junto con el papá de mis hijos, y nosotros le preguntamos que qué le pasaba, me dice: “no vecina, tenemos que irnos porque por allá llegó la guerrilla, y tenemos que irnos, yo voy a sacar mi familia porque ellos ya vienen”. Y yo le pregunté: “vea, ¿y mi marido?”, “yo no sé, la guerrilla lo tenía allá”. Mi marido le había dicho que si podía, que me fuera, que él veía cómo se salía de eso, el hombre me dijo: “coja sus hijos y vámonos”, y me vine con el señor. Cómo será que nosotros no cogimos canoa porque si uno coge canoa, igual ellos lo ven a uno por el río; ¡ay, pero pasé trabajos con mis

hijos! caminé, caminé y caminé con mis muchachos, salimos a un pueblo que se llama El Divisor a eso como de las seis de la tarde porque eso pasó como a las diez de la mañana y ya el señor me dijo “bueno, yo hasta aquí, ya usted verá para dónde coge”. Entonces había un carro de unos soldados que me preguntaron que para dónde iba, pues yo les dije para Cali, entonces los soldados me trajeron, y me dejaron por Santa Elena y ya de ahí me vine para donde una amiga, yo trabajaba antes con ella, cuando trabaja de interna».

— Anayibe —



*«¿Y ahora, yo qué
me pongo a hacer?»*

Al adentrarnos en los universos de las mujeres de Potrero Grande, nuestra conciencia sobre la crueldad del desplazamiento forzado se hace cada vez mayor, pues las rupturas que este hecho deja en la población que lo ha padecido, son marcas imborrables en el espíritu, la conciencia y el cuerpo. Quienes han vivido el desplazamiento deben asumir cambios drásticos en sus dinámicas de vida que van más allá del abandono de sus contextos cercanos; emigrar del campo a la ciudad como única opción para evitar la muerte, no sólo significa dejar atrás la tierra y las pertenencias por las que trabajaron toda su vida, sino también enfrentarse a la reinención de un futuro incierto donde el trabajo, el techo, la comida o la educación de los hijos son necesidades que parecen no terminarse de satisfacer.

La guerra interna que desde hace 60 años vivimos en Colombia se puede enmarcar dentro del concepto que Mary Kaldor (2006) denomina “nuevas guerras”, es decir, guerras libradas por actores estatales y no estatales donde los enfrentamientos son reducidos, y la violencia está dirigida en mayor medida hacia la población civil como parte de la estrategia bélica. En estas guerras se recrea un sentido de comunidad política a través del fomento del odio y el miedo, a la vez que la diferencia entre violencia legítima y criminal se difumina. De esta manera, el desplazamiento forzado se ha establecido como un instrumento fundamental para el fortalecimiento del control social y territorial por parte de los actores armados ilegales, pues la propagación del terror en las poblaciones agudiza el abandono de la tierra en los lugares donde la presencia del Estado suele representarse por la fuerza militar.

Sin embargo, “*la tierra jala, porque uno nace y crece allá*”, y la salida involuntaria tiene unas implicaciones que atraviesan dimensiones económicas, psicológicas y del ser, que pueden convertirse fácilmente en angustias reflejadas en los lugares de asentamiento. Noralba, Nelly, María Eudocia, Gloria, Anayibe y María Elena, son una muestra de las millones de mujeres y familias colombianas que desearían retornar a sus tierras, pero el miedo y la falta de garantías no se los permite.

En los casos específicos que conocimos, el arribo a la ciudad después del desplazamiento estuvo caracterizado por la llegada a barrios periféricos o de invasión, en donde conocidos o familiares las ayudaron a *escamparse* del diluvio que arrasó con la vida que llevaban. Entre tanto, el proceso de adaptación a la ciudad no se hizo esperar, trámites administrativos y trabas burocráticas se cruzaron en el camino de las mujeres a los pocos días de su llegada debido a que ninguna conocía concretamente sus derechos como ciudadanas, ni las ayudas que el gobierno brinda a las personas en condición de desplazamiento a raíz del conflicto armado. Amigos, familiares o nuevos vecinos les recomendaron acercarse a la Unidad de Atención y Orientación al Desplazado (U.A.O.), donde por primera vez escucharon hablar de la Ley de Víctimas y los protocolos de ayuda humanitaria para las personas desplazadas, los cuales consisten en diferentes medidas de asistencia y atención, así como estabilización económica y reparación integral.

Aunque cada mujer y su familia ha tenido una historia particular con la U.A.O, sabemos que estas historias se repiten a lo largo y ancho del país. Anayibe y María Eudocia, por ejemplo, no figuran en el Registro Único de Víctimas (R.U.V) a pesar de haber declarado en la U.A.O, los motivos: falta de información de los hechos y declaración por fuera del tiempo que estipula la Ley. Gloria, Nelly, Noralba y María Elena sí obtuvieron las ayudas establecidas en la ruta de atención que inicia después de que se han verificado las declaraciones, por lo que inicialmente recibieron la *Ayuda Humanitaria Inmediata*, que consiste en un paquete con implementos de aseo, alimentos no perecederos, utensilios de cocina y alojamiento transitorio. Esta ayuda se da una sola vez. Luego, se les brindó la *Ayuda Humanitaria de Emergencia* por tres meses, que consta de dinero destinado para pagar alojamiento transitorio, asistencia alimentaria y elementos de aseo personal. Adicional a esto, el Estado asume la asistencia en salud y educación, por lo que las mujeres y los miembros de sus familias cuentan con afiliación al SISBEN y educación gratuita para los menores de edad.



Entre testimonios y ayudas

«Una conocida me dijo en el 2005: “¿usted no ha ido a declarar a la U.A.O?”, le dije que no. Pues yo fui pero eso fue inútil, con el miedo que andaba, yo salía a la calle y me parecía que me iban a agarrar, no decía nada porque si decía algo pensaba “este es”, ¿ya? Fui a declarar y no salí favorecida, no me dieron la ayuda ni nada. Solamente dije: “Señor, dame la fuerza para yo salir adelante y sacar mis muchachas adelante” y así fue. Conseguí trabajo y trabajé y trabajé, y las estudié. Después conseguí este hombre que tengo. A mí el gobierno no me ayudó».

——— *María Eudocia* ———

«Cuando a mi me llevaron a la Cruz Roja me preguntaron cuántos éramos, no pues que mis tres hijas y mi persona, y ahí mismo nos dieron a cada una un toldillo, una cobija, una almohada y una colchoneta; nos dieron unas camisetas blancas, cuatro cucharas, cuatro platos y dos ollas que ahí las tengo. ¿Qué pasó con mi caso?, pues yo fui a la U.A.O, yo decía que eran dos veces, que había sido desplazada dos veces y la que me atendió dijo que no, que nomás era una... Ya van dos veces que me han dado ayuda humanitaria, me han dado 600 mil pesos, y ya».

——— *Noralba* ———

«Conocí a una señora que me dijo: “¿usted por qué no va y da la declaración allá a la U.A.O?, que ustedes llegaron aquí por problema de desplazamiento, entonces dice que vienen del lugar de donde fueron desplazados, bueno, usted hable todo lo que le pasó y por lo cual usted está aquí, que no tienen donde vivir...”. Y verdad, yo fui allá a la U.A.O, madrugué con mi hija y sí, nos atendieron y pues quedé en el Registro de Víctimas. Pero esa ayuda se demoró, mujeres... Mientras tanto la anhelaba con todo mi corazón. Veá, eso demoró cómo qué, como año y medio, eso demoró hartito para salir, mientras tanto nosotros pasamos mucho trabajo».

— Nelly —

«Una señora me dijo que fuera a la Cruz Roja para declarar. Fui, declaré y me dijeron que antes de los ocho días tenía que ir a declarar en la U.A.O, fui también y pues aquí estoy. En la U.A.O aún no me han resultado con nada. No salí beneficiada, voy a llevar una carta, un derecho de petición a ver si me contestan».

— Anayibe —

A pesar de que la mayoría de las mujeres fueron acogidas por familiares o amigos, un lugar para vivir y qué comer fueron las necesidades más apremiantes al momento de su llegada, pues el paso de los días hizo que la incomodidad de estar viviendo en casa ajena se tornara angustiante. Dicha situación empeoró debido a las problemáticas sociales de inseguridad y extrema violencia de los asentamientos suburbanos e invasiones a los que llegaron. Son barrios donde convergen toda clase de dificultades debido a la ausencia de condiciones de vida digna y oportunidades laborales, generadas a raíz de una planeación municipal insuficiente que hace que la ciudad sea incapaz de acoger y suplir las necesidades de este tipo de población, haciendo aún más críticas sus condiciones.

En los años 80, con la fiebre del carbón, centenares de personas se movilizaban hacia las minas ubicadas en la ladera occidental de la ciudad, al tiempo que en el oriente iba formándose el Distrito de Aguablanca. En algunos casos, el desplazamiento estuvo motivado por la búsqueda de mejores oportunidades de vida, sin embargo, el conflicto armado intensificó sus cuotas de terror y el desplazamiento forzado se convirtió en la principal característica demográfica de los habitantes del oriente de Cali.

Las mujeres de Potrero Grande, al ser parte de este grupo demográfico, debieron sumar a los traumas que les dejó el conflicto, las adversidades implícitas en sus nuevos contextos de vida; el temor que había sido una constante en el día a día del campo, se activó en las psiquis de algunas de ellas tras la llegada a Cali, bajo la forma de “delirio de persecución”, pues el recuerdo reiterativo de los episodios de desalojo se mezclaban con las expresiones constantes de violencia urbana.



La llegada a la ciudad

«Llegamos a la invasión. Nos tocó muy difícil porque yo no conocía a nadie, de hecho familiares no sé si tenga, y si tengo pues no conozco donde viven. No más el único familiar era por parte del marido... A mi me tocó muy duro porque nosotros llegamos como por decir en diciembre, nosotros llegamos un 31 me parece, un 31 de diciembre y ya el día de enero me habían presentado a unas vecinas, ellas lo que hacían era trabajar independiente barriendo, y cuando me conectaron con ellas al otro día yo empecé a barrer. Allá en Buenaventura era una mujer que me rebuscaba mucho, o sea, yo en el mercado móvil iba y vendía lo que era fruta, todo lo que era revuelto y siempre fue como una fuente de ingreso, o sea, yo estaba en un

lugar y luego en otro, en otro, con tal de no tener las manos vacías. Entonces al llegar aquí, al proponerme eso de la barrida, yo dije “no, hagamosle” porque la niña estaba muy pequeña, Saori, ella ahorita tiene 12 años, va cumplir 13, ella estaba muy pequeña. Entonces, pues uno llegar a una casa, así sea de parte de familiar de él, es muy incómodo porque empezando que al principio la relación no era como muy cercana, y ya con los días se fue tornando el ambiente como muy pesado...».

— Nelly —

»Un amigo que llama Emérito me dio un ranchito para que viviera en la Colonia Nariñense, en Mojica, con mis tres hijas... Ahí eso se quemó, yo fui para el Minuto de Dios a ver si me ayudaban para volver a pararlo pero la abogada me dijo: “vea mami, si usted consigue un pedacito que le de alguien que no sea la invasión, aquí se le da todo lo que es material, pero para la invasión nosotros no tenemos derecho para material”. Yo decía: “Dios mío, llegar uno aquí sin conocer, quién le va a dar a uno un pedacito o una casita”, bueno, pues dije yo, muchas gracias, tuvo sus buenas intenciones... Ya los amigos, porque pa' qué, ahí en la invasión como había gente mala, había gente buena, me ayudaron a parar, y yo también como soy de hacha y machete, pues pongo mi palo, pongo mi cerco, pongo todo, y si...

En Mojica viví... no sé cuántos años viví en Mojica... ¡Ay! Yo no me acuerdo cuánto tiempo vivimos nosotros ahí, a puro asuste.

»-¿Asuste?

»Ay porque eso mataban mijita, uno veía cómo caían y todo, ¡uy no!, vea yo era así, era un palito... “Ve, que allá cayó”, y uno se asomaba y ahí estaba tirado, ay no, eso les sacaban los sesos, las casas quedaban todas manchadas, los ranchitos, de los sesos, la sangre... eso a toda hora era “¡veeee cerrá esa puerta que ahí vienen!”, y ¡paaam!, se subían por encima de esos techos y ayy Dios mio, eso era horrible...».

— María Eudocia



Desplazadas e indeseables

El rechazo social que constantemente padecen las personas desplazadas se hizo evidente en los relatos de las mujeres. La expresión *indeseables* se refiere a una construcción social que responde al establecimiento de un orden moral colectivo, que da cuenta de una estructura jerarquizada y un sistema de clasificación que se soporta en la creencia de que hay unos sujetos que son fuente de peligro, “los indeseables”, y otros que son quienes están en peligro (Pabón, 2015).

En este orden de ideas, la calle es el espacio donde se encuentran los “indeseables”, pero no sólo se refiere a quienes pueden significar un peligro para los otros, sino también a quienes afean la calle y la ciudad, es decir, vendedores ambulantes, mendigos, trabajadoras sexuales, drogadictos e incluso personas desplazadas, para quienes salir a la calle a veces se convierte en la única opción para resolver las necesidades diarias.

Las mujeres con las que trabajamos se han desempeñado como vendedoras ambulantes, han pedido en las calles o han sido empleadas domésticas, pero las necesidades económicas y la falta de experiencia en los trabajos que ofrece la ciudad, las han hecho víctimas de abuso de poder por parte de las personas que las “contratan”: situaciones de acoso sexual o explotación laboral, sin contrato ni prestaciones, y con salarios miserables o incluso sin pago, han sido algunos de los atropellos que han vivido. Sus relatos denotan conciencia sobre esta jerarquización a la vez que demuestran lo particular de sus procesos de resiliencia, dado que les han permitido darse cuenta de sus transformaciones en la forma de ver mundo y comportarse ante él.

Ganarse el sustento

«A mi me consiguieron trabajo en un local de comida rápida, yo entraba a las cinco de la tarde y salía al otro día porque era voleo, era trasnocho, y al otro día por la mañana me iba a una casa que había conocido por medio de las barridas, a lavar. O sea que yo salía de trasnocho y me iba a lavar, no dormía sólo por aumentar el peso, porque Giovanni estaba sin trabajo. Él no conseguía y lo que se rebuscaba era su construcción, eso era lo que él sabía hacer, ayudante de construcción, pero en ese tiempo no había conseguido nada, entonces a la que le tocaba tener esa responsabilidad así, era yo».

— Nelly —

«Los primeros días, más que todo apenada con la dueña de la casa, yo con tres hijas, sin trabajo, sin nada... vea yo cogía y me iba a pedir en los semáforos con otra señora que pedía, yo me metí al grupo de ella. Ya luego dejé de pedir y vendía cocadillas, porque dije: “no, yo tengo que hacer algo que verdaderamente sea con mis propias manos, mi propio esfuerzo”, así que me puse a vender cocadillas... con lo poquito que yo tenía compré el coco, compré panela y hice cocadillas... y entonces yo vendía todo eso y con eso le ayudaba a la señora de la casa. Pero pa' que, yo no tuve problemas con ella, y hasta ahora yo voy allá y la visito».

— María Eudocia —

«A mi sí me tocó duro, porque me tocaba dejar mis hijos cuando estaban pequeños encargados con cualquier vecina, o no, a veces no tenía con quién dejarlos y me tocaba dejarlos con llave, le dejaba las llaves al más grandecito: “no le abra la puerta a nadie”... Una vez me robaron... yo vivía en El Retiro, y me dejaron sin nada.



»-¿No estabas, los habías dejado solitos?

»-No, yo estaba. Yo estaba con ellos y me robaron todo... Si en ese tiempo se le metían a una de noche, eso tumbaron puertas y de todo, me robaron las cositas, me dejaron solamente la camita ... Bueno, después me fui a vivir a otra parte más para el fondo, como para la invasión, cuando se arman las balaceras y yo con mis hijos pequeños. ¡Ay Dios mío Señor! yo tenía que tender una cobija *abajo* de la cama y ahí metía a mis muchachos cuando se ponían las balaceras tremendas en El Retiro. Allá era tremenda la vida porque vivíamos en un rancho y a veces los muchachos se ponían en la esquina a fumar y a mí me mareaba la marihuana. Yo les decía “¡ay, muchachos! por favor se me corren un poquito más para allá”. Dándole a la marihuana... tenía que pedir permiso para entrar al ranchito. No, y eso era otro tropel...»

— Anayibe —

«Vivir aquí es rico, pero uno pasa mucho trabajo»

A la vida en las invasiones le siguió la reubicación en Potrero Grande, un macroproyecto de vivienda ubicado al oriente de la ciudad creado para realojar 48 asentamientos subnormales formados en las márgenes del Río Cauca y las lagunas El Pondaje y Charco Azul. Desde Mojica, la Colonia Nariñense, el Retiro y Nueva Ilusión llegaron con sus familias Nelly, Gloria, Anayibe y María Eudocia a habitar cuatro¹⁹ de las cientos de casas de ladrillo a la vista, 37 metros cuadrados y una sola habitación, que fueron construidas desde el año 2006.

Los “invasores”, en su mayoría provenientes de los departamentos de Cauca, Nariño y Chocó, son resultado del éxodo iniciado a lo largo y ancho del país por millones de colombianos a causa de la violencia del conflicto armado, lo que ha derivado en un crecimiento acelerado de los cinturones de miseria en las principales ciudades, y en una planificación insuficiente por parte del Estado para poner fin a estos asentamientos y lograr una reubicación exitosa, que garantice no sólo el cubrimiento de las necesidades básicas, sino también las condiciones ambientales, materiales, sociales y psicológicas acordes al desarrollo de una vida digna.

¹⁹ De las seis mujeres con las que trabajamos, cuatro obtuvieron la casa de Potrero Grande por reubicación. Noralba y María Elena no salieron beneficiadas con este programa por lo que viven en arriendo. Es importante tener en cuenta que muchas familias abandonan las casas de Potrero o prefieren arrendarlas debido a los altos índices de criminalidad que allí se manejan.

Potrero Grande por ejemplo, se divide en 12 sectores en los que viven aproximadamente 32 mil personas. Familias sumamente diversas en sus costumbres y sus modos de habitar el espacio, provenientes en su mayoría del Pacífico colombiano, componen este barrio cuyas problemáticas sociales y estructurales parecen rebasar la capacidad del Estado para garantizar condiciones de vida digna a sus habitantes. La falta de oportunidades laborales que agudiza las dificultades económicas, así como la escasez de espacios lúdicos y educativos, generaron un nicho propicio para el surgimiento de pandillas, bandas criminales, redes de microtráfico y prostitución, que a la fecha se han visto reducidas gracias a la intervención de la policía, y al trabajo regular de entidades como la Secretaría de Paz, la Secretaría del Deporte y la Recreación, el SENA, Bienestar Familiar, o las Fundaciones Fanalca y Paz y Bien.

La reubicación de personas tan diversas, sin tener en cuenta la historia particular de cada asentamiento o el tipo de población que lo compone, contribuyó a que la delincuencia que se vivía en las invasiones se trasladara a los barrios de reubicación, afectando directamente la calidad de vida de las personas. Además, algunas familias ya tenían resuelto el asunto del ingreso económico a través del cultivo y la cría de animales en los terrenos cercanos a la invasión, pequeños sistemas productivos desarrollados por comunidades campesinas que quedaron anulados en las minúsculas viviendas de Potrero Grande, donde difícilmente caben los enseres.

El barrio, aunque es habitado por miles de personas, no cuenta con un tejido social estable que tolere la diversidad y garantice el respeto por la vida; por el contrario, cada quien va por lo suyo, evitando los inconvenientes y los vínculos excesivos con los vecinos, lo que genera incertidumbre y desconfianza, pues no se sabe a ciencia cierta quiénes los rodean. No obstante, el caso de Potrero Grande y su ausencia de tejido social, evidencia las dificultades que el país debe solucionar en su totalidad. En Colombia no hemos podido consolidarnos como comunidad, lo individual prima sobre lo colectivo, el tejido social está roto y *el otro* se ha convertido en un potencial enemigo aunque compartamos el mismo espacio.

La cotidianidad de Potrero Grande, hasta hace un par de años, consistía en fronteras invisibles, drogadicción, atracos a casas y transeúntes, balaceras imprevistas, cobro de vacunas a locales comerciales, enfrentamientos y asesinatos entre jóvenes pandilleros, así como tráfico ilegal de armas y drogas. Una realidad que ha ido mejorando gracias a la inversión social y el trabajo comunitario, pero que todavía tiene mucho camino por recorrer. En este sentido, somos conscientes de la utopía que significa pensar en una vida social libre de conflictos y tensiones; no obstante, sabemos del potencial que se esconde tras la organización y el fortalecimiento de las comunidades, pues quién mejor que sus integrantes para identificar las necesidades, los puntos de conflicto, y buscarles solución.

La vida en Potrero Grande

«El día que llegamos a Potrero hubo una balacera y mataron a un muchacho en el andén. ¡Ay, Dios mío, cayó ahí! Esa fue la bienvenida... A las seis, siete de la noche echo llave porque soy miedosisima. Ahí a la casa se entraron, cuando mataron un señor en la esquina se entraron a la casa... allá están las balas en un tubo, no, tenaz, de ahí la presión me jode. Estaba la puerta abierta y las niñas jugando, cuando ya la iba a cerrar un muchacho: “que no, que esta puerta no se cierra” y ahí se quedó parado esperando que los otros entraran; allá se quedaron como más de media hora, y ya bajaron como a las cinco o seis... Toda esa semana fue enferma, enferma, me temblaban las rodillas.

»Yo vivo con miedo aquí, me da miedo de las balaceras... Que día venía con la niña, estaba más pequeña, y venía yo del puesto de salud porque ella estaba maluca, con mocosiadera y vómito, y cuando veníamos medio abrí la reja y cuando escucho es que ¡praaaan! y me cae como esquirra en la espalda y me asomo, ¡otro tiro! Uno me cayó en la reja, por poquitico no más, pasó, ahí está hundido en la reja y me cayeron cositas en la espalda... Yo soy miedosa, no me gusta acá».

— *Noralba* —

«¿Cuánto es que tenemos nosotros de estar viviendo aquí en Potrero...7 años? Cuando me entregaron la casa mi marido estaba en Bonaire, me dieron las llaves, la recibí, la miré... Yo he estado yendo a una iglesia donde le hablan a uno en el oído y allí el Señor me dijo: “yo sé hija mía que esa casa que te he dado no es de tu agrado”, así me dijeron, y así es, “pero vas a estar firmando unos papeles, y te daré tu casa en otra parte”, y yo tengo la fe y la esperanza que sí... Yo quisiera una casa como en Comuneros, a mi me fascina vivir en Comuneros, yo arrendé y viví tiempito ahí, me gustan las casas porque son grandes, por eso me gustaría que el Señor me diera una casa en Comuneros... Uno en la Colonia Nariñense, violencia; llega acá, violencia; en cambio en Comuneros si lo mataron pues ya sabían porque iban y no pasó nada.

»Me impresiona la balacera. Yo oigo que ¡pam pam pam! y ahora si, estoy sentada, ¡tin!, cuando el brinco, pa’ la cocina. Vea, en las canillas, tengo pelones que salgo a la carrera y me caigo y me pelo. Eso me da a mi impresión. Yo salgo y me parece que ya, ya».

— *María Eudocia* —

«La reubicación nos salió a nosotros, pero nos tocó que guerrear porque nosotros no aparecíamos. Yo bajaba y subía de Secretaría... bueno, el hecho fue que quedamos con casa nosotros acá, y ya de ahí en adelante nos reubicaron.

»¿Que si he pensado en regresarme a Buenaventura?, no, yo no he estado pensando en eso, sí me gustaría hacer un cambio pero de casa. Sí me gustaría, mujeres, si yo tuviera la posibilidad de que mi marido tuviera un ingreso como estable y que uno estuviera también como bien estable, sí me gustaría tener otro lugar, salirme a pagar un arriendo en otra parte porque yo sé que de pronto el tiempo en el trabajo acá mío, en que el papá no está, la ausencia, los niños están cogiendo mucha libertad en la calle porque no hay un adulto en la casa, y ellas cogen juntas y andan con unas junticas que todas tienen piercing. Yo ya le hecho quitar dos, yo ya le dije a Saori: “el próximo se lo arranco yo, así me toque llevarla para el hospital, el próximo que yo le pille, no voy a dejar que usted se lo quite así como lo está haciendo, yo se lo voy a arrancar, ¡yo!, porque usted debe de entender que si uno le habla, usted debe de obedecer”. “La calle tiene peligro”, le digo yo,

“usted vive en Potrero, aquí se forman las balaceras y le impacta una, usted ni cuenta se da a qué horas porque ningún bandolero le va a decir “vea, se va formar una balacera”. Eso es de improviso y ustedes en la calle, ¿a dónde se meten?, una bala perdida, que tiene su hermano aquí”. Mi hijo tiene una herida debido a bala perdida, estaba más chiquito, estaba en una fiestica de niños cuando los sujetos fueron por su oponente ahí, y no fue cuento mija, repartieron bala. Mi hijo gracias a Dios está vivo porque mi Dios es grande y lo tiene para algo, pero ese día ¡Dios mío, el susto de nosotros! Entonces le dije: “ya su hermano, usted sabe, ya aquí tenemos un caso, usted sabe que aquí nadie dice “vea corra pa’ allá que le voy a dar a ese man”, eso es ¡pam pam pam pam!, al que le cayó le cayó; entonces, le dije, en su casa, no se meta en casa ajena, usted no sabe en casa ajena quién está ahí adentro, cuáles son las intenciones de la persona que vive adentro”».

— *Nelly* —

«El barrio al principio chévere, bonito, después se pegó una dañada porque empezaron a matar, empezaron a salir bandas, una cosa que los jóvenes no podían pasar para el sector dos, que los del dos no podían pasar pa' acá, que los del uno no podían pasar pa' acá, que los del cinco... y así, que los del ocho, que los del siete no podían pasar... así una sola cosa²⁰. Entonces yo mantenía con mis hijos pendiente de ellos, y dije: ¡ay, Dios mío, Señor! Pero ahora ha cambiado. Ahora cambia un poquito con el cuento de lo del Parque, con

20 Potrero Grande se divide en 12 sectores, los cuales en una época llegaron a tener cada uno su propia pandilla y a establecer fronteras invisibles que hacían imposible transitar el barrio con libertad. Los jóvenes en especial se veían afectados por esta problemática, pues aunque no pertenecieran a ninguna de las pandillas, eran agredidos por vivir en determinado sector, lo que se reflejaba en amenazas, atracos y golpizas.

lo del Tecnocentro²¹, ha cambiado como más porque yo veo jóvenes que pasan para acá ya. Por ejemplo los jóvenes de acá ya pueden entrar aquí, pasan unos que otros del dos... Antes mi hijo, el que me mataron, no podían llegar ni allá dónde está la torrecita, me lo *tropeliaban*. No me lo podía dejar el bus allí, el bus del colegio porque lo mismo... eso era un solo tropel. Me lo *corretiaban* “que ese de allá es del nueve, velo ve”. Antes solamente por la sencilla razón de ser de acá del nueve o la otra persona ser del ocho, o que viene del cinco, así, eso ya era para tropel, ahora ya casi no se ve. Ya casi no se ve ese tropel así, pero antes sí era más tremendo.

21 Anayibe se refiere al Parque La Arboleda y al Tecnocentro Cultural Somos Pacífico, dos construcciones relativamente nuevas, ubicadas una frente a la otra, que buscan la inclusión social y la prevención de la violencia mediante actividades lúdicas y educativas ofrecidas para toda la población. El Parque la Arboleda es un espacio cultural y lúdico, donde niños y niñas, jóvenes y mujeres adultas asisten bien sea para jugar, practicar deportes, o participar en talleres de manualidades y tejidos. El Tecnocentro es un espacio más “académico”, pero igualmente recreativo donde la comunidad puede acercarse a la danza, el arte y la música, así como aprender inglés o temas relacionados con las tecnologías informáticas.

»Vivir aquí es rico, pero uno pasa mucho trabajo, pasa trabajo porque cuando uno ya tiene los hijos grandes, más que todo los hijos varones, ya tiene sus hijos grandes hay mucho muchacho que quiere meterlos en caminos raros, en todo eso, y cuando ellos pues no, ahí es el problema o los amenazan. Por lo menos mi hijo Jason, pues el muchacho se me salió de las manos porque yo lo traje aquí y lo metí a estudiar y todo eso, y ya empezaron como a montarsela y a *groseriarlo*. A veces le compraba yo cualquier celular, alguna cosa, alguna cicla y se la quitaban, entonces él se fue pegando de ahí, y el muchacho cogió su mal camino y un día en Mojica en una fiesta de quince que lo invitaron, en una balacera lo mataron. Lo mató la policía pues... Entonces, me dicen a mí que vaya, que demande a la policía pero yo cómo hago si no tengo pruebas. Él estaba allá, yo estaba acá y yo no me di cuenta cómo fueron las cosas, ¿y entonces? Allí ya quedó la muerte del muchachito... 15 años, tenía 15 años. Ahora el otro también, mi otro hijo también empezó, empezaron acá... Hay unos muchachos que todavía están acá, hay unos que están presos, otros que se han muerto, que los han matado pue!, y había

uno que con otro le decían a él que o estaba con ellos o estaba. Entonces mi hijo de ver así me dijo: “no ma', yo no quiero andar con ellos, ellos andan por aquí, a la misma gente le roban y yo no...” Bueno, yo no lo dejaba salir, a veces se me salía escondido porque yo lo cuidaba mucho después de lo que pasó con mi hijo, yo lo cuidaba mucho y todo. Lo mandé a vivir allá donde mi hermana y por allá fue peor porque consiguió unos amigos, bueno, se fue, yo no sé qué haría, en qué andaría, el caso es que está encerrado por intento de homicidio, por tentativa... cumplió 16 años. Allá en la cárcel casi lo matan hace como veinte días, le metieron una golpiza mamita que vea...



Casi me lo dejan así, bueno mejor dicho, lo dejaron mal y ya gracias a Dios se está recuperando, pero aquí en Cali es duro. Tengo otro hijo también que es mayor, que tiene 23 años y también, él trabaja, ahorita está viviendo donde mi hermana, se fue de por acá porque pues me dijo: “no mamá, yo me voy, acá uno se pone a conversar con los amigos y todo para qué, chévere los amigos y bien, pero uno conversa cualquier cosa, se sienta con ellos y lo primero que le ofrecen es la marihuana o le ofrecen el perico a uno, o le dicen “no pues vamos a hacer tal cosa, vamos a hacer tal vuelta”, y a mí esta vida así no me convence, entonces no, yo me voy a vivir donde mi tía, porque ya me están diciendo que por aquí, por acá, y no, ma', yo esa vida no quiero”, porque él tiene tres hijos. Él de vez en cuando viene a visitarme su ratico y vuelve otra vez y se va.

»Pero de lo que yo llegué aquí a Cali mi vida es un desastre, sinceramente es un desastre. Por qué digo que es un desastre? porque en el área de mis hijos me ha golpeado mucho la vida, me ha golpeado muy duro. Con mis hijos he pasado muchos trabajos para sacarlos adelante, para tratar de protegerlos. Me vine de por allá buscando un futuro para mis hijos, cuidándolos de la guerrilla, que no se me los llevaran, qué no me los fueran a matar y llegué aquí, y bueno me mataron a mi hijo... Me acostumbré ya a vivir con eso y esta semana que pasó fue una semana muy tremenda para mí, porque casi me matan mi otro hijo. Pero bueno ahí está Dios que me lo protegió del peligro».

— Anayibe —

«El hijo se me dañó, Wilmer se me dañó, se metió a sus vicios, claro que él trabajaba por el día pero por la tarde que llegaba era a sus vicios. Un día venía saliendo del trabajo, venía saliendo del trabajo y estaban en una balacera entre la policía con los muchachos de Mojica y le cae la bala a él, le cayó aquí en toda la columna, de una vez lo dejaron allí, Pero a mí me dijeron que demandara a los policías pero le digo yo ¿cómo puedo demandar a los policías si yo no sé si fueron los de las bandas de los muchachos o fue la policía?, ahí si yo no sé, porque si los muchachos están haciendo disparos a la policía y la policía también, entonces la policía le está haciendo los disparos para allá a ellos, entonces fueron las bandas de estos muchachos que le pegaron los tiros a mi hijo, ¿ya?...

Yo sufrí bastante, yo sufrí bastante con eso, con ese niño, él murió aquí en Potrero, aquí en la casita. Tenía 22 años y el otro tenía 15 años, el que está ahora joven. Ese si no, él no es muchacho de esas cosas, lo único que le gusta es beber, eso sí... Y ahí, yo luché bastante... Vea, yo me puse... este dedo tiene más cuerpo, yo me puse vea, así. Esta falda tenía que meterle elástico pa' podermela poner, yo andaba pa' acá, pa' allá con él, pa' acá, pa' allá, y andaba pidiendo a las amigas “amiga ve, regálame un bocado de comida pa' darle a mi hijo que no tengo que darle” y me colaboraban».

— Gloria —

«Hasta ahora último que yo llegué donde Rosalba, yo llegué así (nerviosa). Yo escuchaba un tiro, yo le decía ¡Rosalba escondámonos!, -No María Elena, estese ahí tranquila. -No, Rosalba ¡escondámonos!. Yo apenas oía, ¡teque!, ¡¡ayyy!! ¿en dónde me escondo!?. Y yo veía cualquier problema y yo buscaba dónde esconderme. Ya no, ya... aquí en la Fundación fue que me ayudaron bastante. Ay, yo antes me sentaba por ahí a llorar, porque eso fue duro... Ver ahí, cómo lo mataban a mi negro, uno salir y no ver nada, y yo no he podido conseguir nada y allá quedó todo, todo. Quién vuelve a buscar nada».

— *María Elena* —



«*Ahora es que apenas
está empezando
la vida buena para mí*»

Las narrativas testimoniales como herramienta que permite entrever los procesos de transformación de los individuos, fue el medio que como *investigadoras* elegimos para conocer los cambios que han tenido lugar en las mujeres de Potrero Grande a raíz de sus experiencias con el conflicto armado. Relatar lo vivido se convierte en un acto político desde el cual es posible documentar y reflexionar sobre varias historias -la individual, la comunitaria, la de la región o el país-, al tiempo que significa un aporte importantísimo en la construcción de memorias diversas en torno a la violencia del conflicto, particularmente la experimentada en el Litoral Pacífico, de donde son oriundas las mujeres que hicieron parte de este libro en su calidad de desplazadas en Cali.

Los cambios en sus subjetividades, así como la apropiación de prácticas ciudadanas, nos permitirán reflexionar sobre el surgimiento de una cultura política en ellas que las haga asumirse y comportarse como *sujetas políticas*. Según Herrera (2005), para tener cultura política es necesario asumirse como un ser político que teje relaciones con el entorno de manera individual y colectiva. El repertorio cultural y político de las mujeres desplazadas así como sus experiencias personales, desempeñan un papel muy importante en este sentido, dado que permiten moldear identidades en el terreno individual y colectivo.

Anayibe, María Eudocia, Gloria, Noralba, Nelly y María Elena, son mujeres que no sólo han demostrado fortaleza y valentía, sino también una capacidad increíble para adaptarse a toda clase de condiciones, aprender de ellas y sobrevivir en medio de la especificidad de sus condiciones -mujeres, madres, desplazadas, afrodescendientes-, aunque haya ocasiones en las que se resistan al cambio. Sus procesos se caracterizan por el reconocimiento inicial de sus derechos como ciudadanas, los cuales lentamente las han llevado hasta su situación actual, donde la mayoría de ellas realiza labores de vocería bajo la tutela de la Fundación Paz y Bien. Sin embargo, antes de llegar a este punto, ellas debieron empezar

por auto-reconocerse como víctimas del conflicto armado, para luego acercarse a la Unidad de Atención y Orientación al Desplazado (U.A.O) y reclamar sus derechos ante el Estado. Cabe señalar que estos procesos fueron de gran importancia, pues debido a las personas y las instituciones que las atendieron, hubo un primer acercamiento por parte de las mujeres al ejercicio de la cultura política, aunque por supuesto fue un acercamiento intuitivo y distante del término como tal.

La Fundación Paz y Bien llegó a Potrero Grande hace seis años, coordinada por la hermana franciscana Alba Stella Barreto, quien ha trabajado con la comunidad de diferentes sectores del Distrito de Aguablanca por más de 30 años. Entre los objetivos de Paz y Bien se encuentra promover el desarrollo humano, trabajar con la familia y la infancia, aplicar el modelo de Justicia Restaurativa con niños y jóvenes, prevenir e intervenir en los casos de violencia de género, trabajar por y para la mujer, además de atender a las familias desplazadas para consolidar procesos de inclusión social que los convierta en sujetos de derecho. Todo esto con el fin de reconstruir el tejido social en los barrios del Distrito, al tiempo que lucha contra la desigualdad social y la pobreza, tan característica en este sector de la ciudad, por medio de actividades lúdicas y educativas gratuitas como talleres de tejido, bordado y elaboración de objetos decorativos, que brindan herramientas para generar un ingreso económico informal a las mujeres que los toman, vendiendo ellas mismas sus trabajos a vecinos y conocidos.

Para la época en que las mujeres se acercaron a la Fundación, había cierta estabilidad en sus vidas. De las seis mujeres, cuatro ya vivían en las casas de Potrero Grande otorgadas por reubicación, no obstante, todavía les quedaba mucho camino por recorrer en la parte emocional, debido a los traumas y las tristezas que no lograban superar. La Fundación inició un trabajo grupal con la comunidad llamado Jueves de Paz, donde podían asistir libremente los vecinos del barrio, desplazados o no, para

compartir sus experiencias o preocupaciones frente a la inseguridad del barrio, la falta de empleo, las dificultades para acceder al servicio de salud, o la necesidad de vincular a niños y jóvenes al colegio. Este espacio facilitó el acercamiento de la comunidad por medio del diálogo y la escucha, al tiempo que generó gradualmente confianza y vínculos de apoyo entre los vecinos. El cambio de nombre de Jueves de Paz a Círculos de Verdad y Reconciliación se dio después de que se hiciera público el Acuerdo de Paz entre la guerrilla de las Farc y el Gobierno de Juan Manuel Santos, con el fin de que las víctimas se informen sobre sus derechos y se preparen para lo que viene con la Justicia Especial para la Paz (J.E.P).

En este sentido, el trabajo adelantado por la Fundación bajo acompañamiento legal y psicosocial, ha incidido en el progreso emocional y cognitivo de las mujeres con las que trabajamos, pues les ha brindado herramientas para aceptar los hechos de su pasado, asumir el presente y proyectarse para el futuro. Darle vuelta a los esquemas tradicionales que reducen a la mujer al ámbito de lo privado, es una de las apuestas más fuertes de Paz y Bien, que busca empoderar a la mujer y capacitarla para llevar adelante procesos que ayuden a reconstruir el tejido social de la comunidad. Para esto, quienes disfrutaban del trabajo con niños y jóvenes, o están interesadas en aprender sobre la consejería de familia, tienen la posibilidad de capacitarse y entrar a hacer parte del grupo de apoyo de la Fundación, ya sea como voluntarias o voceras en el Parque, lo que no implica un salario, o como tutoras, que sí reciben remuneración. En esta misma línea, la evolución de cada mujer a partir de dichos procesos es bastante significativa, pues su capacidad de resiliencia les ha permitido recuperarse lentamente de los traumas que deja el desarraigo, al tiempo que han surgido redes de apoyo entre los vecinos que, en algunos casos, han vivido historias similares por el desplazamiento.

Sobre el trabajo con la comunidad



«Rosalba²² me decía que *dentrara* al Parque a conocer, entonces yo le decía que no porque yo no sabía leer, no sabía escribir y no podía meterme a ese grupo. Entonces, ella me dijo: “métase Gloria, que hay personas que no saben leer, que no saben nada, pero *dentre* porque usted es muy alegre, hace distraer a la gente”. Yo le decía: “vamos a ver más adelante”. Entonces, me *dentré* al Parque, me metí de vocera, todos los martes estamos en las charlas de las voceras, es nomás ir a escuchar las charlas, lo que dice Rosalba, que uno tiene que ser unido, no vivir peleando con los vecinos, si siento algo malo no tratarlo mal, unirse y hablar».

— Gloria —

²² Rosalba Valencia es la coordinadora del Parque La Arboleda, y aunque no tiene formación profesional, los 21 años de experiencia que tiene trabajando con la Fundación la han formado como consejera de familia, tutora de niños y jóvenes, y en tiempo reciente, encargada del Parque a nombre de la Fundación. Su experiencia ha sido fundamental para el fortalecimiento de la comunidad y para los procesos individuales de cada una de las mujeres con las que trabajamos.



«De verdad, ustedes son como una medicina, con la niña Liliana y con don Osvaldo²³. Doña Inés²⁴ a veces me regañaba porque yo era demasiado amargada, aburrida, demasiado encerrada en mi misma. Me decía: “Ruby, salga un rato, deje de ser así, camine, vamos a las reuniones”. También iba doña Gloria: “Ruby camine, vamos a las reuniones un ratito. Camine, pues”. Y yo: “ya voy doña Gloria”. Me estaba un momentico y me iba otra vez pa' mi casa, me parecía estar escuchando hablar tanta bobada allá, mejor me encerraba en mi casa a tirar lágrima. A mi me daba como pena,

me daba pena hablar, me daba pena compartir y después ya empecé con ellos porque hablan de todo, chévere. Ya me fui como metiendo, como metiendo, pero eso sí, cuando veía cámaras salía, mejor dicho... corriendo. Por ejemplo, cuando iban a poner la primera piedra²⁵, salí pa' mi casa. Y ahora gracias a Dios, vengo acá, comparto con todas ellas, con Liliana que es un amor esa niña, un terroncito de azúcar».

— Anayibe —

23 Liliana Urrego trabaja en el Parque La Arboleda y al igual que Rosalba hace consejerías de familia y atiende a la comunidad, pero ella hace parte de la Fundación Fanalca. Osvaldo Bermúdez en cambio, sí hace parte de la Fundación Paz y Bien pero no está de tiempo completo en el Parque. Sus visitas por lo regular son cada ocho días, y desde que llega hasta que se va, no deja de recibir abrazos y atenciones de las personas que asisten a las reuniones.

24 Doña Inés es la madre del compañero actual de Anayibe, es decir su suegra.

25 Se refiere al acto simbólico que se llevó a cabo en el terreno donde actualmente está construido el Parque, y consistía en poner la primera piedra para dar inicio a la obra. A esa ceremonia asistieron además de los vecinos de Potrero Grande, el Alcalde de la época, representantes de la Fundación Fanalca, y la Hermana Alba Stella con otros miembros de la Fundación Paz y Bien.

«Cuando conocí a la Fundación Paz y Bien empecé a asistir, en ese entonces estábamos allá donde están esos almendros, allá eran las reuniones cada ocho días con la hermana Alba Stella y Rosalba. De ahí fui conociendo mucha gente y las últimas vienen siendo ustedes, vamos a ver quiénes más. De cada una de esas personas uno va aprendiendo algo y cuando le ven como ese perfil a uno, esa forma de ser y todo eso, ya le empiezan a dar oportunidades. La primera oportunidad que tuve fue trabajar en el proyecto de mujeres víctimas como consejera de familia. Yo nunca había sido consejera, pero a la Hermana le nació, todo viene de arriba, y gracias a Dios yo creo que todo salió bien porque nunca tuve un llamado de atención, nada, lo contrario, ellos lo ven a uno y lo tratan con esa amabilidad. También creo que ejercí mi trabajo a pesar de que no tenía experiencia,

pero como decía la hermana: “la experiencia que usted tiene por trabajar en la comunidad, con las mujeres, le da la capacidad de ejercer este tipo de trabajos”. Seis meses duramos allí en el 2016, y ahorita me dieron la oportunidad como tutora. Nunca lo he hecho pero yo opino que también ven ese perfil y dicen “ella es capaz y ella lo puede hacer”, entonces, vuelven y le dan esa oportunidad a uno.

»Giovanni muchas veces me decía: “Nelly, ¿usted qué hace en esa Fundación? Perdiendo el tiempo allá.

Nelly, usted camina pa' arriba, camina pa' abajo, yo ya no le veo ningún beneficio”. Claro, como él me veía que siempre iba en movimiento, entonces él dice: “no, pues se va allá a llevar sol y qué recibe”. Yo le decía: “vea, usted ocúpese de sus cosas y déjeme a mi tranquila que yo sé en lo que estoy, déjeme quieta que yo antes estoy aprendiendo, y todo lo que he recibido para algo me tiene que servir”. Y miren, tres años y pico aquí en este mismo sol, la lucha y la constancia sirvieron de algo. Uno conoce mucha gente, se empapa con la comunidad, muchas cosas que uno va adquiriendo cada día, los lugares en donde he podido estar. Gracias a la Fundación conocí el Parque del Café, nunca había ido, mis hijos también, ese día felices no se cambiaban por nadie, yo decía jay, Padre gracias!²⁶».

Nelly

26 Las mujeres que trabajan como voceras y voluntarias en el cuidado del Parque, reciben refrigerio en cada jornada, y al finalizar el año la Fundación les da ciento cincuenta mil pesos como reconocimiento por su labor. En el caso de Nelly, que pasó de vocera a tutora, la Fundación le paga el salario mínimo.



Buscando el sentido de la vida en la ciudad

La consejería dirigida por Rosalba, las actividades lúdicas y educativas que se desarrollan periódicamente en el Parque, así como las visitas de los miembros de Paz y Bien, como la Hermana Alba Stella y Osvaldo, van dándole un sentido diferente a las vidas de las personas que se acercan a la Fundación, pues tal como las mujeres lo afirman, gracias a ellos los cambios positivos en sus vidas han ido multiplicándose.

Para nosotras y para los miembros de la Fundación, dichos cambios no habrían sido posibles si las mujeres no desearan compartir lo vivido para hacer memoria sobre sus experiencias, las gratas y las difíciles; aunque, por supuesto, no podemos desconocer que el apoyo psicosocial y afectivo significó una ayuda valiosísima para emprender el camino de la resiliencia. Aunque añoran y sienten nostalgia de su campo, han asumido e interiorizado que sus vidas ahora transcurren en la ciudad; no obstante, reconocemos los matices de esta dualidad en sus vidas, pues algunas veces ellas quieren dejar todo lo que han conseguido y volver a sus fincas, pero el temor por la falta de garantías se los impide.

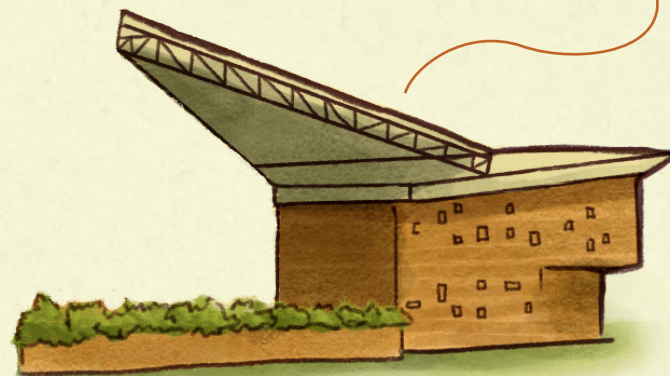
La presencia de los actores armados es la principal fuente de sus dudas sobre el regreso al campo, aunque en cierta medida el Proceso de Paz con las Farc ha abierto una esperanza para ellas. Este tema lo discutimos en conjunto, y como en otras esferas de la sociedad, existe una gran polarización respecto al Proceso, aunque por supuesto su condición de *víctimas directas* de los desalojos forzados por parte de los actores armados, ejerce un fuerte condicionamiento sobre sus puntos de vista. Sumado a lo anterior, en la memoria colectiva de las mujeres que hacíamos parte de la discusión, surgió el recuerdo de la desmovilización fallida de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), donde las discrepancias ideológicas con los altos mandos generaron una posterior reactivación del paramilitarismo, que esta vez se denominó como Bandas Criminales (BACRIM).

El temor que sienten las mujeres al pensar en el retorno es justificado, sin embargo existe un alto grado de desinformación acerca de los Acuerdos de Paz, pues muchos medios de comunicación nacionales de los que ellas hacen uso en sus hogares²⁷, tienen un punto de vista parcializado que se limita a resaltar los aspectos negativos del proceso, como por ejemplo la existencia de grupos disidentes al interior de la guerrilla, lo que alimenta el miedo y la desconfianza de las poblaciones frente a los Acuerdos. Lo anterior responde a la manipulación de la información alrededor del tema, que ha sido promovida por los detractores del proceso y que busca generar odios irreconciliables entre la población civil y la guerrilla de las Farc.

27 El uso de los medios de comunicación por parte de las mujeres es limitado, en primer lugar porque algunas de ellas no tienen televisor, radio o computador, y las que tienen los utilizan como entretenimiento y no como medio de información. En segundo lugar, debido a sus edades, ellas han crecido más próximas a la radio, por lo que todavía mantienen la afinidad con este medio para enterarse de las noticias y sobre todo para oír música; además su adquisición es más económica. Por último, los medios escritos no son considerados una opción para ellas debido a la baja alfabetización de la mayoría.

Al preguntarle a las mujeres por el grupo armado que generó su desplazamiento, respondían: “la guerrilla”, sin más. No obstante, al profundizar en sus experiencias con los actores armados nos dimos cuenta que no sabían con exactitud de quiénes se trataba, pues incluso la distinción entre paramilitares y guerrillas les resultaba difícil, lo que nos empezó a dar unos visos iniciales sobre su cultura política. En general, ellas no tenían contacto cercano con las personas de los grupos armados, pero en los casos donde se hacían reuniones informativas para la comunidad, ellas comprendían de qué se trataba. En aquella época no se concebían a sí mismas como mujeres que pudieran desempeñarse como voceras o lideresas en su comunidad, lo que ha cambiado sustancialmente tras su llegada a la ciudad.

En nuestra inquietud como investigadoras sobre su conciencia como *sujetas políticas*, diseñamos un par de actividades en las que ellas hablaron de lo que piensan, lo que han visto y escuchado desde sus lugares en la sociedad acerca del conflicto armado, el Proceso de Paz con las Farc y la implementación del mismo, así como sus consideraciones sobre lo que se ha denominado “posconflicto” y el posible proceso de paz con el ELN. A continuación, veremos fragmentos de la conversación grupal que sostuvimos con ellas en la que se evidencian asomos de su conciencia como *sujetas políticas*.



El posconflicto con los ojos de sus desplazadas

«-¿Qué información tienen? ¿Qué han visto o qué les han dicho del Proceso de Paz? Cuéntenos lo que ustedes sepan...

»*Noralba*: que a los desplazados no les van a dar más ayudas, ¿por qué? Porque ahora la plata va a ser para los presidentes guerrilleros, a ellos sí les van a dar casa y les van a dar un subsidio mensual, eso lo he escuchado...

»*Gloria*: eso también escuché yo.

»- ¿Y dónde lo escucharon?

»*María Eudocia*: por la radio, por los noticieros, más que todo en Radio Calidad.

»*Gloria*: yo también escuché que pa' los desplazados no habían más ayudas...

»*Noralba*: ni alcanzaba la plata para indemnizarlos a todos.

»-¿O sea que lo que han escuchado del Acuerdo no es muy positivo para las víctimas?

»*Noralba*: no, que hagan su paz... sí es buena la paz, pero yo no creo mucho en la paz porque tooodos los guerrilleros no se van a entregar. Yo fui en Semana Santa a Timbiquí y no vi ninguno que hablara de eso de la paz... todo por allá sigue igual, ¿entonces?».

Fragmentos
de Conversación —

«Anayibe: Venga yo le digo, hay mucha gente que dice que ya llegó el Acuerdo de Paz, que las Farc entregaron las armas, tanto cuento y tanta vaina. Vea, sinceramente, yo no creo en la paz ¿sabe por qué? Porque ayer escuché en las noticias que en el Chocó la guerrilla está matando que da miedo y mucha gente se está viniendo, entonces imagínense, hablan de la paz y yo digo que paz a estas alturas de la vida no va a haber. Porque cuando empezaron a hablar de la paz dije: “me vuelvo pa' mi río”. Entonces llamé a un hermano que vive por allá en el monte y le dije: “bueno Reinaldo, hermanito, ¿cómo está eso por allá?”, y me dijo: “mire hermanita, sinceramente, yo estoy que me voy pa' allá. Para donde usted vivía ni se vaya a asomar”, por eso yo digo que no creo que alcancemos la paz».

«-Bueno, ellos ya están en el proceso de desmovilización, seguramente ellos se van a quedar en el campo, porque de todas maneras ellos son campesinos, probablemente no se vayan a venir para acá... pero entonces, ustedes dicen: “la paz es para el presidente”, pero ¿no creen que la paz también vaya a ser para la gente que vive en el campo?

»Noralba: como le digo, si todos se entregaran, si dejaran el arma, pues sí, pero de todos modos no lo van a hacer...

»María Eudocia: ellos no entregan el arma, ellos entregan nada más lo que a ellos les conviene, ¿ya?, y si los guerrilleros se entregan quedan otras personas, ¿sí? El ELN, los paras, bueno en fiiin... da lo mismo ¿Entonces, qué paz puede haber? Si acabamos con todo eso, de pronto eso sí...

»Nelly: Yo creo que para eso de lo de las votaciones del plebiscito faltó mucha información, yo digo que a nuestra comunidad le hacía falta eso, porque si ustedes pueden darse de cuenta, el Distrito de Aguablanca está poblado por desplazados. Personas que vienen desde el campo, y se estacionan en estos lugares, ¿por qué?, pues porque la situación no les alcanza para vivir en otros lugares, pero de por sí es en estos barrios donde deberían dar más información y eso por acá no se ve».

«-Nuestra pregunta de hoy es: si ustedes pudieran tener acceso a la negociación de estos acuerdos, ¿qué propuestas darían para solucionar o mejorar el punto de las víctimas? ¿qué creen que falta? ¿qué creen que necesita o que no debe ir, qué les surge?

»Nelly: si yo estuviera haciendo las negociaciones con las Farc yo les diría: “ustedes, grupo de las Farc, prometen no volver más a ese sitio, digamos al Chocó, donde ustedes desaparecieron tanto, hicieron tanta maldad y que los chocoanos puedan volver a sus tierras tranquilamente”, y que ellos dijeran: “bueno si, accedemos a ese compromiso”.

»María Eudocia: yo por lo menos les diría que dieran ciertas condiciones para uno volver otra vez a su tierra, ¿ya?, que no volvieran ellos por allá, o que por lo menos uno tuviera su campo y no hubiera ese enfrentamiento que hay entre la guerrilla con los paras, que nos dejaran en paz, ¿ya?

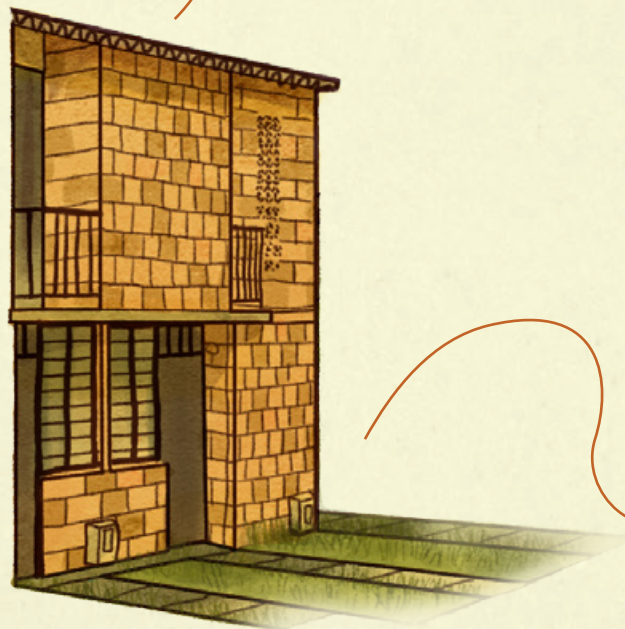
»Noralba: o la otra también que no nos obliguen a meternos a las filas, que no se lleven a los jóvenes.

»Nelly: la otra es que uno pudiera decirles: “como negociadora les propongo de que ustedes nos ayuden a que esos otros que quedaron allá, también se desmovilicen”. ¿Por qué?, porque son una pieza clave, conocen los territorios, saben más o menos en qué se desempeñan, ¿si me entiende? Porque allí hay un problema, si ellos salen, los que quedan siguen martirizando a la gente. O lo que decía la compañera, que quede el compromiso de que los que se están desmovilizando, no creen nuevos grupos.

»Gloria: pongamos, lo que yo les podría decir a ellos es que como me iban a matar mi marido y lo cargaban en la lista, ¿qué tuvimos que hacer nosotros?, salir corriendo. Cuando salí de mi tierra dejé todo lo que tenía sembrado, entonces yo lo único que les pido a ellos es que lo que perdí, tienen que devolvermelo a mi, como reparación».

«Nelly: les confieso una cosa, la primera vez que yo vi por televisión, por el periódico a ese grupo de lanchas que se desmovilizaban²⁸, a mi se me aguaron los ojos y ellos recorrieron todo el estero de Buenaventura, porque ellos llegaron por ese lado. Vea, que la gente inicie un proceso tan importante, eso es emocionante, porque ese es como el principio, obvio que ojalá, todos esos compromisos que nosotros decimos que hay, se cumplan. Esa gente allá, están cansados de tanta violencia, por algo se inicia como decía ella, por algo se empezó, ojalá ellos sean ese apoyo, para que otros también sean partícipes de algo tan espectacular, hombre».

28 Nelly se refiere a la movilización de 15 guerrilleros del Frente 30 de las Farc que llegaron en lancha hasta Buenaventura para después dirigirse al campamento establecido en la Zona de Transición ubicado en la Elvira, Cauca. Este hecho sucedió en el mes de febrero del 2017.



Anhelos para el futuro

La experiencia del desplazado está relacionada con el arraigo, el éxodo, el desarraigo y el esfuerzo por arraigarse de nuevo. Para el grupo de mujeres con las que trabajamos era importante sentir como propio el lugar a donde llegaron y para ello debían empezar por sentirse parte de él, pero el apego por sus vidas pasadas no les permitía proyectarse hacia el futuro.

El trabajo adelantado con la Fundación Paz y Bien, además de brindarles entretenimiento y nuevos aprendizajes, las ayudó a enfrentar sus miedos del pasado y hacerle duelo a la vida que perdieron, al tiempo que las hizo abrirse a la posibilidad de un nuevo futuro. En este sentido, nosotras quisimos saber cómo son las proyecciones que ellas hacen de sus vidas, cómo imaginan el mañana y cómo enfrentan los temores o las inseguridades que limitan sus sueños, pues a fin de cuentas la capacidad de imaginar e idear el futuro, pese a las dificultades del presente, se convierte en el motor de sus vidas, las hace más fuertes y mucho más admirables, al tiempo que demuestra lo inagotables que son sus deseos por sobrevivir y salir adelante pese a las experiencias vividas.

Sobre las primeras luces de un nuevo día

«El proyecto que yo tengo ahorita, mujeres, no es quedarme aquí, la verdad. El anhelo mío no es quedarme trabajando, todo el tiempo vivir pensando que voy a depender cada vez que salga algo con la Fundación. Lo mío es terminar de arreglar mi casa, ya tenemos la plancha, falta subir paredes e independizar los cuartos de los dos niños, el de Saori y el de Andrés. Yo siempre digo que el de Saori es de Saori y Flor, mi otra hija, que aunque ya tiene su casa habrá momentos donde vaya a visitarnos, y el del niño también, es el de Andrés y Jefferson, y el espacio de nosotros con Giovanni. Yo quiero hacer eso, embellecer mi casa, estucarla, enchaparla, vivir como pobre dignamente, las cosas como son. Tener un negocio independiente, algo que me encanta, una colmena o

un restaurante de mariscos. Casarme, lograr que mis hijos vayan a la universidad, o sea que no se queden con un bachillerato y ya, sino que lleguen mucho más lejos, que se profesionalicen. Y en mis tiempos libres poder enfocarme en pro de la comunidad, ser ese voz a voz, esa persona que lleva buenas noticias, buena información, seguir siendo parte de esa red».

— Nelly —

«Yo, pongamos que necesito ponerme a vender algo, para de ahí, de la ganancia, tener un negocio, tener comida, arroz, como un granerito. Otra cosa que me parece importante es, pongamos subir mi casa, poner el piso de arriba porque vivimos muy estrechos, eso es lo que se me ha venido a la cabeza para salir adelante.

»El otro deseo que tengo, pero eso se me ha venido a la cabeza, ponerme a vender aguardiente, cerveza, porque como me dijo el señor que tiene la tienda: “Gloria, si a vos te sale esa oportunidad, ponéte un negocito, un negocio de bebida, como yo aquí, tengo mi negocio de comida, también puedes poner tu bebida, que también te sale bien”; entonces se me ha venido ese pensamiento. Pero eso no, sabe por qué, porque el hijo bebe mucho entonces se bebe todas las cosas.

»Otro deseo, tener tierra para cultivar en Cali, si yo consiguiera o me regalaran un pedazo de tierra, yo de aquí me iba a sembrar yuca, plátano, de todo, caña, eso sí, pero para allá, a mi campo, no».

— Gloria —

«Conocer Aruba, ese es mi sueño, ir a bailar bachata. No sé, pero ese es mi sueño. Mis sueños son trabajos que yo pueda hacer en mi casa, miscelánea, revuelteria, cosas que yo pueda tener en mi casa. Mi sueño está en mi tierra pero lo veo lejos, porque hasta la finca que dejó mi papá yo dije que la vendieran porque ya pa' qué. Yo le dije a mi hermana: “ya, venda eso... la herencia”, me dice: “¡ay! ¿y si se muere, no la traemos pa' ca?” No, pa' allá no».

— María Eudocia —

«Tener mi casa propia, tener un negocio propio, una tienda, o un supermercado, me gusta atender a las personas porque siempre he vendido, y ser profesional, a mi me gusta enfermería o psicología. Me iba anotar en eso de la primera infancia y no pude, hice el ICFES en la Santiago, pero me salió muy bajito, me salía en ciento ochenta y pico, ¿ya? También sueño que mis tres hijas vayan a la universidad.

»Tener a mi abuela cerca de mí para cuidarla y ayudar a mi mamá, aunque nunca me cuidó, pero yo la ayudo cuando puedo, porque a mí me crió mi abuela. Tener plata para ayudar a los más necesitados, a la gente que está en la calle, o sea, que no comen a veces. Que no haya tanta violencia, uno sale con miedo a la tienda, después de las seis a mi me da miedo salir, se ha calmado acá porque antes era terrible.

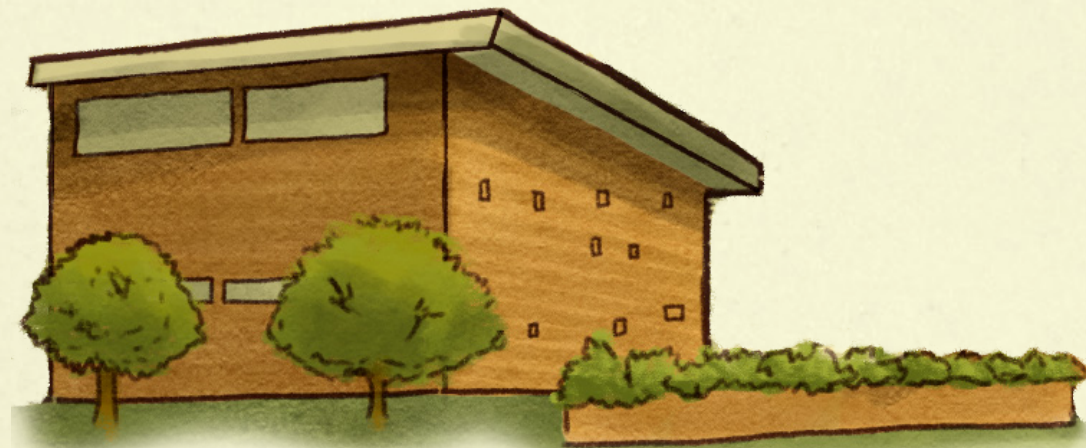
»Que todos los grupos armados se rindan y busquen la paz, o sea, que uno viva en tranquilidad, que uno pueda hablar por teléfono en cualquier lado, sin temores de que “ay me lo van a quitar”. ¡Ay, Dios mío! uno se mete por unas calles y ve esas caras y le van echando ojo a uno. ¡No, Dios mío! Eso es tenaz. Que vivan más con tranquilidad y vivir con tranquilidad».

— Noralba —

«Tener una vivienda que sea mía... Deseo estar bien, estar llena de salud, siempre le he pedido a mi Dios que me tenga bien de salud, que mis días se me alarguen, todavía no quisiera irme sin cumplir mis deseos como tener un trabajo donde yo pueda conseguir el ingreso de mi comida sin problema; yo he deseado aprender a escribir bien, así sea que ya estoy vieja, aprender a escribir bien. Ese ha sido mi sueño... voy a seguir luchando, quiero tener fuerzas para la lucha y quedarme viviendo aquí en Cali, no he querido volver por allá y si no puedo quedarme aquí, irme para Pasto.

»Yo deseo que todo lo que sueño, mi Dios me bendiga y me ayude para todo lo que quiero pueda conseguirlo y estar tranquila. No me molesta la bulla, me gusta la musica, yo no tengo en qué poner música pero cuando la ponen en la casa del lado, ay, me gusta escucharla a pesar de que no bailo».

— María Elena —



«¡No te estés yendo
sola pa'l monte!»

Nuestras conversaciones con las mujeres de Potrero Grande no sólo se centraron en los relatos sobre el conflicto armado, las dificultades y aprendizajes de la vida en la ciudad, y los desafíos y anhelos para el futuro, sino que también estuvieron colmadas de *otros relatos* que nos abrieron las puertas a un mundo mágico que en cierta medida desconocíamos, y que nos pareció fascinante y aterrador a medida que nos adentramos en él bajo la guía de las mujeres.

Los mitos y creencias de la cultura del Pacífico colombiano, son tan reales y poderosos para sus habitantes, que las mujeres de Potrero Grande aunque ya han alcanzado la madurez y se encuentran lejos de sus lugares de origen, continúan recordándolos, creyendo en ellos y teniéndoles un profundo respeto. Además, la importancia que ellas le dan a estos mitos indica la coexistencia del pasado con el presente, es decir, todo lo que siendo pasado continúa en el presente aunque ya no se ponga en práctica ni se viva de la misma manera.

Algunas de ellas vivieron en carne propia las historias que nos contaron, mientras que otras saben del tema porque sus padres, abuelos o personas mayores les advertían sobre los peligros que se movían bajo el agua de los ríos, o que permanecían escondidos entre la espesura del monte, por lo que no sólo conocieron relatos de seres sobrenaturales, sino que aprendieron a prevenirlos y mantenerlos alejados de ellas. Es necesario reconocer que en muchas ocasiones estas narraciones funcionaban como forma de control social para evitar que los jóvenes salieran sin compañía a altas horas de la noche, y para evitar encuentros sexuales.

Los personajes más recurrentes en las conversaciones con las mujeres fueron *la Tunda*, el duende, las brujas, y la *madre de agua* o *maredeagua*²⁹, personajes que hacen parte de un universo simbólico que ellas mezclan con sus creencias católicas y con aquellas que pertenecen al mundo de la hechicería o la magia blanca y negra, lo que da cuenta de su inmensa riqueza cultural y de un alto sincretismo religioso. Las mujeres con sus narraciones, nos embarcaron en un viaje por sus recuerdos, una aventura emocionante y misteriosa en la que fuimos navegando por todos los lugares en donde se desarrollaban sus historias, al tiempo que nos llenaban de anécdotas divertidas que nos hicieron reír a carcajadas.

Sin embargo, pese a las explicaciones que ellas nos dieron para tratar de aclarar nuestras dudas, fue necesaria una búsqueda posterior centrada en los mitos y leyendas del Pacífico colombiano, la tradición oral de sus pueblos, y la variedad cultural y étnica de la región.

En toda Colombia existe una amplia tradición oral que varía según la región geográfica y las características de sus gentes, y que se ha mantenido a lo largo de muchas generaciones gracias al rol que juega la palabra hablada, especialmente en comunidades apartadas de los centros urbanos. En este sentido, la importancia de la tradición oral se reafirma en la medida que sustenta y conserva la memoria, tanto colectiva como individual, así como las prácticas, las creencias y los valores que dan sustento a lo cultural.

29 La forma de hablar en el Pacífico colombiano tiene particularidades fonéticas que hacen que la mayoría de las palabras varíen de la forma escrita a la hablada. Nuestras conversaciones con las mujeres de Potrero Grande eran reflejo de ello y la palabra *Maredeagua* es uno de sus ejemplos más notables, pues en algunos textos escritos puede aparecer con esta forma, que es como se escucha al ser pronunciada la palabra *Madre de Agua*.



En el caso concreto del Pacífico colombiano, los mitos y leyendas de seres sobrenaturales son abundantes y diversos. Flover González (1999), oriundo del departamento de Nariño, y fuertemente influenciado por los relatos y mitos folclóricos del litoral, afirma:

En la cultura popular del Pacífico colombiano, la tradición oral [...] constituye un enjambre de historias inmersas en los pueblos y la conciencia colectiva de los nativos. Los mitos folclóricos y sus fantasmagorías están ligados a sus costumbres, creencias y vivencias, amores y condiciones de vida, y navegan entre lo divino y lo humano. Se pasean por un mundo imaginativo y fantasioso. Entre manglares y ríos, quebradas y ensenadas, bahías y mares, y se han conservado de generación en generación. (p.06).

Esta riqueza en la tradición oral es reflejo de la confluencia triétnica entre América, África y Europa, ocurrida no sólo en la Región Pacífica, sino a lo largo de todo el continente, y que tiene que ver con los procesos de colonización, esclavitud e imposición de la fe cristiana. Antropólogos, folcloristas, historiadores, lingüistas e investigadores culturales, entre otros profesionales de diversas áreas, han enfocado sus estudios a la variedad cultural de la Región, dando como resultado una serie de textos que exploran -por nombrar algunos de los que consultamos- las formas de composición social, los modos de habitar el espacio, las prácticas cotidianas y los rituales tradicionales.

El paso de los siglos trajo consigo diversos actores sociales a la zona, así como la introducción de nuevas tecnologías, lo que ocasionó que sus habitantes asumieran cierta estandarización cultural en aspectos relacionados con la forma de vestir, la música escuchada por la radio, los programas de televisión y las modas impuestas por los medios masivos de comunicación. Aún así, esta homogeneización ha sido relativa pues no ha logrado acabar con la tradición oral y cultural de la región, que se distancia en muchos aspectos de la cultura y la religión *oficial*. Costumbres y creencias como la ombligada y la virtud, la forma de veloriar³⁰ a los muertos, la farmacopea basada en el uso de plantas medicinales, o los conocimientos heredados de la brujería y la santería, son algunas de las expresiones propias de la cultura del Pacífico. Por otra parte, entre los géneros más populares de la tradición oral se encuentran los cuentos, las leyendas, los mitos y fantasmagorías, los alabaos, el chigualo, el canto de angelito y la décima; mientras que en lo referente a la música y las fiestas, el baile de marimba y el currulao son los más conocidos (Puertas, 2000).

En uno de los relatos que el lector va a encontrar más adelante, María Eudocia narra la muerte de su único hijo varón y menciona que su mamá le dijo que el niño tenía virtud. Pues bien, en algunas poblaciones del Pacífico colombiano hay creencias y costumbres relacionadas con los bebés y los niños pequeños, y la virtud es uno de ellos que consiste en la creencia de que un niño o niña que tenga virtud seguramente será poseedor de facultades extraordinarias, positivas o no, como nacer con alguna particularidad física o psíquica, llorar en el vientre de la madre o caminar antes de tiempo. Según esta creencia, a los pequeños que tengan virtud “no hay que ponerles amor” porque las brujas suelen llevárselos. “Cuando la madre se descuida, entra a la casa en forma de pájaro para chuparle la sangre al infante hasta darle muerte. Se dice que un “contra” para las brujas es poner unas tijeras abiertas sobre el toldillo” (Puertas, 2000, p.97).

30 Veloriar o Velar a los muertos

Del lado opuesto a esta creencia se encuentra la costumbre de la ombligada, que consiste en curar el ombligo de un recién nacido(a) con las cenizas de ciertas plantas, animales o minerales con la intención de transferir al pequeño ciertos atributos del elemento con el que fue ombligado. Se trata de conferir un poder o aumentar una capacidad, cuya fuerza es extraída del mundo animal, “así lo propio del animal, su fuerza específica y su sentido profundo, puede ser apropiado por el hombre, no a la manera de una cosa que se toma, usa y deja, sino de un emparentarse, de una participación; es entrar en comunión...” (Puertas, 2000, p.95-97).

Ahora bien, además de las costumbres y creencias, en el Pacífico colombiano se cree en seres sobrenaturales, mitológicos o fantasmagóricos cuya existencia no ponen en duda los habitantes de la Región. El duende, las brujas, la *maredeagua* o la *Tunda*, son algunos de los más representativos, pues la lista es larga y llena de particularidades fascinantes. Nosotras vamos a mencionar únicamente los personajes que nombran las mujeres, profundizando un poco más en la *maredeagua* y la *Tunda*, por ser figuras que desconocíamos y que al descubrirlas nos parecieron potentes y alucinantes, pues en ellas toma forma la hibridación cultural que mencionamos antes.

En la página web del Sistema Nacional de Información Cultural (SINIC)³¹ encontramos información sobre el duende que nos llamó la atención por estar relacionado con elementos que fueron o todavía son comunes en la vida de las mujeres. Hay dos tipos de duende, uno juguetón y otro malévolo. Ambos se describen como rollizos y de baja estatura, con aspecto juvenil y vestuario brillante o de colores llamativos. Cubre su rostro con un sombrero de paja de alas grandes y vive en el bosque o sobre los árboles. El duende juguetón es ocioso y esconde las cosas o las desordena. Destiende las camas, desaparece ropa y zapatos “por arte de magia”, tira tierra dentro de la casa cuando ha sido aseada, y sala los alimentos o los riega cuando están en el fogón. Se dice que se ríe a carcajadas y que toca la flauta subido en los árboles. El duende malévolo en cambio, disfruta asustando a la gente, toma posesión de las casas ajenas y atormenta a sus habitantes con sonidos u objetos extraños. Disfruta tirar piedras a los techos, partir platos, ensuciar la comida con excremento, o perseguir a las muchachas adolescentes tocándoles las nalgas y los senos, pellizcándolas, mordiéndolas y hasta haciéndolas caer, mientras que a los niños pequeños les pega, les echa agua en la cara y les chupa la sangre mientras duermen³².

Las brujas, en cambio, son mujeres de carne y hueso que mediante el uso de elementos simbólicos, como rezos, velas, huesos o tierras santas, llevan a cabo sus ritos. Se dice que las brujas del Pacífico

31 <http://www.mincultura.gov.co/ministerio/oficinas-y-grupos/oficina%20asesora%20de%20planeacion/sistema%20nacional%20de%20informacion%20cultural%20-%20SINIC/Documents/PRESENTACION%20SINIC%202015.pdf>

32 <http://www.sinic.gov.co/SINIC/ColombiaCultural/ColCulturalBusca.aspx?AREID=3&SECID=8&IdDep=27&COLTEM=212>



colombiano son *robasombras*, lo que genera en la persona robada un proceso que lo lleva a la locura; además, son bastante temidas debido a su herencia africana, que les brinda conocimientos ancestrales que las hace todavía más poderosas al momento de fabricar hechizos, amarres, entierros o malas energías. Tienen el poder de cambiar su forma humana, por lo que es habitual verlas a altas horas de la noche convertidas en pájaros gigantes, mulas o gatos. Matan a los bebés que tienen *virtud* y se encaprichan de los hombres jóvenes, a quienes visitan por la noche para robarles energía.

La historia con la *madre de agua* es diferente, pues esta visión es creada por los brujos indígenas como un arma para vengarse y cobrar sus deudas u ofensas. González (1999) cuenta que según la leyenda una mujer española se enamoró de un indígena con el que tuvo un hijo, pero su padre no aceptó la unión y ahogó al nieto en el río para después asesinar al yerno delante de su hija. La mujer enloquecida y llena de dolor, se lanzó al río, convirtiéndose en un espectro que ama a los niños pero aborrece al resto de la humanidad.

La *madre de agua* del Pacífico, según la describen las mujeres de Potrero Grande, es creada por los indígenas de la región con ropa y trapos viejos que organizan para que parezca una figura humana. Una vez hecho el trabajo de brujería, la tiran al agua, donde cobra vida y ahoga a todo aquel que encuentra sumergido. Tiene la apariencia de un tronco con abundante cabellera. Dice el autor, y también lo escuchamos de las mujeres de Potrero Grande, que la *madre de agua* es tramposa y toma la figura de cualquier objeto que atraiga al campesino, puede ser un racimo de plátanos, un potrillo o algún instrumento para trabajar, que al ser tomado por la víctima deja la forma que tenía y se muestra tal como es, para luego ahogarlo (González, 1999).

Finalmente está *la Tunda*, ampliamente conocida a lo largo del litoral Pacífico y mencionada en varias ocasiones por las mujeres de Potrero que la describen como una mujer fea, que tiene un pie de bebé y el otro con la forma de un molinillo. Estudiada e investigada desde distintos enfoques, haremos nuestro acercamiento a partir de lo investigado por la lingüista Esperanza Puertas (2000), quien afirma que cualquiera puede ser víctima de *la Tunda*, desde recién nacidos sin bautizar y niños o jóvenes desobedientes (hombres o mujeres), hasta maridos infieles y toma trago o campesinos(as) trabajadores que se internan en la espesura del monte para cazar y cosechar. Engaña a sus víctimas tomando la apariencia de sus madres u otro ser querido o de confianza para que la sigan al monte, donde los alimenta con camarones que cocina en su ano. A los hombres les chupa el pene hasta sacarles sangre y hace que le succionen la vagina para idiotizarlos. Después de varios días, la persona entundada pierde el sentido de su humanidad y es como si se encariñara con *la Tunda*, pues al momento de ser rescatado rechaza a los humanos y puede llegar a atacarlos. Para salvar a alguien del entundamiento es necesaria una delegación conformada por el padrino o madrina de la víctima, un sacerdote si es posible, y amigos y familiares que acompañados de escopetas, pólvora, tambores, rezos y groserías, se internan en el monte haciendo toda clase de ruidos para hacer que *la Tunda* desaparezca y así poder hallar al entundado (Puertas, 2000).

En su análisis sobre este personaje mitológico, la autora expone que *la Tunda* cumple varias funciones. Por un lado es instrumento de entretenimiento dadas las tertulias que se crean para hablar de ella en las que cualquier miembro de la comunidad pueda aportar sus experiencias y anécdotas; también cumple una función de control social pues la amenaza latente de que *la Tunda* se le aparece a quien desobedece las órdenes de los mayores, o actúa de forma inapropiada, tiene como resultado una regulación en el comportamiento de las personas, especialmente en los niños a quienes los adultos suelen prohibirles salir del ámbito doméstico e internarse solos en el

monte. En el caso de los jóvenes y adultos, el temor por *la Tunda* se traduce en una regulación del comportamiento donde evitar irse de juerga hasta altas horas de la noche y tener cautela de los encuentros amorosos con desconocidas, son algunos de los aspectos más importantes; también es vista como guardiana de los recursos naturales, pues el miedo de ser entundado hace que la gente llegue hasta ciertos límites del monte, manteniendo así muchos lugares vírgenes (Puertas, 2000).

La autora pone en consideración que cualquiera que sea el origen de *la Tunda*, traído por la población esclavizada, adoptado de los grupos indígenas de la zona, o resultado de la hibridación cultural producida por el contacto entre los negros, los indígenas y los colonizadores, *la Tunda* se ha convertido en un elemento que refuerza la fe cristiana y que seguramente fue aprovechado por los colonizadores para fortalecer las creencias y las estructuras simbólico-sociales que trajeron, es decir, “la imposición de la fe cristiana tiene en el relato de *la Tunda* una buena estrategia conciliadora de sincretismo religioso”. (p.141). No obstante, la figura de *la Tunda* como control social se vuelve ambigua permitiendo así una función liberadora de la norma social, que los jóvenes usan como excusa para escapar del control de los adultos y tener encuentros sexuales a escondidas, bajo el pretexto de haber sido entundados, razón por la cual se demoraron más de lo permitido en llegar a casa. (Puertas, 2000).

Sobre criaturas fantásticas y espantos



Probando gente

«El Chocó pues, es chévere pero no, no me gusta casi... o sea, me gusta ir pero hay como mucha cosa, se oye mucho de *la tunda*, del duende, muchas cosas así, que *la maredeagua*... Trabajan mucho la brujería, la magia negra, entonces por eso me aterra un poquito vivir allá. El papá de mis hijos mayores, él es chocoano y da la casualidad que, pues él trabajaba en la mina, compró una retroexcavadora y él trabajaba en la mina y bajaba cada ocho, cada quince días de la mina, y todo lo que yo hacía el hombre lo sabía. Bueno, y entonces, una vez le puse cuidado porque yo le dije algo a la mamá de él, algo mío y no lo sabía nadie sino ella y yo. Y cuando él bajó de la mina me hizo un comentario sobre eso que yo le había dicho a la mamá de él, y me puse a pensar, él no fue a la casa de los papás y al otro día por la mañana me salió con eso, entonces yo le dije: “bueno, ¿y quién le dijo eso?”, y me respondió: “yo sé”. Entonces, yo le pregunté a la mamá, yo le dije: “vea, si yo le comenté eso a usted, es porque yo confío en

usted, y usted no tenía por qué decírselo a su hijo”, y ella me dijo: “no, hija. Yo no se lo he dicho, por Dios que no se lo he dicho”. Entonces, ella lo llamó y le estaba diciendo, pero como allá las casas son altas y abajo hay gallineros, yo estaba debajo de la casa recogiendo los huevos de las gallinas, entonces yo escuché todo porque no se habían dado cuenta que yo estaba debajo... Ella le dijo: “bueno, Ruby me dijo esto y esto, y usted por qué lo sabe”, entonces le dijo él: “lo que pasa es que yo a Ruby la hago hablar de noche, yo le cojo el dedo corazón y ella tiene que decirme todo lo que ella haga, así que si ella se consigue a alguien yo me doy cuenta, porque ella sola me lo dice”. Él me hacía hablar en las noches, se daba cuenta de todo lo que yo hacía, hasta lo más mínimo, entonces por eso me aterra, porque en el Chocó la mayoría de las personas son brujas, tanto hombres como mujeres, pero yo creo que allá más practican los hombres que las mujeres.

»Hay un pueblo en la costa, un río donde hay indios y morenitos así como yo, pero entonces en ese río hacen mucha brujería, magia negra y magia blanca. Allá hay personas que hacen magia para probar a la persona que llega. Si usted va y si es asquenta o *burlatica* la prueban. Si ve a alguien con una anomalía, o si es asquenta y me ve a mí toda llena de granos, de *changas*, usted va a decir yo no me como eso; entonces, ellos lo prueban a uno así. Si digamos llega doña Gloria toda llena de granos la piel, nos sirve la comida a todos y si no comemos, sencillamente nos vamos a morir de hambre porque no nos brindan un vaso de agua, pero si nos comemos eso la primera vez que nos sirven, al rato ahora sí nos traen los buenos platos, la misma persona que llegó llena de granos, ya llega diferente, llega bien vestida y con la piel limpia, lisita y todo, es una prueba que le hacen a uno con magia».

— Anayibe —

La madre de agua

«Nelly: Del Chocó he escuchado más que todo el tema de *la maredeagua*, cuando yo estuve allá ese era el tema más particular y común... Yo me acuerdo que cuando nosotros nos bajábamos a lavar al río, mi abuela o mi abuelo nos decían: “vean, súbanse y no se vayan a tirar”, porque uno lavaba y se tiraba a nadar. Entonces, cuando escuchaban a los cholos porque ellos tienen un pito o una flauta y desde que vienen en la canoa vienen fiiiuiuuu fiiiuiuu, esa es como la guía de *la maredeagua*. Cuando ellos van, todo el mundo tiene que subirse porque el que cojan debajo del agua, pues *la maredeagua* lo mata, eso era lo que le decían a uno. Pues yo nunca la ví, pero lo que decían es que era como un palo que tenía un pelo larguísimo y eso iba así, debajo del agua, dicen que es una mujer.

»Anayibe: Ese palo lo hacen los viejos de cepa, lo preparan ellos y lo hacen de distintas formas. La hacen con ropa, cogen un montón de ropa vieja y la hacen como un muñeco. Le trabajan ellos lo suyo y la tiran al agua, entonces yo no sé, eso le hacen tanta cosa que eso cobra vida. Eso es una mujer y lo ponen, o sea, si yo la debo pero la persona no me quiere matar directamente, y la persona sabe que yo me tiro al agua y mantengo nadando, pone esa *maredeagua* y ella empieza a ahogar a todas las personas que agarre hasta que llega a la persona que es, y cuando ya ahoga a esa persona, entonces el que puso el mal lo saca de ahí y si quiere lo lleva a otra parte o ya lo saca.

»Nelly: Ahora también ¿sabe qué escuchaba?, que por ejemplo cuando ellos se lo ponen a alguien, cuando le quieren hacer su maldad, dicen que eso se convierte en cualquier cosa, puede ser un racimo de coco, puede ser en un racimo de plátanos... la gente va en su canoa y ve que viene un racimo por el agua, entonces tira a cogerlo porque piensa que se cayó de alguna parte, y entonces lo sube y sucede que no, es *la maredeagua* y lo hunde, y en las noches ella dizque sube y se pone al lado de los fogones para calentarse.

»Anayibe: Es como las culebras puestas. Hay culebras normal y hay culebras que son culebras puestas, o sea, hay viejos que tienen sus fincas grandes y como habíamos muchos muchachos, como en el tiempo de ahora se van a comer las frutas ajenas y todo eso, entonces ponen culebras puestas. La culebra puesta la hacen de una bola de tabaco que los viejos usan para fumar cachimba³³, ellos compran bastante de esa bola de tabaco. Con esa bola de tabaco hacen una culebra, la desenrollan, le rezan lo que le van a rezar y ella sola va, pero no es culebra normal, es culebra puesta. Es una culebra que se ve normal, pero eso llega y la pica a usted y eso no tiene cura. La culebra del monte tiene cura, pero la culebra puesta la mata instantáneamente. Eso no tiene cura, eso lo ponen en el campo».

— Fragmentos
de Conversación —

Adivinaciones

«Anayibe: En mi casa yo me crié rodeada de tabaco porque la señora a la que me regalaron ella fumaba tabaco, ella hacía vistas y todo. Ellos eran blancos, en la casa yo era la única negrita, ellos eran de Cartagena y hacían trabajos, cuidaban enfermos y todo, y me decían aprenda, pero a mí nunca me gustó. Yo le tengo mucho miedo a eso, no me gusta. Si me dicen: “¿se va hacer una vista?”, me la hago para ver qué pasa. Una vista es cuando le dicen a uno cosas que le van a pasar o algo, pero que yo vaya a hacer daño o a hacer maldad, no. Aprender eso no me gusta.

»María Eudocia: A mí no me gusta porque póngale cuidado, un día una persona de aquí de Potrero me dijo: “Ay, doña María, usted cómo no va a que le hagan una vista”, y me llevó. Yo llegué allá y me he sentado cuando la señora me dice: “¿a usted le duele la cabeza?”. Yo me quedo calladita. “¿Diga que usted tiene problemas con su marido?”. Y yo calladita. “¿Diga que usted le duele atrás de la espalda?, ¡ay! ¿es que

usted no me va a contestar?” Vea, le digo yo, yo vine aquí a hacerme ver, no a que me hicieran preguntas, y me dijo: “venga, déjeme hacer mi trabajo” y le digo yo: “no, yo no le estoy diciendo que no haga su trabajo, pero si usted me está haciendo la pregunta es como si yo misma le estuviera diciendo”. Así que cogí, me levanté y me vine. Allá dejé a la que me llevó, allá la dejé. No me gusta eso, a mí me gusta que yo me vaya hacer algo y me digan: “a usted le está pasando esto, esto; o fulana de tal le está haciendo esto”.

»Gloria: El que sabe de sus cosas no tiene que preguntar sino que le dice ahí en la visita si lo están fumando con tabaco, ahí sale todo, si la ve con anillo jurado³⁴, ahí le sale todo».

Fragmentos de Conversación —

34 Se refiere a hechizos en anillos para enamorar o para que la pareja no los deje.

Brujas Asesinas

«María Eudocia: decía la finada de mi madre que si usted quiere coger a la bruja, usted coge cuatro pedazos de guayaba, troncos de guayaba y los pone a quemar ahí en el fogón, y la primera que llega: “¡ay! vecina, échele agua a eso, tengo un dolor de cabeza, apague, apague eso, apague eso que me muero del dolor de cabeza”, esa es la bruja. Si usted quería platica, ya la subía encima de la casa, ya le hablaba que cuánto le daba pa’ poder apagar eso, porque como ellas son las que matan mucho muchachito.

»Anayibe: Mire que mi mamá tuvo una niña y la bruja se la mató.

»María Eudocia: A mí también me mató mi bebé...



»Anayibe: Le sacó las tripitas por aquí, por el ombligo. Mi hermana, la mayor, ella se bajó a lavar y mi otra hermana quedó cuidando a la niña y cuando mi mamá subió, mi hermana estaba profunda, dormida con la niña en los brazos pero la niña estaba moradita, ya la habían matado, ya le habían sacado las tripas. La bruja lo duerme a uno...

»María Eudocia: Parece la misma historia de mi hijo. Yo me bajé al río a lavar los pañales y dejé dormido a mi bebé con mi otra niñita, cuando subí estaba ¡up, up!, y era el único hijo varón que tenía. Yo siempre le pedí a Dios: “si me vas a dar hijos, dámelos todos varón”, no me gustaban las niñas, yo no podía verlas. Cuando llego, lo encuentro boqueando y lo agarro, le digo: “mijo, qué tiene, mi vida, qué tiene, tesoro”. Y eso ¡auh!, me blanqueaba los ojos y yo “¡ay!, ¡ay, mijo! ¿qué tiene, qué tiene?” Hasta que yo le digo a una vecina: “Pacucha”, yo le decía así, “¡Pacucha!”. Después fui y le hice el tetero, porque él nunca me agarró de la pucheca, le hice el tetero, se lo metía y yo ahí, cuando otra vez: “¡Pacucha, Pacucha!” y ella me dijo: “¡Qué, qué! ¿Qué es que te está pasando que hace rato me estás llamando y no me decís nada?”. “Venga”, le digo

yo “¿usted ha visto morir gente algún día?”, me dice: “¿y eso?, a ver qué cogió”, yo le dije: “no, es que el niño me está mirando feo”. Ella subió, me dijo: “¡Ay, María!, tu niño se está muriendo”. Cuando me dijo así, a mí me cogió algo, yo quedé... elevada, seca, seca, mejor dicho, yo como nunca había visto morir muerto, ni nada; y yo tenía al bebé en las manos. El niño no estaba enfermo, nada, simplemente subí y estaba boqueando. Entonces, ya viene la gente y me lo quita y yo no, me iba a volver loca, yo no quería, era el único hijito varón. Así que ya vino mi mamá y me dijo: “este niño tenía virtud, así que la bruja fue que mejor dicho, lo jodió”».

— María Eudocia —

«La bruja hace estragos y no solamente en el campo, aquí en Cali también. Eso es un pájaro grandísimo y las alas suenan buum, buum, durísimo y hacen un viento terrible. Yo me acuerdo que una vez en El Retiro, donde mi suegro, me levanté como a las dos de la mañana a orinar y en el patio miré un gallinazo grandísimo con ese pico, y me queda viendo con esos ojos brillantes, y yo: “¡ay! ¡Don Armando!, ¡ay, venga vea!, ¡venga vea!”. Y salió él: “¿qué pasó?”. Y le digo yo: “mire ese pájaro, ese gallinazo, ¡vea!”, y dice él: “¡ay, Jesucristo! ¡Padre eterno! Eso no es un gallinazo, eso es una bruja” y ella allí mirándonos, y él le decía: “¿si? mañana venís por sal, mañana venís por sal” y esa señora ahí. Dicen que cuando uno les dice así, ellas al otro día van y así uno se da cuenta quién es la bruja».

— Anayibe —

Desnudas y fumando tabaco

«*Gloria*: una vez vi a una señora que no más fue alzarla a ver, y no la miré más, de una vez le quité la mirada, esa mujer que nunca en la vida había visto, a mí se me hizo que era... que no era de este mundo. Cuando yo la miré, yo la alcé a ver; si?, y apenas le vi la cara, de una vez bajé la cabeza. Eso fue aquí en Cali, en Navarro, nosotros trabajábamos allá cuando era el basuro. Yo bajé para la quebrada, iba a tomar agua; si?, pero yo la veo desnuda, la vi con estos ojos que mañana me voy a morir, desnuda, desnudita la vi. Yo la saludé a ella y cuando yo la saludé ella me viró la espalda. Yo dije: “esto no es conmigo... yo me pierdo de aquí y no vengo más a este pozo”.

»*Anayibe*: Por eso no me gusta caminar en el Jarillón³⁵ porque una vez nos fuimos con otras dos señoras a conocer por allá, nos fuimos en unos

³⁵ Jarillón: barrera construida para proteger la zona oriental de la ciudad de Cali de posibles inundaciones provocadas por el deslizamiento del río Cauca.

jeepetos y llegamos hasta arriba y cuando ya veníamos de regreso, veníamos a pie, habían unos palos de guayaba y de mango y le hemos pedido a una señora que nos regalara, ella nos dijo: “yo en el momentico estoy ocupada, pero si ustedes pueden coger vayan y cojan, pero eso sí, no se vayan a hacer tan allá porque para allá, más al fondo es peligroso si no las conocen a ustedes”. Entonces, nos hemos metido nosotras para allá. Mamita, cómo le parece que había un árbol tan bonito, bajito, todo frondoso y hemos llegado nosotras allá, pero oíamos como ruido y nos asomamos. Había cuatro mujeres desnudas fumando tabaco, estaban allí fumando tabaco, estaban *viringuitas* allá y las miré y yo: “¡ay!”. Esas señoras nos *aletiaron* y nosotras salimos a correr y nos corretiaron desnudas, por eso es que yo para allá no voy...»

— Fragmentos
de Conversación —

Pescadora entundada

«A mí *la tunda* me cogió en el barrial recogiendo cangrejos y yo salté como loca con mi canasto, coja cangrejos y eche pa'lante, y el canasto no se me llenaba. Yo echaba cangrejos, veía el canasto ¡y no se me llenaba! Yo me metía por el medio de los manglares a coger los cangrejísimos pero el canasto no se llenaba, hasta que yo me paré y *voltié* a mirar y había más cangrejos. Ya estaba entundada, atrás venían los otros gritándome: “¡María, María!” y mi mamá venía de una rezandera, que mejor dicho. “¡María! ¡juuuh! ¡eehh! Muchacha de Dios, ¡juuuh! ¡No sabes que te estás perdiendo!” Cuando miré los cangrejos y el canasto vacío, vacío, apenas llevaba como cinco cangrejitos. Yo le decía: “¡mamá, pero había una cangrejiza!”, y ella me regañaba: “¿qué es qué está diciendo?, qué cangrejo ni que nada, pasá pa' acá”. Mi mamá siguió orando hasta que llegamos otra vez al potro».

— María Eudocia —



«La tunda lo entunda»

«A mí me gusta mucho el campo y un día he cogido en el Chocó y me he ido a coger chascarrá sola, eso es una palma que tiene unas pepitas, son unas pepitas que ellas son como ácidas y se ponen amarillitas, entonces yo iba pa' eso. Pero eso no quedaba lejos y ustedes creen que yo no me estaba perdiendo. Claro, *la tunda* lo entunda a uno y yo iba sola pal monte, y ahora sí ore y ore, y ahora sí: “¡yo no sé quién!” (llamando a alguien para que la ayudara). Porque eso sí, el eco cuando uno está en la selva, el eco sale

¡aaauu!, se escucha ¡aaau!, uno se comunica por los ecos. Entonces, ya iban llamándome, y yo iba orando y ya iba buscando cómo salir, pero no, en un momentico me estaba envolviendo, no daba con el camino y eso me metía por un lado y por otro y yo ahí mismo caí en cuenta y dije: “no, esto es a lo mejor *la tunda*, *la tunda* que me quiere llevar”».

— Nelly —

Piedras para desentundarse

«Mi papá me decía: “mire, cuando usted ande sola...” porque yo era muy bandida, muy pata de perro, entonces yo me iba, me gustaba ir a coger zapote y caimitos, entonces él me decía: “no te estés yendo para allá para ese peñasco que allá te sale el duende”, y yo: “¿cuál duende?, si sale el duende yo lo enciendo”. Hasta que un día me dijo: “vea, cuando usted esté en el monte y usted no consiga la salida, el camino, cuando usted ya se sienta perdida y no cargue nada de machetes, nada de esas cosas, consígase dos roquitas, dos piedras y empiece a chocarlas durísimo, a hacerlas sonar, que si es *la tunda* se desespera y se va”. Y era así, yo cuando me veía perdida es que ya cogía mis dos rocas hija, y eso era a buscar el camino y yo llegaba. Sí, porque ella lo entunda a uno».

— Anayibe —



Duende enamorado

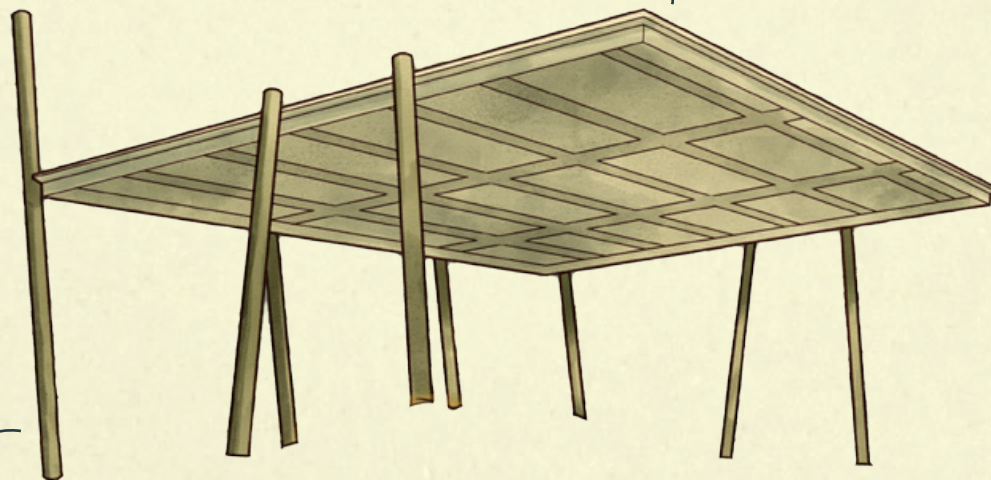
«El duende trenza las matas de caña, cañales enteros amanecen trenzados. A los alrededores de mi casa yo tenía un montón de matas de caña porque me gustaba esa caña blandita, cuando de un momento a otro amanecían esas matas de caña trenzadas, bien trenzaditas, y abajo el duende las amarraba con la misma caña pa' que no se desataran. Y bueno, yo decía: “¿pero por qué?” Hasta que yo un día le dije a mi suegro:

“Don Óscar, mire que acá amanecen todas esas matas de caña trenzadas”, y me dijo: “¿cómo así?, yo ahora paso y veo a ver qué”. Y cuando claro, vio las matas de caña todas trenzaditas me dijo: “no hija, el duende está jodiendo aquí”, pero yo le dije: “¿está jodiendo? ¿pero por qué? Mi hija todavía está chiquita y la otra todavía no la tengo acá”, y me dijo: “no solamente las hijas, él cuando le gusta alguna mujer él jode, él jode”. Entonces, yo le dije: “hágame el favor y me corta todas esas matas de caña”. Todas las cortó».

— Anayibe —

«Aquí en Potrero hay una vecina que ella viene del Cauca, fue reubicada acá pero viene de allá, de Mallarino, y ella decía que había un duende que todas las noches iba a hacerle trenzas a un caballo que tenía una colísima y buen pelo, así que ustedes lo oían cuando se metía allá, eso hacía estragos y una bulla de esos animales, esos animales amanecían llenos de trenzas».

— Nelly —



Amamantando culebras

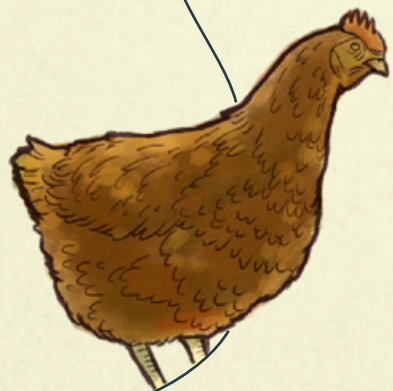
«Anayibe: Una señora quedó loca. Una culebra se le pegó de las puchecas, estaba amamantando y se quedó dormida y ella pensaba que era el bebé el que estaba mamando, y había sido que la bandida culebra le había metido la colita al niño en la boca y ella estaba mamando. Cuando la señora abrió los ojos y vio a ese animal ahí, ¡ay vea! A la señora la tuvieron que llevar al médico...

»Maria Eudocia: Claro, porque cuando uno está en embarazo uno no puede dormir en el monte...»

»Nelly: Sí, eso yo lo he escuchado, a la mujer en embarazo en el campo las culebras se le suben a mamar de los pezones.

»Anayibe: Sí, hay una culebra que la llaman la mamona, porque ella ama la leche materna.

— Fragmentos
de Conversación —



Επίλογο

"La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla".

Gabriel García Márquez



Hemos llegado al final de nuestro viaje, muchas emociones nos invaden junto con los rostros de la personas que conocimos, carcajadas y sollozos resuenan en nuestros oídos, se cuelan miles de imágenes como fotogramas en nuestra mente, es hora de decir adiós a tan inolvidable experiencia.

Para nosotras viajar se convirtió en una forma de aprender a vivir, fue una exploración de otra cultura con diferentes costumbres y de apariencia distinta a la que estábamos acostumbradas a ver; durante este recorrido reconocimos la Colombia olvidada, esa de la que no muchos quieren hablar y la mayoría prefiere ignorar. Nosotras en cambio, queremos reivindicar a esa población vulnerada por múltiples fuerzas, enaltecer la lucha de las mujeres a quienes han menospreciado, maltratado e intimidado, pero que se han levantado para seguir resistiendo en este inclemente país.

Esperamos que con este libro los lectores se hayan trasladado a los idílicos y atormentados lugares que fueron destrozados por la crueldad de la guerra y por las injusticias de gobiernos corruptos. También confiamos que cuando volvamos a releer estas páginas viviremos de nuevo esta travesía porque hemos dejado en ella nuestros sentimientos y pensamientos, así como las particularidades de los momentos vividos.

El propósito central para comenzar esta aventura fue indagar en cómo se transforman las experiencias y perspectivas de las mujeres que han vivido el rigor del conflicto armado, y que actualmente residen en Cali. En esta búsqueda encontramos y privilegiamos las historias en donde se destacan la capacidad de sobreponerse de un grupo compuesto por seis mujeres. Cada una de ella logró superar las amenazas, el desconuelo por el asesinato de sus seres queridos, el maltrato físico y psicológico, además del abandono del Estado.

Por su tenacidad resistieron a innumerables adversidades, han logrado reinventar sus vidas en medio de las ruinas, y ahora intentan reparar el tejido social en el barrio Potrero Grande, su actual hogar. Mientras escuchábamos sus testimonios nos dimos cuenta que en ellos abundan relatos de superación, de luchas que enfrentaron con dignidad, historias que merecen ser contadas, son voces que por mucho tiempo fueron ignoradas, calladas y perseguidas.

Por esta razón, este libro reúne un coro de voces, con diversas miradas y experiencias de vida desde la perspectiva femenina, protagonistas marginadas de esta guerra y quienes han contrarrestado la violencia del conflicto. Para nosotras, escribir sobre esta guerra no fue nada fácil, no obstante, descubrimos historias que contribuyeron a nuestra tarea; sin embargo, es importante reconocer que apenas es el comienzo, hay demasiadas voces que merecen ser escuchadas y rostros que deben ser visibilizados, aún queda mucho por contar.

Ahora bien, por lo que se refiere a las transformaciones de vida y a los cambios en sus maneras de ver el mundo, hallamos en estas seis mujeres una extraordinaria capacidad de adaptación y resiliencia, pues han tenido que enfrentarse con las huellas que el conflicto armado ha dejado en sus cuerpos, en sus mentes y en sus almas, marcas que al principio ocasionaron un cambio negativo en la forma de relacionarse con el mundo, alteraciones en su propia identidad y personalidad.

En sus relatos convergen los miedos por las situaciones difíciles que han atravesado, el desasosiego, malestares psicológicos, afectaciones físicas, discriminación y racismo son expresiones que las persiguen a todas partes como una molesta sombra con la que tienen que luchar continuamente para poder quitársela de su camino. Las palabras de María Elena reflejan esa sombra que camina con ellas:

«Yo pienso que si me consigo un compañero, de pronto lo matan y yo me quedo sola otra vez. Por eso, por eso me ven sola, no me voy a conseguir a nadie».

— María Elena —

Con respecto a los quehaceres, las mujeres de Potrero Grande dejaron de encargarse de sus propias fincas porque cuando llegaron a la ciudad les tocó salir a trabajar y con ello desarrollar destrezas para afrontar sus nuevas realidades. Muchas de ellas se ocuparon de otras casas, cuidaron hijos ajenos, al mismo tiempo que debían mantener sus casas y velar por sus hijos. Hoy en día, el ser madre sigue latente en sus vidas, son madres para sus nietos y para la comunidad, ya que protegen a los niños de sus vecinos desde su rol de voceras en el Parque la Arboleda.

También es necesario ahondar en sus relaciones de parejas, pues han cambiado de manera considerable; la violencia de género era una problemática frecuente en sus vidas, y ni siquiera eran capaces de nombrarla, muchas veces no tenían la conciencia total de padecerla en su hogar.

En este momento, gracias al acompañamiento psicosocial que han recibido en la Fundación ellas han logrado entender que deben buscar el respeto de sus parejas, y tomaron consciencia de lo valiosas que son; se oponen diariamente a las prácticas machistas que continúan arraigadas en sus maridos, en sus realidades y hasta en sus propios hábitos, al igual que la violencia urbana con atracos, homicidios y balas perdidas.

Por este motivo, tratamos de reconstruir el pasado de aquellas mujeres, nos concentramos en su verdad, dimos voz y visibilidad a los rostros que han permanecido en la oscuridad porque pensamos que la sociedad de este país debe aprender sobre su pasado para crear un futuro diferente, es hora de darle nombre a esas cifras para que no se queden en el olvido. No podemos seguir ignorando la realidad del conflicto.

Hoy, otros vientos soplan por el Distrito de Aguablanca, una brisa cálida recorre las calurosas calles de Potrero Grande, refresca a los vecinos que se han aguantado el sol inclemente de Cali, dando un nuevo aire de paz a quienes por muchos años llevan un nudo en las gargantas porque sus voces han sido silenciadas. Aunque las dudas los agobian y las falsas promesas hayan creado un ambiente de desconfianza, por fin serán escuchados, la palabra paz resuena en sus cabezas.

En nuestro último encuentro con las mujeres, meses después de concluir el trabajo de campo, nos dimos cuenta que tanto Noralba como sus demás compañeras siguen asistiendo a las reuniones de vocería que realiza la Fundación. Gloria, como vocera, cuida a los niños de la comunidad que van a jugar al Parque. Nelly fue nombrada como tutora, con lo cual puede seguir trabajando por el barrio y ganar un salario mínimo. Anayibe continúa con las clases de tejido para poder vender sus diademas, gorros y gallinas de crochet. Mientras que María Eudocia y María Elena se encuentran trabajando en la cocina del Parque la Arboleda y de la sede principal de Paz y Bien, respectivamente.

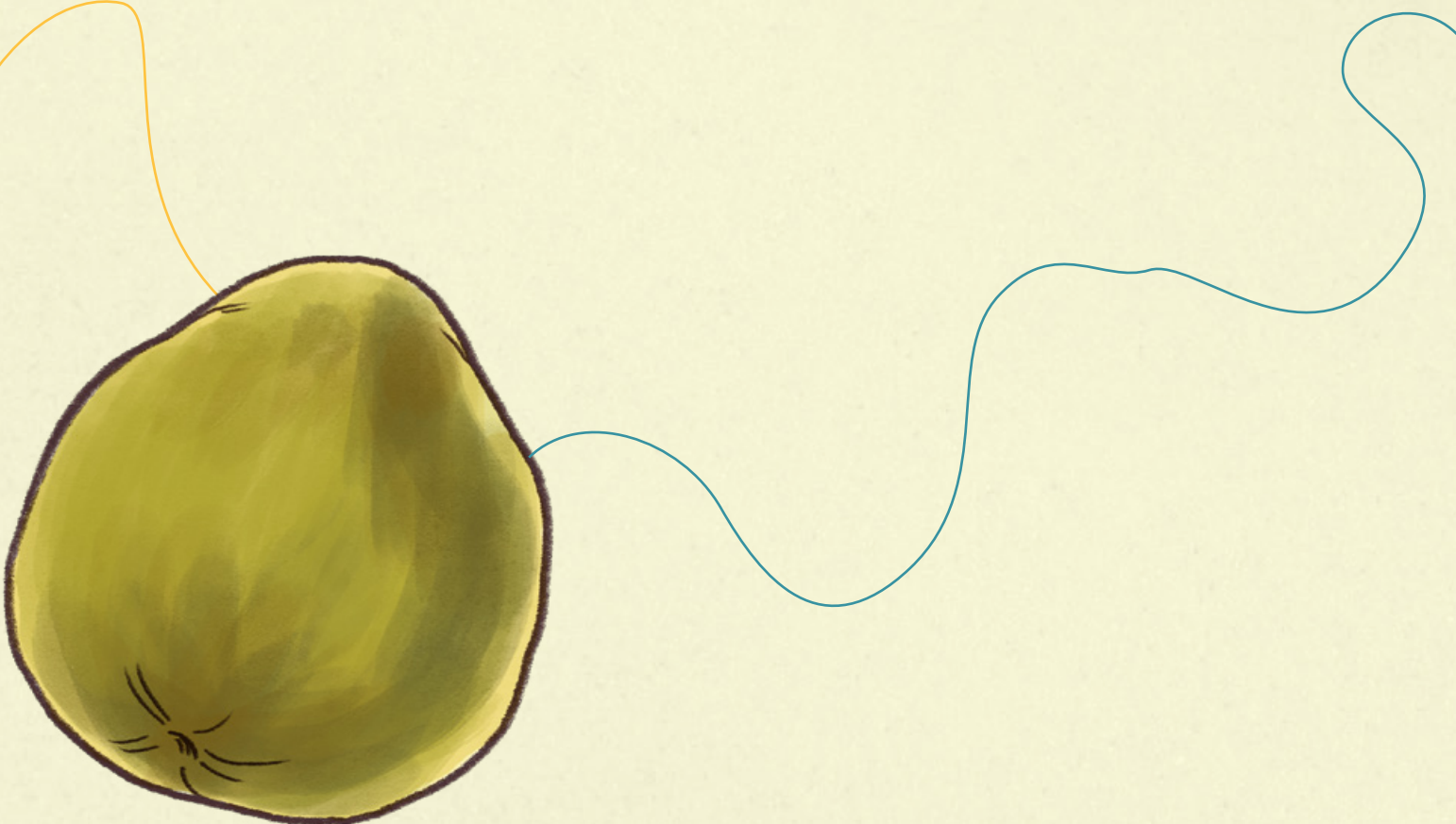
Nosotras pretendemos que al contar estas historias se reinstalen estos temas en la agenda del país, se le dé a la memoria el poder del reconocimiento público, para de esta forma dignificar a las mujeres de Potrero Grande, en estos momentos cuando el país camina hacia la paz y necesita un compromiso verdadero con la comunidad de víctimas.

Volvemos la vista atrás reflexionando sobre el impacto de nuestro trabajo en este viaje; aprendimos que lo más importante en nuestra relación con ellas fue el respeto, el verdadero interés en sus vidas. Las escuchamos, tratamos de ver el mundo a través de sus ojos y las ayudamos a reconstruir sus memorias.

En el final de nuestro viaje solo podemos agradecer por los momentos vividos, y por las personas que compartieron con nosotras este recorrido que dejó una profunda huella en nuestras almas, una experiencia que formará parte de nosotras porque el reto de todos los colombianos es aprender a vivir en paz, primero debemos desaprender a vivir en guerra para comenzar otros caminos de sanación y perdón.

Haciendo una reflexión sobre sus narraciones es evidente que el epílogo de sus testimonios biográficos no puede ser otro que resaltar sus constantes luchas por la supervivencia y por mantener la esperanza cuando ya todo se daba por perdido, ilusión que compartimos junto con ellas por el cambio social.





Bibliografía

- Botero, N., Arredondo, J., Espejo Barrios, M., & Centro Nacional de Memoria Histórica. (2015). *Una nación desplazada: informe nacional del desplazamiento forzado en Colombia*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- González, F. (1999). *Madre de agua*. Cali: Imprenta Departamental del Valle del Cauca.
- Herrera, M. C. (2005). *La construcción de cultura política en Colombia: Proyectos hegemónicos y resistencias culturales*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Kaldor, M. (2006). *Un nuevo enfoque sobre las guerras*. Revista Papeles(94), 11-20.
- Luna, L. G. (2004). *El sujeto sufragista. Feminismo y feminidad en Colombia, 1930 - 1957*. Cali: La manzana de la Discordia.
- Mujeres, R. P. (2013). *La verdad de las mujeres víctimas del conflicto armado en Colombia. Tomo I*. Bogotá: Ruta Pacífica de las Mujeres.
- Pabón Suárez, I. (2015). *"Limpieza social" en Bogotá: la construcción del indeseable*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Puertas Arias, E. (2000). *Del Pacífico colombiano LA TUNDA Mito y Realidad*. Cali.
- SINIC. (s.f.). *Sistema Nacional de Información Cultural*. Obtenido de <http://www.mincultura.gov.co/ministerio/oficinas-y-grupos/oficina%20asesora%20de%20planeacion/sistema%20nacional%20de%20informacion%20cultural%20-%20SINIC/Documents/PRESENTACION%20SINIC%202015.pdf>
- SINIC. (s.f.). *Sistema Nacional de Información Cultural*. Obtenido de <http://www.sinic.gov.co/SINIC/ColombiaCultural/ColCulturalBusca.aspx?AREID=3&SECID=8&IdDep=27&COLTEM=212>

Memorias del proceso creativo



El Planteamiento

Cuaderno de bitácora se denominaba al texto en el que los marinos registraban lo acontecido durante las guardias de sus viajes; cada uno debía escribir en el documento con el fin de no dejar pasar de largo ningún detalle durante la travesía. Asumimos este proyecto como un viaje, que inició hace año y medio, cuando planeamos realizar este libro. Después de encontrar un tema afín a todas, nos adentramos en la búsqueda de textos, artículos, revistas y audiovisuales que permitieron hallar los caminos adecuados para la investigación.

Nos interesó conocer cómo las mujeres campesinas afrodescendientes provenientes del litoral pacífico colombiano cuentan sus historias de vida atravesadas por el conflicto armado, desde su actual residencia en Cali, debido al desplazamiento forzado. Para este fin usamos las narrativas testimoniales orales como herramienta de recolección que buscaba vincular la memoria -individual y colectiva-, con la transformación de las formas de ver el mundo, producto de sus experiencias en el campo, el conflicto y el desplazamiento a un entorno urbano problemático y violento como Cali, especialmente en zonas periféricas y vulnerables.

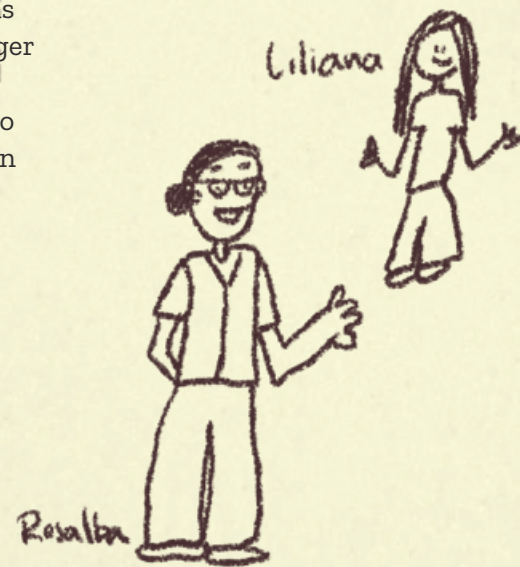
En el camino, mucho antes de establecer contacto con Paz y Bien e iniciar el trabajo de campo con las mujeres de Potrero Grande, quisimos cambiar el planteamiento inicial del proyecto para incluir otro grupo importante que también ha visto los horrores de la guerra. El cambio consistía en trabajar con mujeres campesinas excombatientes que se encontraran en proceso de reinserción, y paralelamente trabajar con

mujeres campesinas víctimas de los actores armados que vivieran en Cali debido al desplazamiento, esto con el fin de establecer un retrato confrontado de dos experiencias en un contexto más o menos similar, pero con la diferencia de los lugares y roles sociales en el conflicto. La intención era dar cuenta de cómo las violencias hacia las mujeres se presentaban en ambas partes y se agudizaban durante el conflicto.

Aunque no todas estuvimos de acuerdo con trabajar con el grupo de excombatientes, se comenzó la búsqueda de entidades que pudieran colaborarnos con el contacto de las mujeres en proceso de reintegración. En septiembre de 2016 recurrimos a la Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR) sede Cali, para solicitar su apoyo; luego de reunirnos con ellos reescribimos el proyecto de acuerdo a los requisitos que exigían, agregando por supuesto el planteamiento sobre las mujeres excombatientes. Después de esto el proyecto fue enviado a Bogotá para su revisión. A los dos meses recibimos la respuesta en donde hicieron varias sugerencias, principalmente relacionadas con el número de sesiones planteadas, la duración de las mismas y el acompañamiento terapéutico que podíamos ofrecer.

Antes de tomar la decisión de hacer los ajustes solicitados para enviar de nuevo el proyecto, se discutió con nuestra asesora de trabajo de grado las posibilidades en cuanto a tiempo y viabilidad de asumir lo exigido por la institución. De manera que después de discutirlo, acordamos finalizar el contacto con la ACR por medio de una carta en la que agradecemos por la atención y justificamos nuestro retiro debido al cronograma que habíamos establecido, pues no había seguridad de que esta vez sí se aprobara el proyecto, además de la incertidumbre sobre cuánto tiempo podría tardar la nueva respuesta.

Eliminada la posibilidad del trabajo con la ACR y con el grupo de mujeres excombatientes, volvimos al planteamiento inicial, para lo cual buscamos organizaciones o fundaciones que desde Cali trabajaran con población femenina, tratando temas como el desplazamiento y el conflicto armado. Se hizo de esa manera buscando que, al establecer un vínculo con alguna institución, nuestro acercamiento a las mujeres no resultara tan brusco, ya que la columna vertebral del proyecto eran las narrativas testimoniales sobre experiencias de vida. A la hora de escoger el lugar de trabajo también tuvimos en cuenta la ubicación geográfica, pues debíamos desplazarnos constantemente, lo que representaba no sólo inversión económica sino también atención y cuidado de nuestra seguridad personal.



La Fundación Paz y Bien y el Parque La Arboleda

Encontramos a la Fundación Paz y Bien por Internet, así que agendamos una cita con su Directora, la Hermana franciscana Alba Stella Barreto, quien desde un inicio creyó en el proyecto que le presentamos y nos dio luz verde para llevarlo a cabo. La Fundación reúne más de 30 años de experiencia con trabajo comunitario en distintos barrios del Distrito de Aguablanca, su sede principal es en Marroquín II y las otras dos sedes son en Llano Verde y Potrero Grande, barrios de reubicación de las invasiones del Jarillón del Río Cauca y la laguna El Pondaje.

El acercamiento con las mujeres se hizo mediante la ayuda de Rosalba Valencia, quien desde hace 21 años trabaja con la Fundación y ahora es coordinadora del Parque La Arboleda, en Potrero Grande, donde decidimos hacer nuestro trabajo de campo. El lugar es administrado actualmente por la Fundación Paz y Bien y es apadrinado por la Fundación Fanalca y la Alcaldía de Cali quienes buscan promover el deporte, el juego, la sana convivencia y la integración de la comunidad.

A partir del proyecto que presentamos, Rosalba invitó a varias mujeres del barrio a una primera reunión de diagnóstico, de allí seleccionamos a aquellas con las que más nos interesaba trabajar. En este sentido, la colaboración de Rosalba a lo largo de este proceso fue invaluable, pues sin su presencia y disposición seguramente el desarrollo del trabajo con las mujeres hubiera sido más dispendioso.

El nacimiento de la Fundación Paz y Bien se remonta a finales de la década del 80, cuando la Hermana Alba Stella y un grupo de frailes franciscanos que compartían la forma de pensamiento de la Teología de la Liberación¹, fueron enviados a Marroquín con el propósito de trabajar con la comunidad. Las condiciones en las que llegaron a vivir los franciscanos facilitaron el acercamiento con los habitantes de Aguablanca, dado que como cualquiera de ellos, el grupo de religiosos se movilizaban en pirata (transporte informal e ilegal), acarreaba baldes con agua debido a la ausencia de acueducto, y se embarraba los zapatos andando entre las calles sin pavimentar.

Además, los franciscanos dejaron claro desde un inicio que ellos no traían un plan de acción estructurado, por el contrario pidieron a la comunidad ayuda para identificar las problemáticas y necesidades más urgentes. De esas conversaciones colectivas salió la necesidad de trabajar con las mujeres y por la construcción de paz, lo que llevó a la Hermana Alba Stella a buscar redes de apoyo que la instruyeran para abordar el tema. Un grupo de feministas del que hacían parte, entre otras, Gabriela Castellanos, Lucrecia Mesa y Ana Isabel Arenas, le abrieron las puertas y la rebosaron de literatura feminista, al tiempo que le enseñaban las bases para lo que después sería el trabajo con las mujeres del barrio.

¹ La Teología de la Liberación es una corriente teológica cristiana que surgió en América Latina a finales de los años 60. Su ideología se centra en la vivencia del cristianismo desde una opción preferencial por los pobres, exigiendo la toma de conciencia de las diversas realidades socioeconómicas de Latinoamérica, y un activismo que busca eliminar la explotación, la falta de oportunidades, la desigualdad y las injusticias.

Al inicio la Fundación se llamó Casa de la Mujer, pues todos sus esfuerzos estaban enfocados en analizar cómo eran las relaciones entre ellas, sus parejas y la comunidad. Surgieron entonces las Consejerías de Familia, dirigidas por mujeres de la comunidad que la Fundación había formado² previamente para que estuvieran capacitadas al momento de hacerle acompañamiento a aquellas que sufrían algún tipo de violencia. Aprovechando la costumbre de las mujeres de salir a barrer la calle frente a su casa, al terminar se hacía una especie de reunión para conversar sobre lo que sucedía o había sucedido alguna vez con sus compañeros, al tiempo que recibían por parte de la consejera. Recomendaciones que las ayudaban a manejar los episodios de violencia y evitar que se volvieran a repetir.

Con el tiempo, las consejeras de familia se volvieron gestoras de paz, gestoras de economía o gestoras del trabajo con los jóvenes. Desde ellas, las Mujeres de Base, Paz y Bien fue surgiendo hasta lograr establecerse como lo que es hoy, una Fundación conocida, respetada y sobre todo querida por los habitantes del Distrito de Aguablanca. Por supuesto, el inicio no fue fácil para las Mujeres de Base que empezaron a romper con los estereotipos de la mujer ama de casa-sumisa, pues había quienes las miraban con malos ojos por "meterse en asuntos que no eran de su incumbencia", o por dejar "abandonada" la casa y los hijos para irse a estudiar. Sin embargo, detrás de las mujeres fueron llegando los hombres, los jóvenes y niños, y las personas mayores, razón por la cual en 1992 durante el proceso para obtener la Personería Jurídica, decidieron que la Fundación pasaría a llamarse Paz y Bien, como un modo de hacerla más incluyente.

² Para la Hermana Alba Stella era vital que las mujeres se educaran, por lo que hizo un convenio con un colegio de Marroquín en el que 30 mujeres entraron a terminar sus estudios o empezarlos desde cero. Después de ellas siguieron otras mujeres y lentamente fueron llegando los hombres. En la actualidad, la Fundación continúa haciendo énfasis en la importancia que tiene la educación y apoya las iniciativas de las personas que se animan a retomar sus estudios, ejemplo de ello es Nelly Hurtado, una de las mujeres con las que trabajamos, quien había estudiado hasta tercer grado de primaria, y ahora se encuentra terminando sexto grado de bachillerato.

El trabajo con los desplazados comenzó a finales de los años 90, cuando llamaron a la Hermana Alba Stella para pedirle ayuda con un grupo de 300 personas desplazadas que se tomó el Centro de Desarrollo Comunitario de la Comuna 13. A su vez, la Hermana le pidió ayuda económica a la Arquidiócesis de Cali para montar una olla comunitaria, y continuó visitándolos cada jueves pues identificó que la gran mayoría desconocía por completo las ayudas a las que tenían derecho, las instituciones que debían visitar para formalizar sus procesos como víctimas, o la forma como debían hacer las declaraciones para que las ayudas les fueran otorgadas. De esta iniciativa, surgieron los Jueves de Paz, un trabajo grupal en el que las personas desplazadas resuelven dudas, aprenden sobre sus derechos como víctimas del conflicto armado, y se acercan a los trámites legales que deben seguir en este proceso; para ello, la Fundación regularmente lleva invitados que desde sus profesiones u oficios ayudan a que las personas desplazadas puedan comprender mejor los procesos de declaración, ayudas humanitarias y reparación.

tego mis hijos son importante

Sandra Rosa Carlos Juan

es importante los de paz y bin
 Rosaba Lilitiana Ermua Estela



Maria Elena Buitan

Eta Enibida

ANA

Garcia

Eudocia

Gloria Mafronzo

Norulyba Ocoro H.

Neixt H. ntado

El Primer Encuentro

El día jueves 24 de marzo de 2017 llegamos al Parque La Arboleda para el primer encuentro con las mujeres. Rosalba, previamente, citó a diez mujeres que cumplieran con el perfil que habíamos planteado en el proyecto. A pesar del nerviosismo, presentamos el proyecto de manera sencilla, realizamos una breve actividad de integración con las ocho mujeres que asistieron y con Rosalba, con el fin de generar un ambiente de confianza. Cada una dijo su nombre, el lugar de donde provenía y mencionó algo que le gustaba y algo que no.

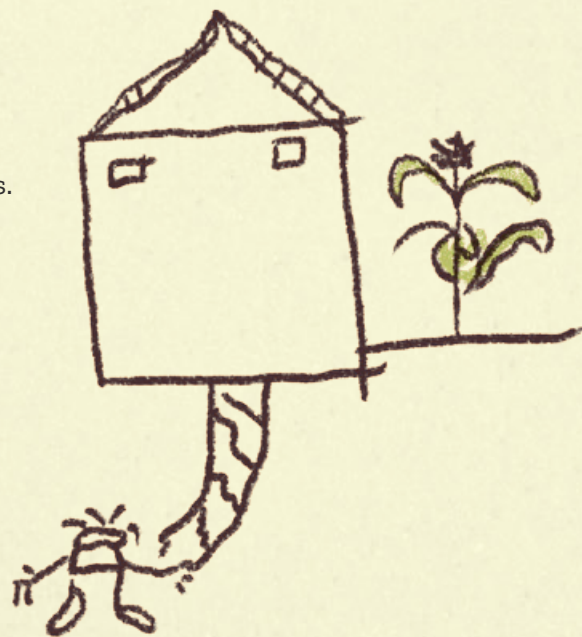
Durante el encuentro, conversamos sobre varios temas entre los que pasaron el amor a la comida preparada en fogón, las fincas, lo que extrañaban de sus vidas campesinas en general y el duro paso a la vida en la ciudad. Tras finalizar el primer encuentro, Rosalba nos recomendó seguir llevando alguna merienda para compartir en las actividades, una sugerencia que también nos hizo nuestra directora de trabajo, pues era importante reconocer las condiciones sociales y económicas de las mujeres.

Encontramos que la mayoría de las asistentes eran afrodescendientes oriundas del litoral Pacífico, un elemento que durante las sesiones generó un acercamiento importante entre ellas, porque aunque no se conocían o no se habían tratado antes, todas comparten códigos culturales, espacios y algunas situaciones similares. Decidimos seleccionar sólo cinco de ellas para poder profundizar en sus historias, por lo que tuvimos en cuenta la diversidad de sus relatos, la diferencia en los lugares de origen y el contraste entre sus edades, lo que nos ayudó a construir perfiles individuales con elementos que las identificaran.

Sobre las formas de trabajo

Con el fin de llevar a cabo el trabajo de campo, diseñamos cinco sesiones. Sin embargo, después de los primeros encuentros, nos dimos cuenta que necesitábamos indagar un poco más, así que añadimos otras tres. Desde el inicio del trabajo de campo les solicitamos a las mujeres autorización para fotografiarlas, a lo que accedieron para sorpresa nuestra, con mucho entusiasmo. En total tuvimos nueve sesiones donde registramos casi todo y en las que la asistencia varió con un promedio de entre cuatro y cinco mujeres. Aunque habíamos planeado el trabajo con cinco, una de las mujeres invitó a una vecina que no faltó a ninguna actividad desde la primera sesión, pero así como se sumó otra mujer, hubo una de ellas que dejó de asistir en la tercera sesión por cuestiones de trabajo y volvió para las dos últimas.

Las sesiones se diseñaron con el fin de reconstruir las vivencias de las mujeres, pues nos preguntábamos por las transformaciones de vida y los cambios en sus maneras de ver el mundo. Para este fin usamos imágenes, dibujos, música y comidas que hicieron



posible la evocación de recuerdos, y la activación de memoria, por medio de conversaciones y entrevistas en profundidad. El uso de estos dispositivos nos pareció conveniente porque permiten la libre asociación de ideas, y fue posible encontrar patrones en cuanto a las formas de ver el mundo. De esta manera intentamos que sus relatos se proyectaran más allá de lo que ya se conoce socialmente sobre el conflicto armado y los diversos actores que lo componen.

Las sesiones, *¿quién soy yo?*, *objetos significativos*, *meditación guiada* y *entrevista en profundidad Fase I*, nos permitieron conocer situaciones y elementos de sus vidas en el campo, antes y durante el conflicto, con énfasis en la situación que provocó el desplazamiento. Con las sesiones, *entrevista en profundidad Fase 1* y *cartografía* logramos vislumbrar el proceso de llegada y la transición que tuvieron las mujeres. Finalmente, por medio de las sesiones, *relatar el presente*, *cultura política* y *entrevista en profundidad Fase 2*, obtuvimos un retrato cercano a la vida actual en Cali, el apoyo que han recibido por parte de la Fundación y los diversos procesos en la construcción personal como sujetas políticas.

Por supuesto, en algunas sesiones nos fue mejor que en otras. Sin embargo, logramos sortear las dificultades que se nos presentaron, a veces solas, con ayuda de las mujeres o de Rosalba, quien nos acompañó en casi todas las actividades. Con el tiempo logramos establecer vínculos afectivos con ellas, algunas nos esperaban desde las 8:30 de la mañana a que llegáramos y en general se destacaron por su puntualidad, disposición y acogida.

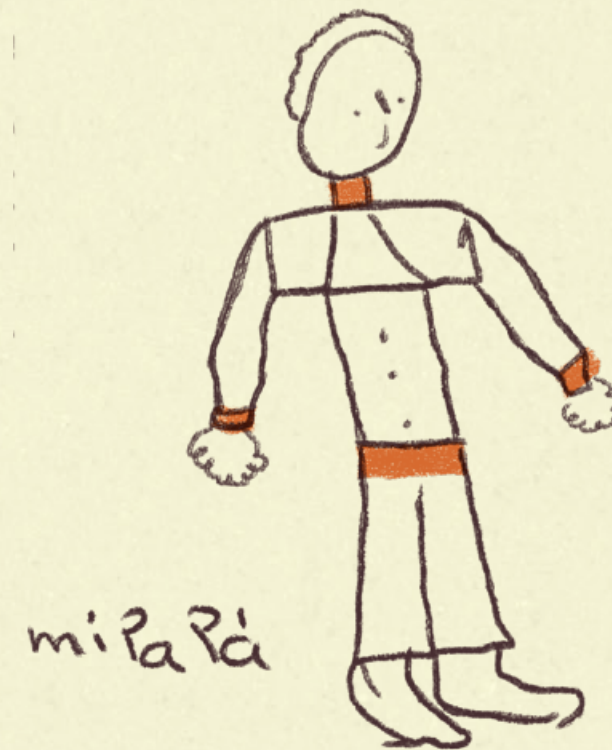


Las actividades

Sesión 1 - ¿Quién soy yo?

Marzo 30 de 2017

En la primera sesión Rosalba nos asignó el espacio donde hicimos la mayoría de las sesiones del trabajo de campo. Desde ese día pensamos que la mejor manera de trabajar era en mesa redonda para vernos y escucharnos atentamente. Dejamos revistas, cartulinas, ega, marcadores, tijeras y colores listos para usar sobre las mesas. Esperábamos a cuatro mujeres: María Elena, Nelly, Anayibe y Gloria, pero ésta última invitó a una vecina y amiga suya, María Eudocia, con quien había conversado sobre la primera reunión-diagnóstico que tuvimos. Después de asistir a la primera sesión, María Eudocia siguió yendo y no faltó a ninguna otra actividad. En la medida que fueron llegando, se sorprendían al ver los materiales que encontraron, así que les contamos lo que habíamos preparado para ese día.



La actividad que realizamos buscaba responder la pregunta ¿quién soy yo?, a partir de la elaboración de un collage de recortes de revistas hecho por ellas; para esto incluimos numerosas publicaciones con temáticas de actualidad, entretenimiento, arte y cultura, y de circulación masiva, buscando que se destacaran por contener ilustraciones y fotografías. Aunque fuimos conscientes del carácter ideológico en los contenidos de las publicaciones -representaciones de la sociedad cargada de un pensamiento político neoliberal y por ende consumista-, decidimos llevar esas porque las solicitamos a amigos y familiares al ser las de mayor circulación. Nuestro interés radicó en que el grupo de mujeres con las que trabajamos, se valiera de las imágenes de las revistas, teniendo en cuenta su nivel de escolaridad, para relatar sus historias y que dieran cuenta de sus mundos.

En la medida que cada una iba terminando el collage, nos contaron qué significaba para ellas las imágenes que escogieron. Las exposiciones se destacaron por las numerosas referencias al campo, la comida, la familia, y cada una mencionó algún hecho que la marcó, por ejemplo, cómo María Eudocia salió a rastras

por la parte trasera de su finca, o que María Elena fue recogida por una familia de *paisitas* y por haber crecido en un contexto de gente blanca, no entendía por qué era negra. En sus collages abundan imágenes de fincas, aquellos lugares donde compartían con sus familias y criaban animales como gallinas, puercos y cuyes, -las ilustraciones de este fragmento del libro se componen con algunos de sus trabajos-. Al final de la sesión manifestaron su emoción con respecto a la actividad, pues hace mucho no hacían nada parecido.

Reconocemos que al formular el interrogante ¿quién soy yo?, no sólo se preguntaba por su yo del presente, sino que se le sumaba su yo del pasado dado que todos somos un conglomerado de recuerdos, actividades y sucesos pasados que condicionan nuestro presente y futuro. Al revisar los resultados de la sesión, comprendimos que no respondieron la pregunta ¿quién soy yo? desde una perspectiva actual en el tiempo y espacio, sin embargo logramos abrir una puerta al campo y a la vida en los caseríos, cerca del río y el mar, es decir al pasado. Así que después de esta reflexión concluimos que la sesión nos permitió ver algo de

lo que ellas fueron, y a su vez nos brindó pistas para comenzar a identificar cómo han ido construyendo sus formas de ver el mundo, en qué lugar se ubican y bajo qué parámetros lo hacen, e incluso en qué nivel de estima se tienen a sí mismas en la actualidad.

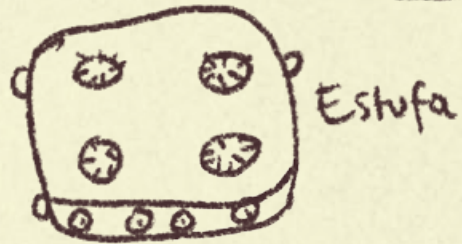
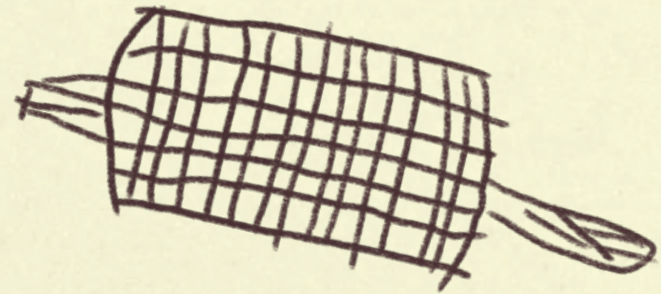
Sesión 2 - Objetos Significativos

Abril 6 de 2017

La actividad de la segunda sesión dependía enteramente de las mujeres, el día previo las llamamos para que cada una llevara a la reunión tres objetos: uno relacionado con alguna persona especial en sus vidas, otro con el conflicto armado y un último elemento con su lugar de origen. Del primer objeto queríamos saber la relación con la persona o personas a las que remitía, del segundo debían contarnos alguna historia, y con el último queríamos saber la relación que tenía con su lugar de origen. De esta manera, planteamos un acercamiento hacia recuerdos de lugares, situaciones y personas importantes en sus vidas.

A pesar de que las llamamos para recordarles, ninguna llevó un objeto. Creemos que esto se debió a dos cosas, la primera es que aún no existía un grado de confianza alto con nosotras como para mostrar algo que podría ser íntimo, pues está relacionado con una parte fuerte de sus vidas. Por otro lado, porque probablemente no tenían pequeños elementos para hacer el ejercicio, pues salieron de sus tierras con lo poco que pudieron cargar, o sencillamente sentían vergüenza de llevarlo. Sin embargo, la actividad no sólo requería elementos de la vida en el campo, sino que podían ser actuales, de manera que nos inclinamos a creer que fue más la primera razón.

Así que con este contratiempo al iniciar la sesión decidimos, sobre la marcha, recurrir a su creatividad y les pedimos que dibujaran tres objetos relacionados con los requerimientos iniciales y continuamos con la dinámica, pero esta vez con los dibujos de esos elementos. Pusimos especial atención en las formas de contar sus historias, cómo reconstruyeron su pasado, a través de los objetos y de lo que significaban para ellas.



Cuando comenzamos la socialización, casi todas se identificaron con los dibujos de sus compañeras. Los objetos que representaron daban cuenta de su vida en el campo, lo que se evidencia en los dibujos de árboles, arena, ríos, el mar y la tierra, sin embargo también se hizo presente el uso de electrodomésticos como estufa, horno y lavadora, que dan cuenta del estilo de vida que llevaban algunas antes de salir, lo que a su vez se conjuga con otros elementos artesanales usados en la pesca como la catanga y toldos de malla. Hablamos sobre las personas más amadas en sus vidas, padres, madres, hijos o amigas actuales. Por último, los dibujos de elementos relacionados con las situaciones cotidianas, nos abrieron un gran espectro sobre las dinámicas del conflicto y los grupos armados en el campo.

El final de la sesión fue muy fuerte para todas, pues recordar tantas situaciones generó una montaña rusa de emociones, en especial los momentos de violencia. Así que viendo la situación, Rosalba hizo una oración para ayudar a cerrar los ciclos y los sentimientos que estos habían generado, se hizo énfasis en que, a pesar de que no es fácil, cada una debía aprender a

reconocer que esos momentos fueron parte de su vida, y que aunque veces producen bloqueos mentales ya habían quedado en el pasado. Nuestra idea fue traer esos recuerdos al presente, con el fin de compartir las experiencias con otras mujeres que han pasado situaciones similares, que supieran que no están solas, que son mujeres fuertes, resilientes y que han logrado grandes avances en su proceso de perdón.

Sesión 3 - Relatar el Presente

Abril 27 de 2017

El día previo a la actividad llamamos a las mujeres para confirmar la asistencia y María Elena nos contó que había conseguido trabajo haciendo aseo en una casa, lo que nos alegró por ella, pero eso nos dejaba sin una mujer en el proceso. Sin embargo, continuamos con lo que se había planeado para la actividad. A cada participante le entregamos en una hoja la imagen de una mujer con la que podía identificarse (negra, de curvas pronunciadas y vestida con turbante y vestido de

colores). Al costado de algunas partes del cuerpo como la cabeza, los ojos, la boca, las orejas, el corazón, las manos y los pies, debían escribir dos cosas buenas y dos cosas malas que han hecho con esas partes del cuerpo.

Con esto buscamos acercarnos un poco más a sus realidades, conocer cosas importantes para ellas que han visto, oído, dicho, hecho, y sentido y cómo eso las ha afectado, qué piensan y cómo reaccionan ante eso. En el diálogo posterior a la actividad se encontraron experiencias buenas y constructivas, como el amor a sus hijos, la bendición de sus padres, la cocina, el tiempo en el campo, el río o el mar, pero también reconocieron la maldad desde muchos ángulos: los grupos armados, la violencia de género hacia ellas y también generada por ellas, las mentiras o la hipocresía.

Durante esta actividad se hicieron explícitos los cambios que ha motivado la Fundación en las mujeres, pues afirmaron sentirse como otras personas. Sus procesos de sanación, perdón y aceptación son evidentes, aunque en ocasiones pasen por momentos difíciles, gracias al apoyo de la Fundación los procesos de resiliencia se han activado. También se ha trabajado por el liderazgo, la preocupación por su barrio, por las

problemáticas a las que se enfrentan sus vecinos y el deseo por ayudar a la comunidad de la que se sienten partícipes. Por otra parte, encontramos que el tema de la violencia intrafamiliar fue constante en los relatos. Aunque se les hace difícil hablarlo, se ayudan entre ellas mismas porque todas lo han vivido y lo entienden.

Sentimos que fue una buena actividad, sin embargo para las mujeres fue difícil concentrarse, pues gran parte de la dinámica consistía en escribir y la mayoría de ellas no cuentan con los conocimientos o la agilidad para hacerlo. Por ello, desde este encuentro revisamos las otras sesiones para cambiar las actividades donde se necesitara escribir.



Sesión 4 - Meditación Guiada

Mayo 4 de 2017

El objetivo de esta sesión era activar las memorias de lugares que fueron importantes en las vidas de ellas, de manera que no solo habláramos de estos espacios, sino de las historias, las personas y las situaciones que hacen parte de esos recuerdos. Buscábamos encontrar espacios comunes entre todas ellas, conocer también mitos y leyendas relacionados con estos.

Para lograrlo hicimos una meditación guiada por una de nosotras con música instrumental de fondo para revivir momentos, espacios y personas que ellas conocieron. Las mujeres viajaron a los lugares de su infancia y adolescencia particularmente. Sin embargo, la reacción que tuvieron las tres asistentes a esa reunión fue de choque al volver a la realidad. Melancolía, nostalgia y tristeza se apoderaron de ellas, al ver esas dos realidades que hacen parte de sus vidas, el pasado y el presente, así que tuvimos que actuar rápidamente. Conversamos sobre lo que sentían, se desahogaron e hicimos una oración entre nosotras, con el apoyo de Nelly, una de las integrantes del grupo, quien a

pesar de estar afectada se repuso y lideró la oración.

Ellas mismas recalcaron que les quedan hermosos recuerdos, y son conscientes de que no pueden cambiar lo que pasó y que están en proceso de aceptar otro momento en sus vidas. Aunque no es fácil pues la ciudad trae consigo otras cargas y muestra de ello es la situación que Anayibe estaba pasando con su hijo de 17 años. El chico recibió una fuerte golpiza en el “Centro de Formación Juvenil Valle del Lili” y esa semana había estado muy grave de salud. Ana compartió eso que la llenaba de angustia con nosotras y sus compañeras, así que escuchamos sin juicios ni señalamientos. En la oración pedimos especialmente por la vida y la salud del chico.

Después de cerrar ese momento, les propusimos hablar sobre los mitos, leyendas e historias de ese tipo que conocieran de los lugares que habían visitado durante la meditación. Lo que encontramos fue encantador, la cultura del Pacífico está donde ellas estén, todas comparten elementos de la diáspora afrocolombiana, muestra de ello son los mitos, leyendas o conocimientos sobre prácticas de santería comunes entre los habitantes del litoral. Gracias a

Esta es ni etoria cuando mataron
A mi marido por eso salí de buenaven-
tura



esta sesión decidimos dedicar un capítulo de nuestro libro a estos relatos, desde las voces de ellas, pues es una manera en la que evidencia elementos que siendo del pasado hacen parte del presente. Por otro lado, casi todas han viajado y vivido en los mismos lugares, el Chocó, Tumaco, Timbiquí o Buenaventura.

Día 5 - Cartografía

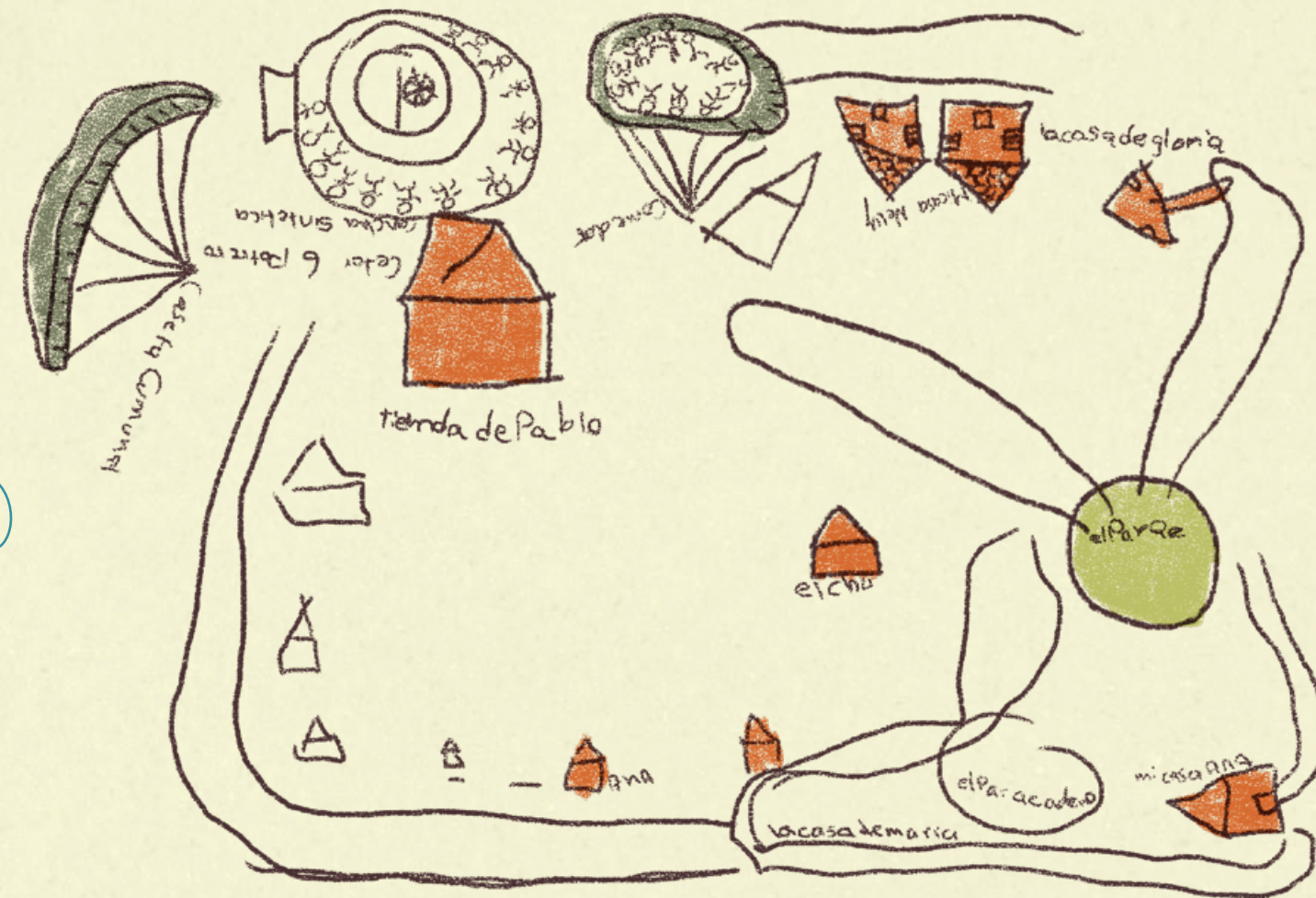
Mayo 11 de 2017

La sesión anterior y ésta estaban muy ligadas, pues gracias a las descripciones de los lugares importantes en sus vidas, quisimos saber con mayor precisión cómo eran estos espacios. Por un lado, buscábamos conocer el campo de sus amores y temores, y por otro lado, conocer los lugares que habitan actualmente en Cali y en Potrero Grande. De manera que en esta sesión entregamos a cada mujer una hoja en la que dibujaron *su campo* -casas, caseríos, pueblos- y al final de la sesión construyeron una cartografía del barrio con los lugares que frecuentan.

En las conversaciones posteriores al dibujo, escuchamos historias cotidianas, relatos sobre las dinámicas de los pueblos, la vida en las fincas y el monte. Nos contaron sobre discotecas e iglesias -cuando iban al caserío o al pueblo-; los quehaceres diarios en sus fincas pues como mujeres campesinas se dedicaban al cuidado de los animales, la tierra y las plantas. Descubrimos que Noralba sigue visitando su pueblo, Santa María, porque allá todavía

está parte de su familia y su abuela, quien es una de las personas más importantes en su vida.

En la realización de la cartografía del barrio, ubicaron sus casas, el parque “La Arboleda”, el tecnocentro, la caseta comunal, la cancha del sector seis, la tienda de Pablo, el supermercado, la panadería y la iglesia, espacios que visitan constantemente. Y aunque esperábamos que nos contaran más sobre las dinámicas y problemáticas del barrio, simplemente omitieron detalles cuando las motivamos a hablar sobre fronteras invisibles, o el microtráfico, creemos que por miedo a represalias, pues los delincuentes son sus mismos vecinos.



Día 6 - Entrevista en profundidad Fase I

Mayo 19 y 25 , Junio 1 y 15 de 2017

Para estos encuentros decidimos cambiar de metodología, pues nuestra intención era trabajar de manera individual con cada mujer para realizar entrevistas en profundidad y de esta manera conocer cómo, por qué, en qué condiciones (emocionales, contando con qué apoyos, saberes, recursos materiales y sociales, etc) decidieron o se vieron obligadas a venir a Cali y cómo ha sido esa experiencia.

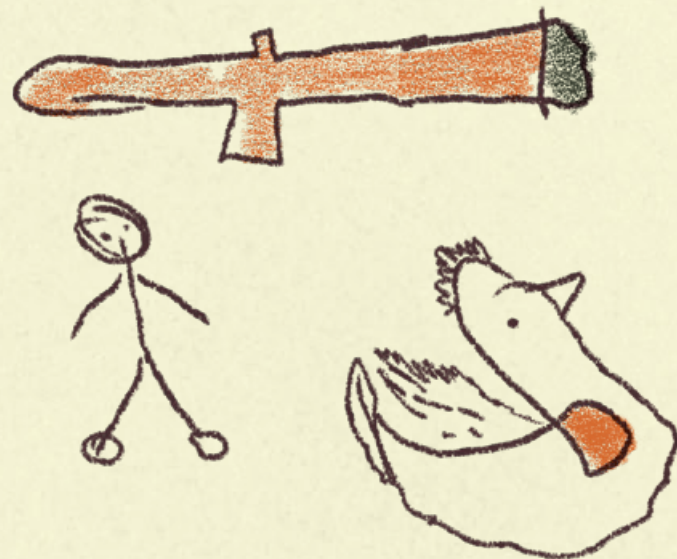
Los relatos de las mujeres dan cuenta de la historia de Colombia, la gente con hambre en una tierra fértil, así se describe la situación en el campo, el campo sin campesinos, habitantes convertidos en viajeros errantes que deambulan en las ciudades en busca de ayuda para ellos y sus familias. En este sentido, Paz y Bien las ha apoyado, les ha brindado un seguimiento en sus procesos de recuperación y adaptación a las dinámicas de Cali. Además, asisten al Parque, pues quieren entretenerse y volver a sonreír pese a los problemas que las agobian.



Día 7 - Cultura Política

Junio 22 de 2017

El objetivo de la actividad era indagar sobre la consciencia y práctica de la cultura política por parte de las mujeres, con respecto al Proceso de Paz. Entendemos que la cultura política está



ligada a la construcción de sí como ciudadanas, entonces diseñamos una dinámica en la que ellas evidenciaran su postura frente al acuerdo y siendo directas implicadas, que nos contaran ¿qué significa para ellas el Proceso de Paz y cómo creen que les puede afectar en el futuro?, o si existe algún tipo de esperanza tras la firma del acuerdo.

En la actividad hablamos de lo que conocían sobre el Proceso de Paz, y luego planteamos una situación hipotética donde ellas eran las negociadoras del proceso y debían hacer propuestas que contribuyeran a la búsqueda de justicia y reparación tanto de las víctimas como de la ciudadanía en general. En medio de la charla, notamos que los medios de información a los que recurren tienen una mirada sesgada sobre el Proceso de Paz y ellas han construido una postura negativa frente al proceso, donde no conocen los beneficios para las víctimas y las reparaciones a las que tienen derecho. A pesar de que la Fundación ha propiciado un acercamiento pedagógico a los acuerdos, conocido como Justicia Restaurativa, todavía tienen vacíos y se dejan llevar por el voz a voz sin ahondar en la veracidad de las noticias.

El reto al que se enfrentan ellas y nosotras como ciudadanas colombianas es desaprender a vivir en guerra para aprender a vivir en paz, a vivir con el otro. Se debe seguir trabajando en la aceptación y la reconciliación a través de una pedagogía para la paz. Y por supuesto, esto le daría un enfoque diferente a la formación de sujetas políticas que se está construyendo.

Día 8 - Entrevista en profundidad Fase II

Junio 23 de 2017

En esta sesión volvimos a trabajar individualmente con cada mujer, partimos de una pregunta enfocada en conocer cómo las mujeres del grupo proyectan su futuro. La actividad se dividió en dos partes, la primera estaba destinada a conocer los sueños, metas o deseos de cada mujer. Así que realizamos una lista de metas personales para la consolidación de su nuevo proyecto de vida, después de estar inmersas en el conflicto armado y pasar por procesos

de adaptación y recuperación. Al terminar sus listas dialogamos con cada una de ellas sobre sus deseos. Todas coincidieron en tener un negocio, y quienes viven en arriendo desean tener su casa propia, las mujeres más jóvenes del grupo buscan seguir estudiando para tener una carrera profesional, pues así pueden brindarles una mejor vida a sus hijos.

La segunda parte consistió en una entrevista, donde se indagó sobre los roles y el papel de la mujer en el conflicto armado. De esta manera, pudimos hallar que comparten algunas actividades y rutinas, pues desde niñas les enseñaron las labores de la casa, mientras los hombres tenían que ir a traer leña, cazar o pescar. La diferencia en los roles de mujeres y hombres se acentúa en los contextos del conflicto; aunque los grupos armados recluten a ambos, las razones son distintas, a ellas se las toma como botín de guerra, se las obliga a cocinar y/o lavar ropa, además sus cuerpos son objeto de diversas violencias.

Día 9 - Despedida

Junio 24 de 2017

La última sesión estuvo dedicada a realizar un almuerzo con las mujeres. Compartimos un plato típico del Pacífico, así como pensamientos e ideas entre amigas. Siendo una actividad de sociabilidad y comunicación que nos integró a todas, despedimos nuestros encuentros con alegría, valorando cada minuto que compartimos con ellas, cultivando nuestras conexiones, dando fin a un largo viaje en el que pudimos reencontrarnos con nuestras emociones y sentimientos para recordar lo sagrado de la vida.



Dificultades

De camino hacia nuestros hogares reflexionamos sobre los desaciertos que tuvimos. Por un lado nos dimos cuenta que la falta de escolarización en las mujeres nos generó inconvenientes para la realización de las actividades, sin embargo logramos adaptarlas teniendo en cuenta esa condición. Por otro lado, en algunos encuentros las mujeres se quebraron, y tuvimos que recurrir a la oración como forma de cerrar situaciones donde los sentimientos y pensamientos las inundaban. Gracias al apoyo de Rosalba se manejaron ambas situaciones, por tal motivo debemos recalcar que se debe contar con ayuda o asesoría de psicólogos o trabajadores sociales para realizar trabajos investigativos que impliquen recordar momentos traumáticos individuales y colectivos de los participantes.

Como se dijo en la tercera sesión, María Elena dejó de asistir porque consiguió trabajo haciendo aseo en una casa. Esto por un lado nos alegró porque iba a tener un ingreso fijo que le permitiría mejorar su calidad de vida, sin embargo dos meses después volvió al parque y por sugerencia de Rosalba retomó las sesiones de trabajo con nosotras, específicamente en la segunda entrevista en profundidad, lo que se nos dificultó, pues tuvimos que realizar las dos entrevistas en profundidad seguidas, en el tiempo destinado para una. A pesar de este impase con María Elena, sus historias también hacen parte del libro.

Hallazgos

A través de las actividades que realizamos y nuestro compartir con las mujeres, logramos comprender que la forma de construir la mirada propia del mundo, es parte de una evolución que es transversal a varios procesos individuales que condicionan y transforman. La memoria individual, por ejemplo, es una de las protagonistas que identificamos, pues la forma en la que cada persona vive su propia experiencia está ligada a otros hechos similares que han delimitado sus reacciones, su actuar, su pensar y su sentir, su manera de ver el mundo y esto a su vez determina el proceso de construcción de memoria. Es un constante boomerang que lleva y trae información, un proceso de permanente reconfiguración en el tiempo.

En el caso de ellas, los hechos de violencia han generado unos patrones conductuales que no sólo configuran la forma de ser prevenidas, atentas, o de estar tristes, sino que han desencadenado situaciones como problemas de salud, por ejemplo en el caso de Noralba, o dificultades para establecer nuevas relaciones afectivas, como le sucede a María Elena, quien reiteradas veces nos expresó su temor a conseguir una nueva pareja porque podría quedarse sola de nuevo. Debido a estas situaciones, no sólo vemos reacciones particulares en cada una de ellas, sino que en mayor o menor medida esas particularidades comienzan a hacer parte del repertorio de todas, pues el conflicto es un hecho que ha afectado a millones de mujeres y a ellas también les ha cambiado la vida.

Por otro lado, el proceso de resiliencia que viene apoyando la Fundación Paz y Bien, ha motivado en ellas cambios no sólo emocionales, en cuanto a su relación consigo mismas, con sus familias, parejas y amistades, que no es poco, sino en ellas mismas, reivindicando sus derechos. A lo largo de este camino, observamos cómo tienen ahora otra forma de verse como mujeres y como ciudadanas. Reconocemos que el paso de la vida del campo a la ciudad facilita el acceso a la información sobre sus derechos y deberes civiles, y a su vez un acercamiento a entidades e instituciones que velen por los mismos.

Lo vimos evidentemente en relación a las reparaciones a las que tienen derecho por ser víctimas del conflicto armado, pero también en cuanto a los derechos como trabajadoras en caso que estos estuvieran siendo violentados, pero lo que más nos alegra y sorprende, es el cambio en sus relaciones de pareja, que en el pasado estuvieron permeadas por la violencia de género y que ahora ellas mismas han contribuido a la construcción de relaciones más sanas.

Finalmente e inesperado, fue el espacio que logramos hacerle a la cultura pacífica en el libro, pues aunque desde un inicio fuimos conscientes de que hace parte de sus formas particulares de ver el mundo, no imaginamos que pudiéramos dedicarle este espacio a los mitos y leyendas del campo en el litoral pacífico de una manera tan rica y cercana, a través de las voces de ellas, de sus experiencias, la de sus familias y amigos.

Así que nuestro gran hallazgo fue encontrar a seis mujeres que pese a su condición de víctimas son poderosas, que nos cautivaron desde sus particularidades y ayudaron a construir este libro. Ellas, como muchas mujeres que han vivido el desplazamiento en Colombia se han vuelto a construir con los limitados recursos a los que han tenido acceso en la ciudad desde que llegaron pero, sobre todo, con la fuerza de sus seres, con lo que ellas son y lograron adaptar a las condiciones que les tocó enfrentar en la ciudad. Reconocemos en ellas a mujeres valerosas a pesar de las difíciles situaciones que han vivido, solas y con sus familias, en el pasado y en el presente. Se ganaron nuestra admiración, porque son luchadoras y aunque a veces no se lo crean, ellas son una muestra de las muchas personas que han desarrollado la capacidad de ser resilientes en sus vidas y de volver a comenzar con dignidad en nuestro país. Mucho aprendimos con ellas y de ellas, y estamos agradecidas por la colaboración que nos brindaron.

Memoria de los procesos de escritura y diseño gráfico

Cada una de las sesiones en las que trabajamos con las mujeres fueron grabadas en audio con el consentimiento de ellas, de manera que al finalizar el trabajo de campo teníamos algunas horas de audio que en un inicio quisimos ir transcribiendo de manera inmediata pero por nuestras diferentes ocupaciones no fue posible. Nos tomó casi dos meses transcribir los audios de sesiones y entrevistas en profundidad. En este punto quisimos usar programas especializados en transcripción, pero los acentos y los modismos de las mujeres y los nuestros dificultaron esta iniciativa, de manera que lo hicimos sin ayudas técnicas.

En el momento previo a la escritura del libro, el acompañamiento de nuestra directora de trabajo de grado fue muy importante, porque no sabíamos por dónde empezar y con ella logramos diseñar una estrategia para el trabajo de las últimas etapas. Después de tener todas las transcripciones, construimos las historias individuales de cada una de las mujeres, recopilamos lo que nos contaron de manera cronológica y lo acompañamos con las imágenes que teníamos de ellas, construyendo perfiles individuales.

La estructura del libro siempre tuvo un componente cronológico que fue tomando más fuerza después de varias reuniones y discusiones. Los núcleos temáticos que planteamos al inicio del proyecto, *subjetividades, memorias, representaciones sociales y cultura política*, nos sirvieron de base, aunque no los incorporamos como tal por la amplitud y envergadura teórica. A su vez, encontramos algunos temas que se relacionaban con los núcleos temáticos pero más concretamente en las historias y que eran comunes en algunas etapas de vida, como la *violencia producto del conflicto, los quehaceres del campo, la violencia de género* o elementos que dieran cuenta de *la cultura del pacífico*.

Nuestra búsqueda en el planteamiento de la estructura era dar cuenta del proceso de transformación en la forma de ver el mundo de las mujeres a través de sus experiencias. Gracias a una lectura minuciosa de las historias logramos encontrar cómo hilar entre los hechos cronológicos y estos elementos que dejaban ver ese cambio en ellas. Fue así que después de establecer tres momentos en las historias de cada una, pasado, presente y una breve proyección hacia el futuro, incorporamos los temas que se iban a desarrollar en cada tramo temporal. Una parte del texto tendría nuestra voz, como un aporte teórico - analítico y en la otra parte estarían las voces de ellas contando sus propias historias, de manera que sería un texto polifónico.

Ya con una idea más clara sobre la escritura, retomamos algunos referentes narrativos, pues desde el inicio tuvimos claro que éste era un texto amable con el lector, atractivo para un público no necesariamente especializado ni académico y sobre todo que sería un documento de memoria colectiva sobre la lucha por la vida de quienes han padecido el conflicto armado en el litoral pacífico colombiano. Buscábamos ese tono, pero fue sólo hasta que nos sentamos a escribir varias propuestas que lo encontramos; cada una escribió una introducción de dos páginas al texto y aunque hubo un texto al que seguimos predominantemente, los otros también aportaron a esa construcción.

Nos dividimos la escritura, dos de nosotras nos dimos a la tarea de avanzar los capítulos, al mismo tiempo que una se dedicaba a la edición de estilo en los textos. Cada una fue organizando los fragmentos de las mujeres más adecuados para la parte del libro en la que estaba trabajando. Escribimos hasta entregar el primer avance a nuestra directora, pero el resultado fue decepcionante, aunque el camino estaba bien trazado, al texto le faltaba rigor y enfrentamos una de nuestras primeras crisis. Re-planteamos parte de la estructura del texto y aunque quedamos muy desanimadas, ese llamado de atención sirvió para reflexionar y escribir con más firmeza.

En la medida que avanzaba la escritura, nos percatamos de la importancia en la mirada sobre la cultura del pacífico de las mujeres, porque no sólo hace parte de su forma de ver y sentir el mundo sino que, a pesar de la distancia con el territorio, la mantienen viva en Cali con algunas prácticas y creencias. Por esto decidimos dedicar un capítulo a este tema junto con los fragmentos de las historias que tanto nos encantaron sobre los lugares y su gente.

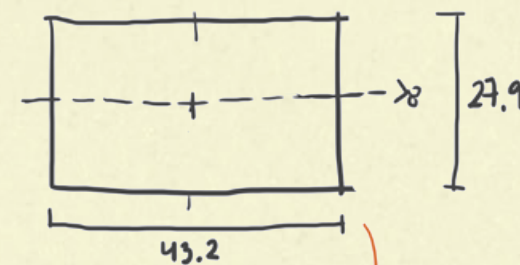
Paralelo a los últimos momentos de escritura, nos dimos a la búsqueda de un diseñador o diseñadora que nos ayudara en la construcción de la identidad gráfica del libro, de manera que el producto se fuera concretando. Después de consultar entre amigos y profesores encontramos a la persona indicada, una excelente ilustradora que se conectó con nosotras y con el proyecto, así que comenzamos a trabajar con ella. Le entregamos una copia del texto como estaba en el momento, hablamos sobre las necesidades que teníamos y las maneras de sortear las dificultades que teníamos debido a nuestro reducido presupuesto.

Cuando pensamos en hacer un libro ilustrado, siempre nos imaginamos muchas ilustraciones, pero el volumen implicaba una inversión muy grande en tiempo y dinero, de manera que tuvimos que simplificar la idea y pasamos de querer cuarenta ilustraciones aproximadamente a doce. Nuestra preocupación se centraba en los pocos elementos que teníamos para la diagramación de un texto tan extenso, así que por sugerencia de un amigo diagramador decidimos usar los elementos secundarios de las ilustraciones, como frutas, plantas o animales y así poder tener un libro balanceado entre imagen y texto.

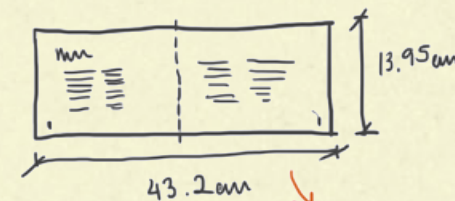
Teniendo en cuenta lo anterior, comenzamos con la construcción de las ilustraciones. El libro tendría una imagen por capítulo que estuviera en relación con el tema que se iba a presentar, además de imágenes de cada una de las mujeres que funcionarían a modo de presentación. Pensamos cada imagen para que el libro diera una sensación de movimiento, pues se habla de las transformaciones en las formas de ver el mundo de las mujeres a partir del desplazamiento que ellas han tenido desde el campo hasta ahora, que viven en Potrero Grande y están acompañadas por la Fundación Paz y Bien.

Revisamos el estilo de las ilustraciones, la paleta de colores, las propuestas sobre los retratos, le entregamos todos los referentes de los paisajes y las fotografías a la ilustradora y ella nos fue entregando poco a poco. A pesar de que el resultado de las ilustraciones fue satisfactorio para nosotras, tuvimos una dificultad con el cumplimiento en los tiempos de las entregas, lo que nos llevó a no continuar el trabajo con ella y seguir el proceso de diagramación con otro diseñador, con quien también encontramos mucha afinidad y sobre todo la sensibilidad para acercarse al tema.

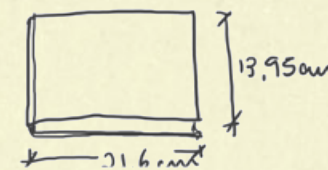
FORMATO DEL LIBRO



TABLOIDE



Pliego I Design

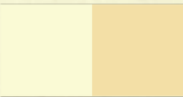


Página I.D.

CAPÍTULO DEL LIBRO



- C50 M25 Y95 K0
- C5 M10 Y40 K0 → Fondo
- C0 M75 Y90 K0
- C35 M15 Y75 K0
- C80 M75 Y65 K30
- C65 M50 Y70 K0
- C0 M25 Y85 K0

Fondo	C2 M0 Y20 K0		C5 M10 Y40 K0
I	C45 M17 Y92 K0		C50 M25 Y95 K0
II	C54 M31 Y97 K15		C35 M15 Y75 K0
III	C60 M45 Y65 K40		C65 M50 Y70 K0
IV	C20 M70 Y100 K5		C0 M75 Y90 K0
V	C80 M60 Y50 K50		C80 M75 Y65 K30
General	C0 M25 Y85 K0		C0 M25 Y85 K0
	C75 M25 Y30 K5		

Simultáneamente avanzamos sobre la escritura del epílogo, el prólogo y la memoria del proceso creativo. Aunque ya faltaba poco, fue el tramo más difícil de concretar debido a que los contenidos de cada uno se nos fueron mezclando en la construcción, así que tuvimos que sentarnos de nuevo a desglosar los elementos más convenientes para cada parte y luego ordenar las ideas que había anteriormente con las nuevas. Decidimos cambiar de manos la escritura de estos fragmentos y fue así que logramos darle la forma adecuada.

Ya con el texto terminado y aprobado por nuestra directora de trabajo de grado, nos dedicamos totalmente a la diagramación; el proceso estuvo a cargo de un amigo diseñador que nos acompañó y orientó desde el inicio de la parte gráfica. Recibimos varias propuestas a partir de las ideas que le dimos, queríamos movimiento, algo con referencia al agua, pero conservando la sobriedad. Una sugerencia que hicimos en relación a la identidad y unidad del libro, fue darle un color a cada capítulo, de acuerdo al momento de la historia, por ejemplo en el capítulo uno viene un color verde que hace referencia a la vida en el campo, luego en el recrudecimiento del conflicto ese color se oscurece, o cuando llegan a la ciudad el tono se vuelve gris.

Posteriormente revisamos las ideas para la tipografía, por un lado los títulos debían acompañar la idea de movimiento y fluidez, así que siempre hablamos de tipografías en cursiva, sin embargo encontramos algunas dificultades porque en ocasiones se rompía la fluidez del trazo, debido al uso de las mayúsculas o por la continuidad de algunas letras, sin embargo, logramos resolver esas inquietudes en cuanto a los títulos. Luego sugerimos el uso de fuentes distintas en los fragmentos donde aparece nuestra voz y los fragmentos donde se escucha a las mujeres.

ELLAS
Y NOSOTRAS

ELLAS
RECUERDAN

DE LO QUE
TAMBIÉN
FUIMOS

ELLAS

ANAYIBE
GARCIA

NELLY

NELLY
HURTADO

MARÍA
EUDOCIA
CORTÉS

NORALBA

NORAL

NORALBA
OCORÓ

MARÍA
ELENA
BURBANO

GLORIA
MAIRONG

Ellas Recuerdan

ERCCA
HNMBD
LTFY

En la etapa final de la diagramación tuvimos otra dificultad porque la extensión del texto implicaba una impresión costosa para nosotras. El diagramador nos expresó varias veces su preocupación porque en las primeras entregas el número de páginas por capítulo casi se triplicaban con el diseño, así que para resolverlo pusimos un rango de entre 200 y 240 páginas diagramadas, se cambió la cuadrícula para que nuestra voz quedara en una sola columna y la de las mujeres en dos columnas. Después de varios acuerdos, pruebas y discusiones, el libro tuvo una culminación exitosa. Gracias a la ayuda de las personas que participaron de él, logramos superar las dificultades que se nos presentaron y sentimos que logramos darle la forma que soñamos al inicio, cuando apenas era un proyecto.

Este libro ha sido una creación colectiva de manos y pieles sensibles a la memoria de quienes vivieron el conflicto armado en el litoral pacífico colombiano. Y esta es la memoria de su proceso creativo, desde el trabajo de campo con las mujeres de Potrero Grande, hasta la elaboración del mismo con sus aciertos y dificultades. Esperamos que este fragmento sirva de ayuda a quienes se acerquen a la creación de proyectos similares y que sea una motivación para aportar a la construcción de memoria colectiva.

